

BEBÉ NOS HACE TRES

LYDIA HALL

BEBÉ NOS HACE TRES

LYDIA HALL

Copyright © 2024 por Lydia Hall

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe

ÍNDICE

Blurb

1. Silvie
2. Jared
3. Silvie
4. Jared
5. Silvie
6. Jared
7. Silvie
8. Jared
9. Silvie
10. Jared
11. Silvie
12. Jared
13. Silvie
14. Jared
15. Silvie
16. Jared
17. Silvie
18. Jared
19. Silvie
20. Jared
21. Silvie
22. Jared
23. Silvie
24. Jared
25. Silvie
26. Epílogo

BLURB

Hay decisiones malas, y luego hay decisiones *muy* malas.

Jared, el mejor amigo de mi hermano, pertenece a esta última categoría.

Me obsesionó desde el primer momento en que puse mis ojos en él cuando era adolescente.
Por supuesto, sabía que era mayor que yo.
También sabía que era el compañero de negocios de Steven.

Dicen que el amor es ciego, y ahora sé personalmente que es verdad.
Steven me ha contado historias sobre Jared que no quería creer.
Su estilo de vida de playboy era una de esas.

Jared me hace doler el corazón.
Pero también hace que lata por él.
Y ahora, tengo otro latido del que preocuparme.
Estoy embarazada y le oculto la noticia.
Sí, puede que esté viviendo una pesadilla, a la que ninguno de los dos sobreviviríamos...

SILVIE

Un coro de gritos de celebración sonó al descorchar la botella de champán. Un chorro de burbujas se disparó por la sala, y Steven vertió un poco en cada flauta cuidadosamente alineada en la mesa de conferencias que tenía delante. Aplaudí junto con ellos. Un comienzo prometedor de mis prácticas en Vortex, la empresa de marketing de mi hermano.

Steven me entregó una flauta y sonrió como un idiota. Prácticamente brillaba de orgullo, su negocio despegaba tras varios años de lucha y yo también estaba orgullosa de él. Yo apenas tenía doce años cuando Steven y Jared fundaron la empresa, una criatura tardía para mis padres. Y Steven, bueno, a veces era para mí más como un padre que como un hermano mayor, ya que mi padre murió, cuando yo tenía 16 años, en un trágico accidente de coche. Eso había afectado a toda nuestra familia.

Este era el momento de Steven y Jared, y se lo merecían. Me alegraba de poder participar. Bebí un sorbo de champán mientras observaba cómo los dos repartían copas de champán a sus ejecutivos. Vicki Peters, la directora de operaciones, ya había consumido su ración de alcohol y estaba un pelín demasiado cerca del director de operaciones, Jared. Y Karen, la ayudante personal de Jared, también tenía las mejillas sonrosadas, aunque pensé que simplemente parecía contenta por ellos. No por la forma en que las garras de Vicki arañaban posesivamente el brazo de Jared.

«¡Por Vortex!». Jared levantó la copa, brindando al mismo tiempo que desechaba el agarre de Vicki sobre la chaqueta de su traje. Ahogué una risita ante lo odiosa que era aquella arpía mientras la sala se hacía eco del coro. Él parecía molesto por el hecho de que ella se aferrara a él, y me hizo preguntarme qué había ocurrido entre ellos para que ella estuviera tan pegada y él tan irritado con ella.

«¡Por Vortex!».

Tras un emocionante discurso de cinco minutos de Steven sobre cómo su dedicación y compromiso daban sus frutos y que aquello no era más que el principio, la sala se dispersó en varias conversaciones. El director financiero, Thom, apartó a Jared a un lado, y noté que una expresión de alivio se dibujaba en sus facciones mientras se alejaba de Vicki. Esperé pacientemente mientras Steven se separaba de otros empleados y se acercaba a mí.

«Sil...». Me besó la mejilla. Su aliento apestaba a alcohol, pero yo era una conductora sobria, así que no me molestó tanto. Le había visto beberse al menos cuatro copas contra una mía.

«Stevie, estoy muy orgullosa de ti». Lo abracé, deseando que papá hubiera estado allí para verlo y darle la palmadita en la espalda que se merecía.

Steven señaló un par de sillones de cuero situados en un rincón de la sala y yo lo seguí. Nos sentamos uno frente al otro, el zumbido de la habitación se desvaneció mientras él me daba palmaditas en la rodilla.

«Entonces, ¿estás lista para empezar el lunes?».

«Claro, ¿qué tienes pensado?». Un aleteo de excitación me recorrió el estómago. Con la graduación a apenas tres semanas vista, estaba ansiosa por empezar con las prácticas. Había estado reticente al principio, pero mamá le convenció para que me dejara ponerme manos a la obra con él, a pesar de lo que pudiera parecer en mi currículum que el nombre de la empresa de mi hermano figurara como mi primer trabajo después de la universidad.

«Así que, como en todo, lo mejor es que empieces a trabajar desde abajo». Levantó la mano en señal de defensa mientras yo ponía los ojos en blanco. «Ahora escucha. Puede que algún día dirijas tu propio bufete, así que si aprendes todo desde abajo, sabrás hacerlo bien. Empezarás siendo asistente personal».

«¿Asistente personal?». Eso fue un pase difícil. Gemí internamente. Cincuenta mil dólares en formación para hacerle el café a alguien... No, gracias.

«Sí, pero escucha. Aprenderás más si ayudas a Jared o a mí. Creo que Jared es la mejor opción, porque ahora que hemos firmado los papeles de la nueva sucursal en Chicago, yo me dirigiré allí. Alguien tendrá que cuidar de mamá mientras pongo esto en marcha».

Creí detectar un indicio de arrastrar las palabras en su discurso y decidí que tendríamos que retomar la conversación en un momento en que no estuviera claramente borracho. De ninguna manera iba a ser el asistente personal de Jared Klinger. «Kling-on», como le llamábamos en la época en que Jared y Steven eran meros compañeros de instituto, era demasiado peligroso.

A los 12 años estaba enamoradísima de él: aquellos músculos, aquella sonrisa encantadora, el pelo milagrosamente siempre perfecto. Ahora, después de crecer y tener un cuerpo de hombre, joder, me mojaba las bragas cada mañana que me sonreía por hacer bien el café. No podía ser asistente personal del Sr. Klinger.

«Pareces disgustada». Steven siempre era directo. Nunca endulzaba nada ni pasaba de puntillas. Decía lo que quería decir y con muy poco tacto la mayoría de las veces.

«Estoy bien, mientras que tú estás borracho y tu realidad es diferente. Disfrutemos del momento. Es un gran día para ti».

Una sonrisa de felicidad volvió a su rostro mientras me acariciaba la rodilla. «Ojalá hubiera podido venir mamá».

«Mamá ya no puede hacer viajes en coche como éste, ¿sabes? Los quince minutos que tarda en llegar a las visitas al médico acaban con ella. Ni de coña atravesaría Springfield en hora punta».

Fui a continuar, a preguntarle cómo irían las cosas cuando llegara el lunes, pero sonó su teléfono.

«Un segundo». Levantó un dedo mientras sacaba el teléfono del bolsillo y escaneaba la pantalla.

«Tengo que contestar».

Sin previo aviso, se levantó y se marchó, dejándome sola. Bebí un sorbo de champán, observando a los empleados que no conocía. Pronto me familiarizaría con todos ellos y, con suerte, no me tratarían de forma diferente por ser pariente del jefe. No porque les cayera mal, ni porque quisieran hacerse mis amigos.

Empezaba a dudar de la idea de trabajar con Steven cuando oí que se alzaba una voz desde otra habitación. Un hombre estaba gritando. Llamó la atención de algunas personas de la sala, pero sus caras me decían que ya lo habían oído antes. Me pareció oír murmullos sobre citas en el interior de la oficina.

Curiosa, me levanté y me dirigí a la puerta, siguiendo el estruendoso barítono que reverberaba por la sala. Me asomé al pasillo y vi que estaba vacío, así que continué mi búsqueda. Los gritos procedían de mi derecha, así que me dirigí hacia allí, caminando suavemente para que mis tacones no chasquearan en el suelo de mármol.

«¡Cuántas veces te lo he dicho!».

La voz de Jared me inquietó. No solía perder la calma. Lo sabía por experiencia propia, más de quince años para ser exactos. Jared era de los que hablaban de sus problemas a menos que estuviera tan estresado que se volviera loco.

Me detuve junto a una puerta que estaba entreabierta, escuchando la conversación. La ligera abertura me permitió ver a Vicki con su ceñido vestido lápiz, arrastrando las zarpas por la parte delantera de los pantalones de Jared. Sus tacones de aguja se hundían en la berbería.

«Oh, cariño. Sabes que estamos demasiado bien juntos para dejar que esto se acabe». Vicki se lo tenía creído, y me sentí avergonzada de presenciar aquella horrible muestra de desesperación por su parte. Estuve a punto de irrumpir en la habitación para evitar que se humillara.

«Vicki, voy a decírtelo una vez más. Tú y yo hemos acabado. Lo hemos intentado, pero nunca funcionará». Jared le apartó la mano de la ingle y dio un paso atrás.

Vicki lanzó una mirada amarga y se hinchó los pechos; el escote en V de su vestido no ofrecía tanto escote como ella parecía creer.

«Lo lamentarás. Un día, cuando encuentre a un hombre que me trate como merezco, volverás corriendo. Y yo no te llevaré de vuelta».

Las fosas nasales de Jared se encendieron mientras Vicki se dirigía a la puerta. Apoyé la espalda contra la pared, con cuidado de evitar las ventanas de mi izquierda. La puerta se abrió y Vicki salió tambaleándose, dándome la espalda. Caminó por el pasillo sin mirar siquiera en mi dirección y estaba segura de que no me había visto en absoluto.

Me volví para alejarme y oí que Jared gritaba: «Puedes entrar, Silvie. El espectáculo ha terminado».

Se me calentaron las mejillas y me quedé paralizada. Jared me había visto a pesar de mi esfuerzo por permanecer de incógnito. ¿Debía entrar o correr y esperar a que decidiera que se había equivocado?

«¿Sil?».

Pillada.

Su rostro asomó por el marco de la puerta y me sonrojé de vergüenza.

«¿Perdona?».

«No importa. Es una imbécil. Pasa, me vendría bien tu compañía». Jared se retiró a su despacho y yo eché una mirada nerviosa por encima del hombro antes de seguirle. El corazón me latía ahora en la caja torácica como un par de zapatillas de tenis en la secadora, pero intenté no temblar demasiado.

No sabía si las sacudidas se debían a la ansiedad de que me pillaran o al cómo le quedaban los pantalones. Joder, hacía que se me apretara la vagina solo de pensar en lo que sentiría al ser llenada por él.

«¿Así que salíais juntos?».

Dios mío, Silvie. ¿Puedes ser más tonta?

Cuando terminé de reñirme a mí misma, me uní a Jared en una carcajada, aunque no estaba segura de por qué se reía.

«No exactamente. Tuvimos una aventura. Creo que era una chica del tipo 'acostarme para llegar a la cima'. Ahora ocupa un puesto importante y hace un trabajo fantástico como DOO, pero sigue teniendo ansias de poder. De todas formas, no querrás oír hablar de eso».

«¿No?».Bebí el resto del champán mientras me apoyaba en su escritorio. Intenté parecer despreocupada, pero me ardía la ingle. ¿Cómo coño iba a ser asistente personal de este cincelado dios?

Jared volvió a reírse, metió la mano en el cajón de su escritorio y sacó un whisky añejo. Inclinó la botella hacia mí, pero le hice un gesto para que no lo hiciera.

«Esta noche tengo que conducir».

«Ah, el bueno y viejo chofer designado. Supongo que lo has sido para Steven desde...».

Sus ojos se cruzaron con los míos y sentí una punzada de dolor. Iba a decir que desde que murió papá. También era cierto. Cuando yo tenía 16 años, Steven tenía 28 y se sumió en las heces del alcoholismo. Llevaba limpio unos dos años, si se puede considerar limpio el consumo social de alcohol. Pero ya no se bebía una botella de bourbon cada noche como antes, ni me llamaba a las 2 de la madrugada desde el bar para pedirme que lo llevara a casa.

«Lo siento». La mano de Jared me acarició el codo y me estremecí. ¿Sabía siquiera lo que me estaba haciendo?

«Lo siento. Vicki parece un poco...».

«¿Una bruja? Sí... Mujeres». Puso los ojos en blanco mientras daba un sorbo a su bebida.

«No todas las mujeres son así». Esbocé una media sonrisa que, después de soltarla, me pareció más bien una mueca seductora. Podría haberme abofeteado a mí misma. Ahora sabía que tenía

que plantearle a Steven un encargo diferente. Palidecí hasta que le miré a la cara.

Su expresión era de deseo y ladeó la cabeza. «¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?».Mantuvo sus ojos castaños fijos en mi cara mientras yo formulaba una respuesta, esperando no parecer idiota.

Sabía que estaba colada por él desde el instituto, cuando le pedí ir al baile. Se había negado educadamente, diciendo que tenía casi treinta años y que destacaría en un baile de adolescentes. Estaba destrozada, pero al menos había dado lo mejor de mí.

«Quiero decir... ¿Quizá no has conocido a la chica adecuada?». Puse la copa de champán sobre su escritorio y apoyé el culo junto a él. Mis largas piernas se estiraban debajo de mí; me alegraba tanto de haber elegido la falda corta. Vi cómo sus ojos bajaban por mi cuerpo hasta los pies y luego volvían a subir hasta posarse en mi cara. Tragué saliva, con el corazón retumbando en mis oídos. ¿En qué coño estaba pensando coqueteando con Jared?

«¿Y qué tipo de mujer crees que debería encontrar?».

Se acercó un poco más. Podía oler el embriagador aroma de su almizclado aftershave. Y sentí cómo crecía un charco de humedad entre mis piernas al percibir su proximidad. Una parte de mí quería huir, por temor a que me rechazara inevitablemente una vez más. Pero una parte de mí quería ver adónde llevaba esto.

«Creo que necesitas a alguien sin segundas intenciones. Alguien dulce y amable. Alguien que te admire y te respete por lo que eres, no por el cargo que ocupas».

La lengua de Jared se deslizó por su labio inferior antes de dar otro trago a su bourbon. «Alguien que podría darte placer de formas que tú solo puedes imaginar». ¿He dicho yo eso? ¿Quién coño era esta noche? ¿Y qué estaba haciendo?

La lujuria de sus ojos pasó de cero a noventa en dos segundos. Volvió a acercarse y sentí que mi cuerpo respondía.

«¿Alguien como tú?», preguntó, con los ojos fijos en mis labios. Me los lamí con nerviosismo.

«Yo...».

«¡Sil! Ahí estás». La voz de Steven rompió la tensión entre Jared y yo. Me giré para ver su cara desesperada.

«¡Estábamos hablando sobre el lunes!».Solté, esperando que no hubiera oído el contexto de lo que estábamos hablando. Noté que Jared sonreía satisfecho y tomaba otro trago.

«Sil, mamá se ha caído. Tenemos que volver a casa. No puede levantarse. Joder, sabía que pasaría esto». Steven se llevó la mano a la frente.

Dirigí una mirada compasiva a Jared y me dirigí a la puerta.

«Podemos continuar esta discusión el lunes». Jared gritó tras de mí, enviando una onda expansiva por mi cuerpo para la que no estaba preparada. ¿Me había tomado en serio?

JARED

Había días en los que apenas podía creer que salía con Vicki, y hoy era uno de ellos. Estaba sentada frente a mi, vestida con un traje de Casper de lo más ajustado que jamás había visto. Sus pechos - aunque pequeños - sobresalían por la parte delantera de la blusa de seda que llevaba bajo el traje. En cualquier otro momento, con cualquier otra mujer, habría disfrutado de aquella visión. Pero había algo en la personalidad de Vicki y en su incapacidad para sacarme de su cabeza que me consumía.

«Lo que hiciste fue inaceptable. Podría entenderlo en un pícnic o en un bar. Pero Vicki, estabas en mi despacho en un evento de trabajo». Me froté la frente arrugada, esperando que no se me cayera el pelo por el estrés.

«Oh, Jared, sabes que estaba simplemente respondiendo a la forma en que siempre me miras». Chasqueó las uñas sobre mi pulido escritorio de caoba y me miró fijamente a través de sus espesas pestañas. Sin duda era una mujer preciosa, pero no tenía tiempo para sus juegos.

«Vicki, lo digo en serio. Tuvimos una aventura. Toda la oficina lo sabe. También saben que tú y yo hemos acabado. Somos profesionales y tenemos que actuar como tales». Enderecé la pila de papeles que tenía sobre el escritorio, observando cómo sus ondas rubias se agitaban en torno a sus hombros mientras ajustaba la postura. Debió de entender que hablaba en serio, porque sus pechos se encogieron como los de un cachorro al que acaban de regañar.

«No entiendo qué ha pasado entre nosotros. Éramos literalmente perfectos el uno para el otro, y ahora te niegas siquiera a escuchar mi versión de las cosas». Cruzó los brazos sobre el pecho y puso mala cara. Algo impropio de una mujer de más de treinta años.

«Lo que pasó fue que me di cuenta de que no encajamos bien». Vi a Silvie pasar junto a la ventana de mi despacho, pero por suerte no llamó a la puerta. Esta vez, al menos, estaba cerrada para que le resultara más difícil escuchar mientras mandaba a Vicki a la mierda.

«Parece que te ajustas bastante bien a mí». Vicki sonrió con satisfacción y se lamió los labios.

Oh, sí, recuerdo que encajaba muy bien. El sexo era lo único que teníamos y, por desgracia, solo eso. Vicki era una potencia en los negocios, pero las relaciones no eran su punto fuerte.

«Vicki, basta». Hablé con la mayor firmeza posible sin gritar. Odiaba gritar. Demostraba falta de autocontrol.

Vicki se levantó y se alisó la falda. «Saldré sola. Pero recuerda lo que te dije el sábado por la

noche, Jared. Un día te arrepentirás de esto».

Suspiré mientras ella abría la puerta y se marchaba, deseando tener al menos dos minutos de indulto antes de que entrara Silvie. Al parecer, los deseos no se hacen realidad, porque Silvie entró, radiante y burbujeante, aunque había un atisbo de confusión en su rostro.

«¿Qué le pasa?». Silvie sacudió un pulgar por encima del hombro.

«Cierra la puerta y siéntate». Mi papel interior de "hermano mayor" se apoderó de mí, y pude ver la expresión de Silvie, como si se sintiera aturdida por mis palabras.

«Lo siento. Es una conversación difícil». Señalé la silla que había frente a mi escritorio.

Silvie se deslizó en el asiento y me sonrió. Llevaba el pelo oscuro trenzado y unos mechones de flequillo y rizos enmarcaban su rostro. Su traje era entallado, pero no tanto como el de Vicki. No, Silvie tenía un aspecto elegante y sexy. Solo se le veía un poco de escote, pero sus piernas tonificadas no dejaban nada a la imaginación. Me encontré deseando ver cómo era el resto de su cuerpo. Hasta que chasqueó los dedos delante de mi cara.

«¿Qué?»

«Eh». Se echó a reír y volvió a sentarse. «Vengo a una reunión informativa sobre el trabajo. ¿Quieres explicarme qué voy a hacer?».

No tenía ni idea de lo que me había pasado. Silvie era la hermana pequeña de Steven. La pequeña Sil, a la que solíamos atormentar y de la que nos reíamos. Recordé una vez en que Steven la metió en la secadora y se apoyó en ella durante veinte minutos mientras ella le gritaba palabrotas, solo para dejarla salir y comer helado con nosotros, para que no se lo contara a sus padres.

Aquella pequeña "Sil" ya no era una niña que me pedía ir al baile de graduación. Era una mujer preciosa cuya mera presencia exigía atención cuando entraba en una habitación. Me encontré mirándola de una forma que nunca antes había hecho, e hizo que mi polla palpitara.

«Sí, claro». Me aclaré la garganta y la vi sentarse un poco más recta. Pude ver su mirada. Quería decir algo más, pero me lo ocultaba, o al menos lo intentaba. «Vale, es un gran trabajo, pero no es difícil».

«Eso es lo que ha dicho». Silvie se echó a reír de su propio chiste, y no pude evitar sonreír pensando en cómo su sentido del humor siempre conseguía rebajar el estrés de una habitación.

«Muy gracioso». Negué con la cabeza. «Pero tenemos que tomárnoslo en serio».

«Yo me lo tomo muy en serio, Jared». Sus largas pestañas bajaron y subieron, creando una cortina a través de la cual me miró fijamente. Joder, qué ganas tenía de saborear aquellos labios rojos como cerezas.

«Entonces...». Una respiración profunda me ayudó a alejar mis ridículos pensamientos lujuriosos. «Tendrás varias tareas que hacer para mí a diario, pero ninguna de ellas es difícil. Serán sobre todo cosas que me llevarán mucho tiempo y que necesito hacer, pero para las que no dispongo de tiempo libre».

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué un portátil para ella, deslizándolo por el escritorio. «El cable de alimentación, el ratón y otras cosas están en tu mesa. Te sentarás junto a Karen en el frente. Lo siento, era el único sitio disponible. Ahora que Steven se va, yo ocuparé su despacho y Vicki se quedará con este».

Parecía confusa. «¿Dime una cosa? Si Vicki es tan patética contigo por lo de la ruptura, ¿por qué la continúas contratando?».

Había tenido que responder a esa pregunta más de una vez. Convencer a Steven de que la retuviera tras su arrebato en la fiesta de Navidad de la empresa, cuando llevé a otra mujer, casi desembocó en una pelea que acabó con nosotros. Al final, Steven vio lo acertado de mi elección. Si alguien tenía que lidiar con la incomodidad era yo, y Vicki aportaba mucho en cuanto a liderazgo e innovación. Eso nos hacía falta.

«Bueno, es complicado, pero digamos que ella valía más que la mierda que tengo que palear para mantenerla aquí».

«Ah, eres un admirador del viejo proverbio, ¿eh?».

«Tienes más fuerza con el buey en el establo; solo hay que limpiar los establos». Me reí entre dientes ante su perspicacia. «¿Tu madre también te hacía memorizar versos de la Biblia de pequeña?».

«¿Crees que Steven era el único al que eso torturaba?».

Nos reímos mucho, y nuestra conversación se desvió de los temas de trabajo hacia los viejos tiempos. Su risa me levantó el ánimo. Realmente había crecido.

«Bueno, estaba pensando. Quiero decir, soy nueva aquí. Ya sabes lo que es ser la nueva. Te mudaste aquí cuando tenías catorce años y Steven te acogió, ¿verdad?».

¿Adónde quería llegar? Tenía como dos años cuando me mudé, así que era imposible que recordara nada de eso. Aun así, tenía razón. Mudarse a un sitio nuevo era difícil, y me había costado mucho hacer amigos. Steven y yo bromeábamos diciendo que él me había salvado.

«¿Sí?».Me pregunté desde qué ángulo lo diría, así que me senté y esperé a que continuara.

Parecía nerviosa. Vi cómo se le hinchaban las venas de la frente y le latía el pecho. Se lamió los labios y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

«Así que no tengo con quién comer». Silvie se encogió de hombros y enarcó las cejas. Me recordaba a aquella niña de la clase de gimnasia a la que nunca elegían para los deportes y siempre te miraba con ojos suplicantes.

«Sil, no sé a dónde quieres llegar». Pero realmente lo sabía. La otra noche me di cuenta de que se me estaba insinuando, con alcohol o sin él. Y justo en ese momento, quería ver hasta dónde llegaba su curiosidad. Sabía que no era bueno ni para ella ni para la empresa.

«Solo digo. Llevo cinco años fuera, en la universidad, y han cambiado muchas cosas. Me gustaría que me pusieras al día, que me ayudaras a adaptarme. Solo hasta que conozca a otras personas con las que salir a comer». Sonrió suavemente, una mirada a la que casi no pude resistirme. «Y quién sabe, quizá descubramos que tenemos cosas en común».

Juraría que me guiñó un ojo, pero me sorprendió que la pequeña Sil hubiera crecido y se me acercara como una adulta. Me tomé un segundo para reflexionar sobre lo que me había pedido. Luego volví a centrar mi atención en los informes que tenía sobre la mesa. Me aclaré la garganta y empecé a examinarlos, explicándole las distintas tareas de cada uno.

Ella se reacomodaba en su asiento y la falda se le subía un poco. Eso hizo que se me tensara la ingle. Cuando tenía una pregunta seria, se inclinaba hacia delante y la blusa que ocultaba la mayor parte de sus pechos caía hacia delante, ofreciéndome una visión completa de la curva cremosa y perfecta de cada uno de ellos. Su sujetador blanco de encaje despertó mi interés y más de una vez me sorprendió mirándola por debajo de la blusa.

«Toma», dijo, posando un dedo en el documento que tenía delante, mostrándome de qué hablaba mientras me interrogaba sobre una tarea.

«Eh, sí». Aparté los ojos de su pecho y miré hacia abajo, donde ella señalaba, pero para entonces ya había olvidado la pregunta.

«Así que ahora estás un poco más interesado en otra cosa que en este trabajo, ¿eh?». Me sonrió con satisfacción, todavía inclinada sobre mi mesa.

«Lo siento, Sil. Es que... Quiero decir... Eres...».

«Sí, soy una mujer y he crecido. Creo que ya hablamos de eso el sábado por la noche. Entonces, ¿terminamos ya esa conversación? ¿O quieres decirme cuál es mi trabajo para que pueda irme y tú puedas centrarte en cosas importantes?».

Como una tentadora que me mira fijamente, permaneció inclinada sobre mi escritorio. La encontraba tan distraídamente sexy que no podía concentrarme. No sabía si podría concentrarme aunque ella se fuera.

«Yo...».

«Entonces... Esa mujer que tienes que encontrar. ¿Crees que tienes una buena idea de lo que buscas?». Se estaba burlando de mí. El juego del gato y el ratón y yo no sabía cuál de los dos era.

«Deberíamos centrarnos en las tareas de aquí». Volví a señalar el papel, pero su leve mohín me impedía concentrarme.

«Jared, creo que los dos sabemos que si no resolvemos lo que está pasando entre nosotros, ninguno de los dos conseguirá hacer ningún trabajo hoy, ni ningún otro día».

Mis ojos volvieron a centrarse en su blusa, pero demasiado poco y demasiado tarde. Volvió a sentarse en la silla y se arregló la camisa, de modo que su piel de porcelana volvió a quedar cubierta.

«No puedo hacer esto, Sil. Ahora trabajas para mí. Steven se cagaría en los pantalones. Y si la gente de esta oficina se entera de que salgo con otra mujer que trabaja aquí, nunca me tomarán en serio. Además, tienes que cuidar de tu madre y acabas de empezar un nuevo trabajo».

Esperaba que mi desaliento la disuadiera de seguir adelante. Bueno, un poco. Una parte de mí - sobre todo mi polla palpitante - esperaba que se subiera al escritorio y me follara allí mismo, en la silla ergonómica del ordenador.

No pareció inmutarse en absoluto. «Bueno, no soy Vicki, pero no soy de las que se desaniman fácilmente. Le diremos al equipo que necesitas más formación práctica para mí». Se levantó y se alisó la falda antes de recoger su portátil y los informes de mi escritorio. Mientras se daba la vuelta y caminaba hacia la puerta, observé cómo se balanceaba su culo prieto, lo que no hizo sino empeorar mi creciente erección.

«¿A qué hora almuerzas? ¿Al mediodía? ¿A las once?».Se volvió para mirarme por encima del hombro, con la trenza cayéndole por la espalda. Lo único en lo que podía pensar era en las ganas que tenía de que se pusiera a cuatro patas para utilizar aquella trenza como un asa y tirar más fuerte de ella contra mí.

¿Qué coño me pasaba? Era la hermana pequeña de mi mejor amigo y socio.

«Eh, mediodía», balbuceé, sin saber qué demonios acababa de ocurrir una vez más.

«Vale. Vendré aquí y decidiremos si pedimos comida o salimos».

Y entonces desapareció. La puerta se cerró tras ella; desapareció dejando a su paso una nube de perfume de rosas. Me quedé sentado mirando la puerta cerrada durante unos diez minutos. Steven me cortaría la cabeza si supiera que pensaba en Silvie de aquella manera. Era el hermano mayor más sobreprotector del planeta. Silvie aún era joven e influenciable. Yo le llevaba casi doce años.

A pesar de lo que me decía la polla, sabía que tenía que poner fin a esto antes de que fuéramos más lejos. Si no lo hacía, no tendría fuerza de voluntad para detenerla cuando realmente hiciera algo. No podía creer que aquel enamoramiento del instituto se hubiera convertido en esta viciosa lujuriosa que me acechaba. Silvie me sorprendió.

SILVIE

«Dios, ojalá Steven estuviera aquí». Se me escapó un pequeño gruñido cuando Bethany, mi mejor amiga de toda la vida, y yo levantamos a mamá de la ducha para ponerla de pie. La sequé rápidamente con una toalla mientras Bethany cogía la silla de ruedas.

«Oh, querida. Estás estupendamente. Siento que tengas que cuidarme así». Mamá siempre se disculpaba por ser mayor y frágil.

«Mamá, estás enferma. No tienes por qué disculparte. Es solo que no estoy acostumbrada a hacer todo esto yo sola. Y no soy tan fuerte como Steven».

La bajé a la silla con la toalla envolviéndole el torso, y luego cogí otra para ayudarla a secarse los cortos mechones rizados. Me dio una palmadita en la mano y sonrió suavemente. No recordaba que tuviera las manos tan frágiles, la piel tan fina que podía ver los vasos sanguíneos bajo la superficie.

«Gracias, Bethany, por venir a ayudar a Silvie». Mamá cogió la mano de Bethany y la apretó.

«No hay problema, señora Brooks. Estoy encantada de venir a ayudar. Eres como una madre para mí». Bethany dio un paso atrás mientras yo agarraba las asas de la silla de ruedas y empezaba a empujar. Era difícil sacar la silla del cuarto de baño, a pesar de que un constructor había ampliado todas las puertas de la casa para hacerla accesible.

Vestimos a mamá y la acomodamos en la cama con un té caliente y su medicina, y luego la dejamos leyendo un libro en su tableta mientras nos dirigíamos a la cocina.

«No sabía que tu madre estuviera tan mal ahora». El tono tranquilizador de Bethany me reconfortó, aunque nada podía quitarme la amargura de haber perdido trágicamente a uno de los padres y tener que ver cómo se desvanecía otro. «¿Cuál es su diagnóstico exacto?».

«Artritis reumatoide». Me pellizqué la pierna mientras caminaba para distraer la mente y no llorar. «El médico dice que si hubiera venido antes, cuando empezó a notar los síntomas, no estaría tan mal. Antes era muy activa. Corría maratones. Su sueño era Boston...».

Tuve que dejar de hablar. Era difícil saber que mamá sufría tanto dolor constantemente. Tenía días buenos en los que se negaba a usar la silla de ruedas, pero otras veces el solo hecho de tocarla le dolía tanto que se negaba incluso a que la bañáramos.

«Cielos, qué triste». Bethany se desplomó en un taburete junto a la isla de la cocina mientras yo

ponía la tetera en el fuego y encendía el quemador. «Me pregunto si tendrán algún medicamento experimental o algo que pueda ayudar».

«Tal vez... Doc dijo que tienen algunas curas experimentales en marcha en el este del Pais, pero hasta que no tengan algunos resultados probados no se podrán aplicar. Esperamos que eso ocurra pronto...». Suspiré, deseando olvidarme de todo aquello. «De todos modos, ahora no quiero hablar de eso».

Bethany asintió y se apretó la espesa coleta rubia. Siempre había sentido envidia de lo espeso que era su pelo. El mío parecía fino, como el de una mujer mayor. Además, Bethany parecía tenerlo grueso por todas partes, a diferencia de mí. Odiaba mi cuerpo, con sus curvas normales, y siempre había deseado que mis genes se parecieran más a los de Bethany: pechos grandes y caderas de reloj de arena.

«Cuéntame cómo es trabajar con Klinger». Bethany enarcó las cejas y se le dibujó una sonrisa en la cara.

Ella mejor que nadie sabía lo difícil que me resultaba trabajar codo con codo con Jared y mantener la calma. Estuvo conmigo en los peores días de mi enamoramiento en el instituto. Cuando un chico tras otro me pedía salir, pero mi corazón se lo había jurado a Jared Klinger. Apenas salía con nadie porque ningún chico podía hacer sombra a esa llama. Ahora que trabajaba con él en un contexto tan cercano desde hacía dos semanas, por fin había cogido ritmo.

«Es como volver a tenerle en casa. Solía venir aquí y pasar días enteros. ¿Recuerdas cuando te quedabas a dormir y te ponías muy celosa de que Jared se quedara tres noches seguidas y tú una sola?».Me reí al recordar a Bethany sentada en mi cama haciendo pucheros.

«Y Steven se burlaba de mí porque lloraba. Dios, eran unos matones». Se unió a mí en la risa y se acercó más. «Pero, ¿cómo es realmente? Trabajas como su asistente personal. Habla directamente contigo todos los días. ¿Te vas a casa a masturbarte todas las noches?». Me guiñó un ojo sugestivamente.

«Dios, Bethany». Puse los ojos en blanco. «Está bueno, pero no voy a perder la calma. Además, quiero tomarme este trabajo en serio y aprender cosas. Básicamente, mamá obligó a Steven a darme estas prácticas, y no puedo estropearlo enredando mis emociones».

«¿Pero lo quieres?».

La pregunta de Bethany quedó flotando en el aire mientras silbaba la tetera. Saqué una taza del armario y cogí una bolsita de té de manzanilla, llené la taza y puse la tetera en el hornillo. Tras asegurarme de que el hornillo estaba apagado, recogí las medicinas de mamá y me dirigí a su dormitorio para entregarle el equipo y los medicamentos.

«¿Mamá?».Dejé el té y ella extendió la mano, un poco menos temblorosa que antes. Leer siempre la ayudaba a relajarse.

«Gracias, Silvie».

Su frente se arrugó al ver mi expresión, probablemente muy contrariada porque Bethany estaba curioseando sobre Jared.

«¿Va todo bien?», preguntó sujetándome la muñeca.

«Estoy bien. Solo es Bethany. Demasiado ansiosa por conocer detalles interesantes de mi vida, ya que la suya es aburrida». Le di a mamá un beso en la frente. «Duerme bien. Si necesitas algo, pulsa el botón de llamada y entraré. Probablemente me dormiré antes de que pase mucho tiempo».

«Qué bien. Gracias por traerlos. Creo que mañana será un buen día. Quizá pueda hacerte tortitas».

Sonreí. Mamá siempre pensaba que mañana sería un buen día, y la mayoría de las veces se sentía decepcionada. Una parte de mí deseaba poder enviarla a Maryland para que participara en el estudio de prueba de los fármacos antirreumáticos, pero aún no disponía de fondos para ese tipo de viaje.

«Buenas noches».

Apagué el interruptor de la luz al salir del dormitorio, cerrando la puerta tras de mí. Luego me dirigí a la cocina para seguir preparando comida a la parrilla. Aunque podría decirle a Bethany que se metiera en sus asuntos, a estas alturas era más como una hermana que como una simple amiga.

«¿Entonces?».Bethany se había servido una copa de vino y estaba sentada esperándome, con otra copa brillante por la condensación situada junto a ella en la isla. Me senté a su lado y deslicé la copa de vino delante de mí.

«Así que... el caso es que hemos estado comiendo juntos todos los días. No tenía a nadie con quien comer y no conozco a nadie que trabaje allí. Somos Jared y yo solos. A veces en su despacho, a veces en la cafetería que hay calle abajo. Una vez nos sentamos en el pequeño parque que hay a una manzana, bajo la sombra de un árbol. Jared es diferente».

Le di un sorbo a mi vino mientras observaba cómo giraban las rueditas en el de Bethany. «¿Diferente en qué sentido?».

«Bueno, para empezar ha madurado de verdad. Ya no es tan molesto ni inmaduro como antes. Y joder, es más sexy que nunca». Eso fue un error. La sonrisa de Bethany se convirtió en un codazo en mis costillas y en una insistencia para que le diera más información.

«Exijo conocer todos los detalles».

«En realidad no hay nada. Es decir, tenemos algunas conversaciones coquetas, pero he visto cómo habla con otras mujeres y también coquetea un poco con ellas». Me encogí de hombros; era cierto. Una vez, mientras hacía cola con Jared en la cafetería, se puso demasiado amistoso con una madre soltera que tenía delante. Al menos ella no llevaba anillo de casada, y él se ofreció a pagarle la comida a ella y a su hijo. O quizá simplemente estaba siendo amable, pero aun así, me hizo sentir un poco fuera de lugar porque yo estaba con él y él estaba hablando con ella.

Nunca lo admitiría, pero incluso cuando Vicki entró en su despacho, me puse celosa.

«Así que flirteas con él... ¿te devuelve el flirteo? Quiero decir, ¿has notado que se fije en ti?». El vino de Bethany casi se había acabado, y eso significaba que estaba casi lista para darme la vuelta y echarla.

«Bueno, cuando llevo un top escotado, siempre está mirando la mercancía». Sentí calor en las mejillas, que cubrí con un sorbo de vino, sosteniendo el vaso frente a mi cara.

«Tienes que mover ficha, Sil. ¿Cuánto has esperado, diez años, para esto?». Bethany cogió la botella y rellenó su copa, y enseguida se bebió el segundo vaso.

«Sí, bueno, en realidad sí. Fueron diez años cuando me di cuenta de que estaba enamorada de él. Pero no es exactamente ético que un hombre de 26 años salga con una chica de 14. ¿Y ahora qué pasa si solo piensa en mí como en una hermana pequeña? Es decir, tampoco ha hecho ningún avance».

«Un hombre que mira por debajo del top de una mujer no está pensando en ella como en una hermana».

«No, incesto», dije, arrancando a Bethany una carcajada tan grande que resopló. Tuve que quitarle el vaso de la mano por miedo a que se le cayera y se rompiera. «Tranquila, Bessy...». No pude evitar reírme con ella. El humor era mi forma de desviar la atención no deseada, buena o mala. Así superé la muerte de papá.

Mi consejero de entonces me dijo que si me ayudaba no había nada malo en hacerlo, siempre que no fuera a costa de otra persona. Descubrí que mamá apreciaba mi capacidad para aligerar el ambiente, mientras que Steven siempre me decía que "madurara de una puta vez y dejara de hacer bromas". Al parecer, odiaba mi deseo de evitar que las cosas fueran demasiado serias. Hasta el día de hoy, seguía pensando que estaba deprimida y cavilando sobre papá.

Cuando Bethany se calmó, lo que tardó un rato debido probablemente al vino, se levantó y dio una palmada en la encimera. «Bueno, me voy andando a casa, pero me vas a mantener informada de todos estos detalles, ¿entendido?».

«Sí, sí». Le hice un gesto con la mano mientras salía por la puerta trasera. Vivir a pocas manzanas de tu mejor amiga era genial en el instituto, y lo más cómodo posible de adulto. Podíamos pasar el día bebiendo y ella siempre llegaba a casa sana y salva.

Miré por la ventana panorámica que daba a nuestro sombreado patio trasero mientras ella atravesaba la puerta de nuestra valla de protección y desaparecía. Entonces me quedé allí sentada preguntándome si realmente habría algo en la relación que estaba desarrollando con Jared.

Ella tenía razón. Si iba a dar el paso, ahora sería el momento. Nunca había encontrado a nadie que se comparara con Jared en mi mente. Incluso en la universidad, había salido únicamente con dos chicos. Ambos no se parecían solo a Jared, sino que tenían los mismos intereses y tipos de personalidad similares, pero ninguno era él.

Sonó mi teléfono, así que rebusqué en el bolso y lo saqué. Se iluminó la imagen de Steven en la pantalla del identificador de llamadas, así que pulsé a la derecha para contestar.

«Hola, Sil. ¿Cómo está mamá?».

«Se acostó hace unos veinte minutos.

Me ha preguntado cómo va Chicago. Tienes que llamarla mañana».

Steven parecía cansado. Imaginaba que probablemente era estresante poner en marcha una nueva

sucursal de su empresa completamente, a solas, en una ciudad nueva. Aun así, aquel era su sueño y estaba cogiendo el toro por los cuernos.

«¿Le diste la medicación como te dije? ¿Le preparaste el té?».

«Sí, Steven. No me hagas de padre. Tengo 24 años, no 12». Irritada, puse el teléfono en altavoz y me senté ante mi copa de vino, rellenando el vaso antes de dar un sorbo.

«Sabes que me preocupo por ella».

«No está terminal, Steve. Simplemente está enferma. Y soy capaz de cuidar de ella. Tú concéntrate en hacer despegar esa nave para poder volver. Te echa de menos». Cogí una toalla de mano y sequé la condensación de la isla mientras él parloteaba sobre los progresos que estaban haciendo. Prometió que su estancia duraría solo unos meses, pero parecía que le necesitarían allí un poco más, lo cual me irritó. Él era el principal cuidador de mamá, y su poder notarial recaía en él.

«Necesito ayuda con mamá los días de baño. No puedo levantarla, y si es un mal día ni siquiera puede estar de pie sola. Hoy he tenido que pedirle a Bethany que viniera. Afortunadamente, mamá no es tímida y no le ha importado. Pero ¿y si vuelve a ocurrir? Te necesitamos aquí».

La voz de Steven adquirió un tono tenso. «Yo no soy el padre, Sil. Así que, si no puedes encargarte, llamaremos a un servicio de enfermería».

«Le prometimos a mamá que no haríamos eso».

«Entonces aguántate. Será solo por unos meses». Resopló. «Tengo que irme. Tengo una reunión por la mañana a las siete y necesito dormir».

«Steven, ¿estás bien? Por favor, no bebas hasta morir allí arriba».

La línea se cortó antes de que pudiera decir otra palabra. Estaba preocupada por él, y estaba claro que estaba molesto. Esperaba que el lanzamiento de la nueva sucursal fuera mejor de lo que parecía, dado su estado de ánimo.

JARED

Aplasté la bolsa de papel marrón del almuerzo y la tiré a la basura, luego me limpié la boca. Hacía semanas que Silvie y yo almorzábamos juntos y, dada mi preocupación inicial de que causara problemas, en realidad había sido bastante agradable. Me había preocupado sin motivo. Aunque, tenía que admitirlo, me atraía bastante la mujer en la que se había convertido.

«Hoy pareces animada». Tiró la ensalada a medio comer a la basura y se llevó las migas de la esquina de mi escritorio a la palma de la mano antes de deshacerse también de ellas.

«No estoy animada, pero por fin no estoy tan estresada. La mudanza de Steven a Chicago ha supuesto un gran peso sobre mis hombros». Era cierto. Hacer el trabajo de director de operaciones y director general al mismo tiempo era difícil. Observé los movimientos de Silvie, más lentos y parecían un poco más dolorosos de lo normal. «¿Va todo bien?».

«Me hice daño en el hombro anoche al levantar a mamá para meterla en la cama. Tengo que ir a casa cuando acabemos aquí para asegurarme de que está bien por la tarde. Esta mañana estaba bien, pero hace un rato me mandó un mensaje diciendo que le dolían las caderas y que le gustaría que la ayudara a llegar al salón para poder ver sus telenovelas».

Silvie bajó la mirada, y me pregunté si se debía a que Steven no estaba, o si yo había hecho o dicho algo malo. Me contó que su madre había estado enferma, pero no me había dado cuenta de que fuera tan grave.

«¿Suele ocuparse Steven de ella?».

«Bueno, lo hacemos los dos, pero él es más fuerte que yo, así que es él quien hace el trabajo pesado. Yo suelo prepararle el té, hacerle compañía, cocinarle y mantener la casa limpia».

Silvie giró el cuello y se frotó el hombro derecho con la mano izquierda. «Con él fuera, tengo que ocuparme de todo. Tenía a Bethany; te acuerdas de ella, ¿verdad?».

«Sí, ¿Bethany Suttles? ¿La tontita del instituto?».

Silvie soltó una risita ante mi insulto juguetón. «Sí, la misma Bethany de siempre. Bueno, la otra noche vino a ayudarme, pero hoy no está libre».

«Lo haré yo».

Los ojos de Silvie se acercaron a los míos con curiosidad y afecto. «¿Lo harás?».

«Claro, quiero a Edna. Cuando me metía en líos, siempre era ella la que me ayudaba. Escuchaba mis problemas, me daba buenos consejos y, de vez en cuando, una buena bofetada en la cabeza». Me reí al recordar la vez que Steven y yo nos escabullimos y nos bebimos todo el whisky de su padre, y luego volvimos a su casa vomitando.

Edna nos limpió y nos arropó, y a la mañana siguiente nos obligó a desbrozar todos los parterres y a rastrillar el césped.

«Sí, es un encanto...». Los ojos de Silvie brillaron mojados. «Y ahora tengo que ir a cuidarla».

«Conduzco yo». Metí la mano en el cajón de mi escritorio y saqué las llaves de mi todoterreno. «Vamos».

Silvie parecía aliviada de contar con mi ayuda y no me importó lo más mínimo hacerlo. La seguí hasta los ascensores, diciéndole a Karen al pasar que volveríamos después.

* * *

«¿Mamá?».Silvie llamó a la casa cuando entramos.

Edna estaba sentada en un sillón a mitad del pasillo. Parecía agotada y dolorida. Silvie corrió a su lado y yo la seguí, preocupado.

«Mamá, ¿estás bien?».Silvie cayó de rodillas junto a Edna y agarró la mano de la mujer. Edna hizo una mueca de dolor y se apartó.

«Tengo un mal día, eso es todo. Fui a por el botiquín, pero esto es todo lo lejos que llegué». Hizo una mueca y flexionó la mano varias veces. «Hola, Jared. Me alegro de verte por aquí».

«No hay problema, Silvie mencionó que necesitabas ayuda, y no podía dejar que pasaras necesidad. Así que aquí estoy». Escudriñé el pasillo en busca de su silla de ruedas. «¿Dónde está tu silla? ¿Cómo has llegado hasta aquí?»

«Bueno...». La voz de Edna era temblorosa. Me di cuenta de que le dolía mucho. «Estaba teniendo un buen día. Me moví sola toda la mañana, pero a la hora de comer empezaron a dolerme las manos de una manera horrible. Fui a por la medicina, pero cuando lo hice, tropecé y me caí. Llegué hasta esta poltrona y eso fue todo lo que pude hacer. Envié un mensaje a Silvie. Pensé que ella traería la silla».

«¿Quieres que traiga la silla?».Silvie se levantó y miró la puerta del dormitorio. Parecía un poco asustada.

«Toma, déjame a mí». Me agaché, levanté a Edna y me dirigí hacia el dormitorio. Era ligera como una pluma, aunque me di cuenta de que a Silvie aún le costaría levantarla.

Edna emitió gemidos de dolor, pero yo sabía que tardaría un poco más y sería mucho más doloroso trasladarla a la silla y luego a la cama. «Vamos a instalarte y a poner tus telenovelas en la tele aquí dentro, ¿vale?».

Me colé por la puerta y la llevé a la cama, donde la dejé con cuidado. Hizo un gesto de dolor, pero sonrió y me dio las gracias. Silvie se apresuró por la habitación, cogiendo almohadas para

apoyar a Edna.

«¿Tienes aquí todo lo que necesitas?».Me senté en el borde de la cama mientras Silvie llenaba la copa de Edna y le traía unas pastillas.

«Ah, claro. Esto te ayudará». Edna se bebió las pastillas y un sorbo de agua y apuntó el mando a la televisión. «Vosotros dos seríais la pareja más mona de la historia». Edna sonrió y Silvie se sonrojó.

«Mamá». Silvie cubrió a su madre con una manta y frunció el ceño. «Por favor, no seas maleducada».

Me reí por lo directa que era Edna. Debía de ser de donde la había sacado Steven.

«No pasa nada, Sil. Edna, voy a darle a Silvie mi número personal para que lo programe en tu botón de llamada. Si alguna vez necesitas algo, puedes llamarme a mí también. Con Steven fuera, imagino que necesitas un poco más de fuerza masculina que Silvie puede proporcionarte».

Me sonrió, con los ojos brillantes de picardía. Me pregunté qué estaría tramando.

«Claro, Jared. Pero no te preocupes por mí ni un segundo. Soy un pájaro viejo y duro. Me las arreglaré». Cambió de canal y subió el volumen. «Ahora, si me disculpáis, tengo que ponerme al día con algunos programas. Silvie, me gustaría cenar aquí esta noche, ¿quizá un poco de esa sopa de patata que te gusta hacer?».

«Claro, mamá».

Me levanté para reunirme con Silvie después de que le diera a su madre un beso en la frente. «¿Sopa de patata?».Pregunté, siguiéndola fuera. «Yo también quiero un poco».

Ella se volvió y me dio un manotazo en el pecho, sacudiendo la cabeza. «Bueno, puedes venir a cenar, si lo dices en serio. Mamá no come mucho e incluso la receta para dos personas es suficiente para alimentarnos a los dos durante días».

«En realidad tengo planes para cenar esta noche, pero quizá algún día no muy lejano». Silvie me condujo de nuevo por el pasillo hasta el salón. Tenía tantos recuerdos vivos en aquella casa. Por supuesto, Silvie no era más que una niña a mis ojos en aquel momento. Ahora era una mujer sexy cuyo culo tenía mis ojos fijos en él.

Cuando se giró, me di cuenta de que me había pillado mirándola. «¿Cenar? ¿De verdad es eso lo que quieres?».

«No estoy seguro de lo que quiero».

En realidad, sabía exactamente lo que quería. Quería saber si los coqueteos de Silvie iban en serio, o si simplemente era de las que utilizaban ese tipo de comunicación para sentirse más a gusto en una situación difícil. Estaba tan cerca de ella que podía alargar la mano y atraerla hacia mí, pero dudé y ella se alejó.

«Bueno, voy a estar comiendo sopa de patata durante días. Así que quizá te traiga un cuenco mañana para comer». Se volvió y se inclinó para coger una almohada, con el dobladillo de la falda subiéndose más. Vi el elástico de sus medias hasta el muslo y mi polla empezó a hincharse.

«¿Sí? Me gustaría». Seguí sus pasos lentamente, acechándola. Era como si no tuviera ni idea de que estábamos solos y de que yo la estaba cazando. Era tan inocente, como la joven adolescente cuyo corazón rompí el día antes del baile de graduación.

«Y Steven siempre llama después de que arrope a mamá, así que tú también podrías acompañarme en esa llamada si vinieras a cenar... ¿Cuál es tu comida favorita? Seguro que mamá disfrutaría comiendo en la mesa si vinieras».

Siguió dando vueltas por la habitación, recogiendo cosas y volviéndolas a colocar en su sitio. Me di cuenta de que Edna probablemente había pasado apuros por la habitación. Las cosas estaban fuera de su sitio, como si se hubieran caído de las superficies. Silvie parecía tomárselo con calma, como si fuera lo más normal. Y cada vez que se inclinaba, mi polla se ponía más dura.

«Sí, me gusta comer». Mi mente estaba distraída con sus curvas; apenas seguía lo que decía. Y ella se dio cuenta, se detuvo bruscamente y se volvió hacia mí. Me abalancé sobre ella en cuestión de segundos, tomé sus mejillas y planté mis labios sobre los suyos.

Al principio se resistió, poniéndose rígida y empujándome el pecho. Luego se fundió conmigo, correspondiendo a mi beso con su propia pasión. Silvie coqueteaba en serio. Pero, ¿por qué iba a querer a un viejo como yo? Yo era doce años mayor que ella. Debería haber encontrado hombres de su edad a los que perseguir.

La besé hasta que tuve que parar para respirar y me retiré. Tenía los labios y las mejillas enrojecidos, por el efecto de mi barba de tres días rozando su piel de porcelana. Jadeaba y me miraba los labios, con la boca ligeramente abierta.

«Joder, ¿qué ha sido eso?», preguntó.

«Dios, no lo sé. Eres tan sexy. Ver cómo te agachabas... No pude evitarlo. Y tu madre...». Le agarré el pelo con fuerza y le eché un poco la cabeza hacia atrás para poder verle el cuello. Le mordisqueé el lado izquierdo del cuello hasta el hombro, donde la mordí y un gruñido profundo salió de mis entrañas.

«Jared», jadeó. «¿De verdad vamos a hacer esto? ¿Aquí y ahora?»

No dejé lugar a la confusión, le subí la falda con la mano izquierda y le agarré el culo. Gimió y se inclinó hacia mí, rodeándome el cuello con los brazos. Apoyé los codos en mi hombro y llevé ambas manos a su culo, sujetándola mientras la apretaba contra la pared.

Oí desgarrarse el material, pero me importó un bledo. Le compraría una falda nueva. Estaba inmovilizada entre la pared y yo, con las piernas rodeando mis caderas.

«Mierda... ¿y si mamá se entera?». Silvie me agarró del pelo y yo rechiné la pelvis contra ella, haciéndole sentir lo que me había hecho.

«Entonces te sugiero que te calles». Sus labios sabían a lápiz de labios de cereza, dulce y un poco áspero. Devoraba mis besos como si fueran agua en un desierto.

Llevaba semanas viendo cómo me miraba. Sabía que su enamoramiento de la infancia seguía existiendo, pero no imaginaba que mi cuerpo reaccionara de esta forma. Nunca había pensado en ella de ese modo, pero ahora, con la mano en su pecho y el pulgar acariciando su pezón bajo las capas de tela sedosa, solo podía pensar en ella de una manera.

«En el salón no», siseó, mientras mis dientes se hundían en la curva de su pecho, expuesto por la forma en que se hundía su blusa. «En mi habitación...».

La abracé más fuerte contra mí y la aparté de la pared, escabulléndome por el pasillo tan silenciosamente como pude. Me mordió la oreja, luego el cuello y volvió a acercar sus labios a los míos.

Sentía que la polla se me iba a salir del pantalón simplemente anticipando la inmersión en su cuerpo mojado. Cuando abrí la puerta de un empujón y entré en su habitación, lo único que tenía pensado era tirarla sobre la cama y arrancarle la ropa. Empujó la puerta para cerrarla tras nosotros, y yo me dirigí hacia la cama, dejándola caer y viéndola rebotar.

«Mierda... ¿qué estamos haciendo?», jadeó mientras se quitaba la chaqueta y luego la blusa.

Me desabroché los pantalones y me quité los zapatos de una patada mientras la veía desnudarse. Sus pechos perfectos, turgentes y redondos, exigían que mi polla se deslizara entre ellos. Me desabroché los dos botones superiores de la camisa y me la puse por encima de la cabeza. Luego me desnudé.

Silvie apenas se había bajado la cremallera de la falda y yo estaba sobre ella, inmovilizándola contra la cama. La besé con fuerza y mi mano se deslizó entre nosotros para desabrocharle el sujetador. Sentí sus pechos frescos y suaves contra el mío, y los busqué con la lengua, arrastrándome hacia atrás hasta que encontré un pezón y lo pellizqué con los dientes. Ella soltó un grito de sorpresa y jadeó pidiendo más.

«Joder, Jared... Fóllame». Abrió las piernas mientras yo deslizaba las manos hacia arriba por sus muslos, subiéndole la falda. Mis dedos se engancharon alrededor de sus bragas y tiré de ellas hacia abajo. Una repentina e intensa necesidad de liberarme me hizo olvidar todas y cada una de las razones por las que aquello no era una buena idea cuando sus bragas cayeron al suelo.

Miré la humedad que se acumulaba entre sus piernas. Me deseaba tanto como yo a ella, pero yo quería una cosa más. Probar lo increíble que era aquella excitación.

SILVIE

La cara de Jared bajó hasta mis delicados pliegues, y su barba rozó mi montículo afeitado. La forma en que su lengua me exploraba, bebiendo mis jugos, me hizo estremecerme por dentro. Tiré de su pelo, exigiendo más. Quería su polla dentro de mí. No me contentaría con esto.

«Mierda... Oh Dios, eso es increíble». Moví las caderas hacia arriba mientras me chupaba el clítoris, estimulándome. Hacía siglos que no me sentía tan bien. Tendría que lavar las sábanas del desastre que seguramente estaba haciendo.

Pero cuando se levantó, acercándose a mí, contuve la respiración con expectación. Se acarició un par de veces, mirándome con un brillo lujurioso en los ojos. Luego anguló la punta de su polla hasta que, como una flecha que da en el blanco, me la clavó.

Al instante se me doblaron los dedos de los pies y la espalda se me arqueó para quedar a su altura, mientras él se tumbaba sobre mí y penetraba más profundamente. Se sentía bien, demasiado bien. Necesitaba correrme y él necesitaba hacerme correr.

«Dios, estás fenomenal».

«Shh... Mamá». Le hice callar y le besé en los labios. Podía saborearme en su lengua, salada y dulce. Su polla martilleaba contra mi paredes, deslizándose dentro y fuera a través de mi humedad. La forma en que su cuerpo chocaba contra el mío frotaba mi clítoris a la perfección.

«Joder... no aguanto...». Jared susurró contra mi boca mientras me besaba. Sentí cómo su cuerpo se tensaba y sus embestidas se detenían. Estaba cerca y yo aún no. Me estaba esperando. De pensarlo, mi mente se puso a cien. Este hombre no solo era increíblemente sexy, sino que se preocupaba lo suficiente como para no limitarse a utilizar mi cuerpo para excitarse y luego dejarme allí con ganas de más.

Me miró fijamente a los ojos, con la frente pegada a la frente, hasta que se calmó, y entonces volvió a empujar lentamente dentro de mí. Si quería correrme con él, iba a necesitar más. Le presioné el hombro hasta que se hizo a la idea, se giró y me llevó con él.

Rodó hasta tumbarse boca arriba sobre mi cama, yo a horcajadas sobre él. El pelo se me había caído casi por completo de la trenza que llevaba y me colgaba en mechones sueltos y salvajes sobre la cara y los hombros. Lo miré fijamente y me quité el sujetador, con la falda aún enrollada en la cintura.

Jared me acarició los pechos, presionándome los pezones con los pulgares, mientras yo empezaba a mover lentamente las caderas, levantándome muy poco para sentir cómo su polla se deslizaba contra mi punto G. Era exactamente lo que necesitaba.

Apoyé las manos en su caja torácica, olvidándome por completo de mí misma mientras lo cabalgaba. Jadeando y agitándome, mi voz se hacía cada vez más fuerte. Apretó un pulgar contra mi clítoris y me deshice.

«Mierda... Más... haz que me corra». Ni siquiera me importó que mi madre probablemente subiera el volumen de sus telenovelas para no oír nuestra escapada. Lo necesitaba con todas mis fuerzas.

Sentí su polla explotar esperma caliente dentro de mí. Latía y palpitaba en mi coño mientras yo apretaba hasta que encontré la posición adecuada y mi propio cuerpo se encontró con el suyo en el clímax. Joder, me alegré de que fuera uno de esos tíos cuya polla se mantiene dura después del orgasmo, porque lo cabalgué como un caballo, negándome a bajar el ritmo hasta que mi cuerpo estuvo tan desencajado que casi me derrumbé, momento en el que me dio la vuelta.

Me apretó contra el edredón y siguió deslizándose dentro y fuera de mí, con su peso sujetándome a la cama. Me besó suavemente con cada último, lento y agonizantemente delicioso bombeo de sus caderas.

Y cuando se detuvo, me sentí increíble. Sentía el cuerpo como si me hubiera cubierto con una manta de plomo, y el calor y la relajación empapaban cada célula de mi ser. Jared no se movió. Se quedó allí, con nuestras pieles rozándose suavemente, nuestras piernas aún enredadas. Su pecho latía con fuerza, y el mío también. Estábamos empapados de sudor.

En lo más bajo de su vientre, Jared empezó a temblar. Sentí el empujón antes de oír el ruido. Se estaba riendo. Al principio me sentí confusa, luego sonreí y me pregunté de qué demonios se reía.

«¿Qué?».Le pregunté mientras se levantaba sobre los codos y me miraba.

«¿Acabamos de practicar sexo sobre una colcha rosa pastel con ositos de peluche mirándonos?».

La sonrisa que puso al hacer la pregunta no tenía precio.

Tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda en el que me moría de ganas de meter el dedo.

«Sí, así es. ¿Algún problema?».

Se apartó y rodó hacia un lado, dejándome con la sensación de haberme meado encima mientras salía a borbotones de mí. Sabía que tendría que limpiar las sábanas después de esto. Ahora también tenía que limpiar el edredón.

«¿Me lo puedes explicar?».Apoyó la mano en mi vientre y levantó la cabeza.

«Este juego de cama fue el último que me compró papá. Fue unas semanas antes de mi 16 cumpleaños. Murió como tres meses después. Aún no estoy preparada para dejarlo. Además, no suelo llevar a los hombres a casa de mi madre para tener sexo».

«¿Es eso lo que era?».Jared me apretó contra su cuerpo, con su calor presionando mi muslo.

Notaba la humedad del charco que había dejado bajo mi cuerpo y esperaba no tener que ponerme un traje nuevo antes de volver al trabajo. No podía responderle. No tenía ni idea de qué se trataba. Lo único que sabía era que no quería que acabara.

«¿Y los osos?».

«Regalos de papá». Suspiré. Cómo deseaba que mi padre siguiera aquí para verme conseguir por fin lo único que había deseado durante una década. Mi oportunidad de estar con Jared. Papá sabía mejor que nadie lo mucho que quería a ese hombre desde que era una niña; siempre confiaba en él.

«Y si te hiciera un regalo, ¿adónde iría?».

Su mirada era tan penetrante que sentí palpitar mi corazón. Nunca sabría cómo un solo hombre podía hacer que mi cuerpo sintiera tantas cosas increíbles. Pero tenía la capacidad de cambiar por completo mi percepción de la realidad.

«Depende de qué tipo de regalo sea». Le miré fijamente a los ojos hasta que bajó la cara para encontrarse con la mía y los rozó suavemente sobre mi piel. Cuando volvió a sentarse, me di cuenta de que llegábamos tarde y de que en la oficina hablarían. «Deberíamos volver al trabajo».

«Sil...».

Vaciló, como si quisiera decir algo mucho más importante, pero su estúpida sonrisa me pilló desprevenida.

«¿Sí?»

«No puedo salir con una chica de 24 años que se acuesta con ositos de peluche». Se echó a reír, incapaz de contener lo que obviamente le parecía hilarante.

«Que te jodan». Me uní a su risa, luego le di una bofetada en el brazo y me incorporé, separándome de él. Al enderezarme la falda, descubrí que no estaba manchada de fluidos corporales - para mi sorpresa - así que sustituí las bragas desechadas por un par limpio y me pasé la falda por las caderas. Jared se quedó mirándome, estirado en la cama como si fuera el dueño de mí y de mi habitación.

«Si realmente vamos a hacer esto, creo que Steven tiene que enterarse».

Las palabras que se le escaparon de la lengua me golpearon el pecho. «¿Qué? ¿Por qué?».Giré sobre mí misma para mirarle mientras me enganchaba el sujetador y me agarraba la camisa, consciente de repente de que no estaba tan cómoda como hacía unos instantes. Tal vez fuera la mención de mi arrogante hermano.

«Bueno, es como una cuestión de respeto. Un código. Steven y yo nos conocemos desde la infancia, Sil. Él debe saber si vamos a seguir viéndonos. Podría afectar a nuestra relación, al trabajo, a ti y a mí...».

Recogí sus bóxers y sus pantalones y se los arrojé, luego me senté en el borde de la cama. «Se pondrá mandón, nos exigirá cosas. Existe la posibilidad de que se niegue en redondo a que ocurra. Él es así».

«¿Así cómo?».Jared se sentó a mi lado y descolgó las piernas por el borde de la cama. Se vistió despacio mientras yo le contaba un recuerdo de la universidad.

«Cuando iba a Berkeley, me traje a un chico a casa durante las vacaciones de invierno para visitarlo. Estábamos saliendo y era súper simpático. Steven me preguntó qué veía en él porque pensaba que el tipo era un farsante. De todos modos, cuando procedí a nombrar las cualidades del chico, Steven negó todas y cada una de ellas. Afirmó que papá nunca lo aprobaría. Le compró un billete de avión y lo llevó al aeropuerto. Nunca volví a verle».

«Vaya, qué mala suerte». Jared se levantó, se puso los pantalones, terminó de vestirse, se sentó a mi lado y me apartó el mechón de pelo de la cara. Parecía perplejo.

«Creo que conozco bastante bien a Steven, Sil. Creo que él querría saberlo». Me cogió la barbilla y me obligó a mirarle.

«¿Sabías que luchó contra el alcohol?».

La expresión de sus ojos me dijo que mi afirmación no me había sorprendido del todo, pero en su mirada había un ansia que indicaba que quería más información. Así que tragué saliva y continué.

«¿Te ha dicho que hace unos años se fue tres meses a Suiza?». Contuve la respiración esperando su respuesta. No era mi estilo cotillear, pero Jared necesitaba saberlo todo sobre Steven para entender por qué yo no sentía que fuera asunto suyo tomar esta decisión por nosotros.

«Sí». Sacudió la cabeza y soltó mi barbilla. «Dijo que estaba haciendo prácticas en una empresa de marketing de allí y que estaba aprendiendo mucho. No teníamos un gran servicio, así que nada de llamadas, pero recibía actualizaciones periódicas por correo electrónico».

«Estaba en Atlanta, en rehabilitación».

Vi cómo se hundía el peso en el pecho de Jared. Sus hombros se cayeron. «No me lo dijo. Somos mejores amigos. ¿Por qué no lo hizo?».

Jared tenía una expresión de dolor, con las cejas fruncidas.

«Le daba vergüenza. Tras la muerte de papá, Steven intentó controlarlo todo, y a todos. No pudo, obviamente. Y cuando a mamá le diagnosticaron la enfermedad tras años de sufrimiento y sin decírselo a nadie, Steven perdió la cabeza. Fue horrible».

Cogí la mano de Jared y la estreché. Fue como cuando, en el instituto, Steven se cayó del jeep. Jared estaba conduciendo y Steven se rompió el fémur, lo que le hizo perderse el campeonato de cross de aquel año. Jared se echó la culpa, aunque Steven no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Tuve que consolar a Jared entonces y aquí estaba yo siendo la que simultáneamente le hacía daño y le consolaba a la vez.

«Así que ahora es diferente... Debería seguir sabiéndolo».

«No, Jared. Ahora no es diferente. Simplemente no bebe. Sigue queriendo controlar a todos y todo porque le hace sentir que no le pasará nada malo. No verá que estemos juntos como algo bueno. Lo verá como otra forma de que alguien a quien quiere le haga daño».

Jared me cogió de la mano y tiró de mí para que me pusiera a su lado. Me sentí extraña cuando me rodeó con los brazos, estrechándome contra su pecho. Oí cómo le latía el corazón contra la caja torácica, por fin se había calmado tras nuestro retozo. Olía a colonia o loción para después del afeitado. Quería respirarlo durante horas.

«Vale. De momento confiaré en ti. Pero creo que deberíamos decírselo antes de que se entere por otra persona. Toda la oficina nos ha visto salir juntos hoy y también nos verán volver». Jugó con mi pelo mientras me abrazaba, recordándome que tenía que volver a trenzarlo o seguro que me llamarían la atención.

«Gracias por comprender. Creo que por ahora es lo mejor. Debemos tener cuidado hasta que vuelva Steven. Creo que deberíamos decírselo cara a cara, ¿quizá después de contárselo a mamá?».

Me pellizcó el costado y se echó hacia atrás. «Tu madre cree que hacemos una bonita pareja».

«¡Uf!».Cogí una almohada de la cama y se la tiré. «No me lo recuerdes». No pude ocultar la sonrisa.

«Cuidado, no quiero enfadar a los Ositos Cariñosos de allí». Se alisó la camisa, asegurándose de que la raya de su bigote estaba bien marcada, y se pasó los dedos por el pelo.

«No faltes al respeto a mis Osos Cariñosos, colega. Invocaré sus poderes secretos para hipnotizarte y hacer que nunca quieras dejarme». Sonreí mientras cogía el cepillo y me arreglaba el pelo. Al mirarme en el espejo, decidí que tenía buen aspecto. Me alegraba de que Jared no pensara mal de mí por conservar los viejos osos de recuerdo que me regaló mi padre. Pero quizá tenía razón. Tal vez había llegado el momento de seguir adelante y madurar un poco más.

Jared se escabulló de mi habitación tras comprobar que no había moros en la costa, y yo lo seguí, echando una larga mirada a mi desordenada cama. Recibí un golpe de nostalgia al recordar de nuevo el día en que mi padre me regaló el edredón.

Bethany me echaría la bronca por haberme humillado, pero tenía algunos detalles jugosos que compartir con ella la próxima vez que habláramos. El intocable Jared Klinger, mi enamorado desde que tenía unos doce años, ya no era intocable.

De hecho, puede que estuviera más a mi alcance de lo que había estado en toda mi vida, y no podía estar más contenta. Ahora, si tan solo pudiera convencer a Steven de que era algo bueno, entonces estaría a gustito.

JARED

Unos días después...

Silvie tenía la piel empapada de sudor cuando la ayudé a levantarse del sofá situado en un rincón de mi despacho. Hizo una mueca mientras se limpiaba con unos pañuelos y volvía a ponerse las bragas. El sexo en mi despacho a la hora de comer casi había sustituido a comer de verdad, pero no me importaba. Siempre merendaba mientras trabajaba, así que nunca tenía hambre.

También había dejado de arreglarse el pelo, aparte de peinarse las ondas castañas y hacerse la raya a un lado. Siempre se le soltaban las trenzas, y le ponía nerviosa que la gente se diera cuenta. Era suficiente para que nos encerráramos en la oficina todos los días a mediodía.

«Dios, podría hacer eso todos los días el resto de mi vida», le dije, acercándome furtivamente a ella y abrazándola por detrás. Llevábamos poco más de un mes haciendo esto, pero me parecía que la conocía de toda la vida. Y así era, pero no de esta forma tan íntima.

Apoyé la barbilla en su hombro y le besé el cuello, y ella se inclinó hacia mí, rodeándome la cabeza con el brazo.

«Bueno, necesitamos un sitio mejor que ese sofá, porque no nos da la amplitud de movimiento que me gustaría».

Le hice cosquillas y soltó una risita, apartándose de un tirón y metiéndose la camisa por dentro. Estaba radiante, su piel resplandecía a la luz del sol que entraba por la ventana de mi despacho. Había bajado todas las persianas interiores, pero como mi despacho estaba en la segunda planta, dejé abierta las vistas de Springfield.

La hebilla de mi cinturón tintineó mientras me abrochaba los pantalones y me metía la camisa. Los ojos de Silvie se abrieron de par en par y sonrió alegremente, poniéndose un dedo delante de la boca para hacerme callar. Siempre tenía la paranoia de que alguien de la oficina la oyera, así que siempre estábamos lo más callados posible.

«¿Qué?».Sonreí satisfecho y volví a hacer sonar la hebilla del cinturón, para que pusiera los ojos en blanco. Podía decirse que me había relajado bastante. Hasta ahora, ni siquiera la entrometida Vicki había cuestionado nuestros almuerzos. Probablemente porque esperábamos a cerrar la puerta y echar el cerrojo hasta que todos los demás se iban a comer, y habíamos terminado antes de que volvieran.

Silvie, completamente vestida y con el pelo en su sitio, se puso de puntillas hacia mí mientras me abrochaba los pantalones. Me puso las manos en los hombros, mirandome con sus ojos castaños escrutándome la cara. Me besó suavemente y retrocedió.

«¿A qué ha venido eso?».Me metí el extremo largo del cinturón en una presilla y miré mi reflejo en la ventana, retocándome unos cuantos pelos que se me habían escapado.

«Porque creo que eres realmente increíble y necesito que sepas algo». Silvie me cogió la mano y me la estrechó. Sus dedos estaban fríos contra mi piel.

«¿Qué es eso?».Bromeé: «¿Tengo mal aliento?».

«No, tonto». Puso los ojos en blanco. Estaba claro que no era yo quien tenía sentido del humor, y era terriblemente obvio. «Te quiero».

Su anuncio hizo que se me cortara la respiración por un segundo. No es que no sintiera nada por ella, es que la presión de mantenerlo todo en secreto, sobre todo ante Steven, me estaba afectando. Además, hacía semanas que sabía que se sentía así. Probablemente había sentido algún tipo de afecto persistente durante todos estos años y no había sido correspondida durante tanto tiempo.

«Yo...».

«No digas nada si no lo sientes». Me puso un dedo en los labios y apoyó la cabeza en mi pecho, y yo la rodeé con los brazos. Aquel momento de ternura me hizo darme cuenta de que había sido un completo idiota por suponer que seríamos capaces de mantener en secreto lo que teníamos. Probablemente todos los presentes vieron lo mismo que yo cuando la miraba a los ojos. Estaba organizando su vida en torno a mí.

Le aparté la mano y le besé el dedo, luego le levanté la barbilla para que me mirara. «Te quiero, Silvie Brooks, y no vuelvas a decirme que no lo diga». Atrapé sus labios con los míos, devorando la sonrisa que se dibujó en su rostro. Silvie y yo formábamos un buen equipo. Solamente tenía que encontrar la forma de convencer a Steven de que estaba destinado a ser así.

«Será mejor que abramos esa puerta». Silvie me apretó el pecho y me hizo girar con un ligero empujón hacia la puerta.

Desbloqueé la puerta y la abrí, asomándome al pasillo. Nadie se dio cuenta, así que la dejé agrietada y abrí ligeramente la cortina para poder ver cuando alguien se acercaba a la puerta. Luego cogí mi colonia y me empapé en ella para que el olor ocultara las huellas de nuestro encuentro sexual.

Silvie se dejó caer en el sofá y abrió su bolsa marrón, el almuerzo de hoy: lasaña casera. Sacó un gran recipiente térmico y dos tenedores y me hizo un gesto para que me acercara.

«¿Te he traído suficiente si quieres compartir?». Sus ojos se iluminaron cuando me senté a su lado y cogí un tenedor. Ser soltero tenía sus inconvenientes, y uno de ellos era que siempre comía fuera. Comer habitualmente la comida casera de Silvie empezaba a mimarme. Incluso había engordado unos kilos.

«¿Cómo ha estado mamá hoy? ¿Sigue bien?».Hundiendo el tenedor en las capas de fideos y queso ahogadas en salsa, observé la cara de Silvie para saber qué decía. Cuando las cosas eran

difíciles, las disimulaba con una sonrisa o una broma. Hoy, sin embargo, no tenía más que auténtica felicidad.

«Mamá está bien últimamente. Ha tenido varios días estupendos. Incluso salió a los parterres y arrancó algunas malas hierbas ella sola. Creo que el vecino tuvo que ayudarla a levantarse, pero aparte de eso, parece estar de muy buen humor. Espero que el médico nos informe sobre los exámenes que hacen en Chicago. Los estudios que hacen en Nueva York se han ampliado, así que tiene una oportunidad en otoño».

Silvie hablaba con la boca llena, la única forma que teníamos de hablar de algo durante el almuerzo. Me acerqué y le quité un poco de salsa de la comisura de los labios, y se sonrojó.

«Me alegro de que le vaya bien. Me encantaría ir a cortar la hierba o lo que sea...».

En realidad, estaba esperando una invitación. Me encantaba estar con ella y, con el tiempo que dedicaba a cuidar de su madre, rara vez podía escaparse para hacer otra cosa que no fuera trabajar.

«Tenemos un tipo que cuida el césped, pero gracias. Quiero decir... mañana es la noche del baño...». Parecía indecisa, e hice una mueca.

«¿Crees que tu madre quiere que la vea así?». Me reí entre dientes, ocultando mi ligera incomodidad.

«Bueno, eres mejor que un completo desconocido, y podemos envolverla con una toalla. Solo tendrías que levantarla y meterla en la cama si tiene un mal día. Si es un buen día, no necesitaré tu ayuda». Se metió en la boca otro buen bocado de lasaña y yo asentí. Terminamos de comer hablando sobre lo increíble que era la lasaña que había sobrado y tiré la basura.

Silvie me siguió, se apoyó en mi mesa de forma insinuante y le di una palmada en el culo. Se rió entre dientes y me dio un beso en la mejilla, dirigiéndose a la puerta.

«¿Nos vemos después del trabajo?».

Mi teléfono sonó antes de que pudiera contestarle, y levanté un solo dedo mientras contestaba. Ella se quedó junto a la puerta, con la mano en el pomo.

«Klinger».

«Jared, ¿cómo te va?». La voz de Steven era más alegre de lo normal. Se me revolvieron las tripas en cuanto oí su voz, sabiendo lo que acababa de hacer con su hermana.

«Hola, Steven». Miré a Silvie, que se acercó más a mí.

«¿Cómo le va? ¿Cómo le va?».Sus susurros apresurados estaban llenos de tensión e inquietud, como si sintiera lo mismo que yo. Sus ojos recorrieron mi rostro mientras escuchaba a Steven informar de las novedades de Chicago. Me senté, intentando que Silvie no se diera cuenta de que me estaba tensando.

«Sí, Chicago está muy bien. ¿Has hecho turismo?».¿Una conversación trivial? Estaba hablando de tonterías, lo cual era ridículo. Sabía que era una distracción para alejar el tema de Silvie, pero no lo conseguí.

«No, nada de hacer turismo. Pero no he llamado solo para hablar de negocios. Mamá me ha dicho que has estado visitándola. ¿Le va bien a Silvie? ¿Llevando su ritmo?».

«Oh, sí», le devolví el gesto a Silvie mientras intentaba pegar la oreja al otro lado del auricular, «ella está haciendo un gran trabajo aquí. Lo que pasa es que en los días malos no puede levantar a tu madre para meterla y sacarla de la bañera, así que la he ayudado unas cuantas veces».

«Ah, sí. Es una debilucha». Steven se rió. «Bueno, no dejes que te entretenga. Deberías estar haciendo papeleo mientras te comes un perrito con chile o algo así».

«Acabo de terminar unas sobras de lasaña que me trajo Silvie. Por lo visto, a tu madre no le gusta mucho comer». Ella frunció el ceño, probablemente porque sabía cuáles serían sus siguientes palabras.

«Bueno, Silvie tiene que guardar para sí su carácter simpático. Dile que haga raciones más pequeñas. De todos modos, dejaré de molestarte. Envíame esos informes de finanzas al final del día. Los necesito para repasarlos y Trent querrá ver las cifras del primer trimestre para hacer proyecciones aquí».

«Sí, claro».

Steven colgó y yo volví a colocar el auricular en su soporte. Silvie me lanzó una mirada preocupada, pero la cogí de la mano.

«Por eso te dije que debíamos decírselo. Mira la ansiedad que te produjo una sola llamada». Eché la silla hacia atrás y la subí a mi regazo. Apoyó la barbilla en mi cabeza y dejó que la abrazara un segundo.

«Me importas de verdad, Jared. No quiero que Steven nos arruine esto». Entrelazó los dedos con los míos y suspiró.

«No lo hará, ¿vale? No se lo permitiremos».

Se quedó sentada otro minuto antes de levantarse y volver a darme un picotazo en la mejilla. «Será mejor que vuelva al trabajo. Te veré después del trabajo, a menos que el deber me llame a tu despacho antes».

Su mano se posó en la mía mientras se alejaba, y la puerta se abrió de golpe, lo que hizo que se apartara de mí como si yo estuviera ardiendo. La expresión tranquila de Vicki se tornó vívida al instante, como si acabara de dar un mordisco al cotilleo más jugoso. Silvie se lanzó hacia la puerta, pero Vicki le bloqueó el paso en lo que parecía. Un baile premeditado para mantenerla en la habitación bajo presión.

«Lo siento, Sil».

No me gustó nada la forma en que Vicki dijo el apodo cariñoso de Silvie y la fulminé con la mirada.

«No sabía que estabas aquí. Huele como si hubieras almorzado delicioso». Vicki le sonrió con satisfacción. «¿Cuántos platos había? ¿O fue simplemente coito?».

«Vicki, ya basta». Silvie la empujó y salió al pasillo, pero la vi quedarse un momento delante de

mi puerta, claramente alterada.

Vicki me miró con el ceño fruncido y puso mala cara mientras cerraba la puerta. Se acercó a mi mesa, pero mis ojos estaban fijos en Silvie, que se asomó a la ventana al pasar. Si no me equivocaba, me pareció ver lágrimas en sus mejillas.

«¿Qué demonios ha sido eso?».Vicki sacó las garras y se le encendieron los orificios nasales.

«¡Eso es lo que debería preguntarte!». Me puse en pie, planté las manos sobre el escritorio y la miré fijamente.

«¿De verdad te follas a esa guarrilla en este despacho?». Cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño.

«Lo que hago durante mi hora de almuerzo dejó de ser asunto tuyo precisamente en el momento en que dejé tu lamentable culo. Ahora, si eres tan amable, anuncia tus asuntos aquí y lárgate, o te encontrarás en mi lista de cómo reducir la presión financiera sobre la empresa».

Tampoco era una amenaza vacía. Estaba harto de Vicki. Tenía que haber una docena de candidatas igualmente cualificadas que pudieran ocupar el puesto y hacer un trabajo fantástico. Y yo no tendría que lidiar con esta mierda nunca más.

Su cara se transformó en un mohín y se paseó alrededor de mi mesa, plantando el culo en ella y cogiéndome la mano.

«Oh, Jared. Sabes que solo le estaba echando la bronca a la ayuda». Colocó mi mano en su cadera y se deslizó más cerca de mí, enganchando mi corbata en sus garras y haciéndola girar alrededor de su dedo.

Retrocedí para que su cuerpo dejara de tocar el mío y me metí la mano en el bolsillo.

«¿Así que has venido para esto? ¿Querías volver a meterte en mi cabeza? O en mis pantalones. ¿En cuál?».

Antes de que pudiera protestar, se puso en pie y se inclinó hacia mí. Me había agarrado la ingle y apretado, y me besaba el lateral del cuello.

«Dime que no te acuerdas. Dime que no quieres sentir lo que yo puedo hacerte sentir».

Me zafé de su agarre y me dirigí a la puerta, abriéndola. «Fuera. Había tomado una decisión, o al menos eso creía. Vicki tenía que irse. Yo tenía que esperar a que Steven se instalara, porque no había forma de que pudiera soportar ser también director general, director de operaciones y director de finanzas. «Me gustaría que a partir de ahora programaras todas tus visitas con Karen. Ella conoce mi disponibilidad».

Vicki hizo un mohín mientras caminaba hacia mí. «Siento que quieras jugar a las malas. Simplemente quería recordarte lo bueno que era». Hizo una pausa, demasiado cerca para estar a gusto, con mi puerta abierta de par en par y Silvie a la vuelta de la esquina. «Te quiero, Jared. Quiero que sepas que no voy a rendirme. Somos el uno para el otro».

Se alejó por el pasillo como si saliera victoriosa, dejando tras de sí una nube de su perfume. Mi polla cobró vida cuando ella la agarró, pero no había comparación.

Si Vickie era un buen chuletón, Silvie era un filet mignon. Y yo era un hombre muy satisfecho.

SILVIE

Con los tacones aún en los pies, agachada con el culo al aire y la falda enrollada en la cintura, Jared terminó. Sus suaves gruñidos de placer fueron mi satisfacción de hoy. Cuando se retiró y su esperma corrió por mi pierna, chillé en voz baja, con la mano entre las piernas. Me dio un pañuelo de papel, me limpié y me levanté.

Girándome, dije: «¿Te encuentras mejor?». Tiré el pañuelo a la papelera y le di un beso en la mejilla mientras se abrochaba los pantalones.

Me estrechó contra su cuerpo en un fuerte abrazo y volvió a bajarme la falda, dejando al aire la cola de la camisa. «Sabes cómo ayudarme a relajarme». Me rozó la oreja con un pelo suelto y acercó su nariz a la mía. «Gracias».

«Siento que el trabajo te haya estresado tanto». Su mirada seria me atravesó. Podía ver el agobio en sus ojos antes de que lo sedujera. Me había alejado, pero ahora, esa misma mirada reflejaba calma.

«Es bastante intenso dirigir este lugar completamente solo mientras Steven se encarga de la expansión; no voy a mentir. Pero puedo ocuparme de ello». Jared me soltó y se dirigió a su escritorio, sentándose y apoyando los pies.

Siempre había sido un tipo duro sin ningún signo de debilidad, pero había visto a través de su exterior. Y sabía que un rapidito era exactamente lo que necesitaba para mantener la calma el resto del día. Me incliné sobre él y le besé los labios. Sus manos buscaron mi costado, levantándome más la camisa. Sus dedos cosquillearon mi costado, mientras me apretaba.

«No dejes que esto te afecte. Ahora tienes una ayudante muy capaz». Me levanté con un guiño, y él me agarró la mano.

«Srta. Brooks, ¿debo suponer que está acostándose conmigo para llegar a la cima?». Una sonrisa socarrona se dibujó en su rostro.

«Oh, me gusta estar en la cima, no me malinterpretes». Le sonreí burlonamente. «Pero no necesito utilizar mi cuerpo para avanzar en mi carrera».

Un suave golpe en la puerta desvió mi atención hacia allí y me aparté de él. Ocultó la sonrisa de su rostro y esperó a que yo estuviera un poco más lejos de él, más cerca de la puerta.

«Sí», dijo.

«Voy a escaparme, ¿vale?». Me acerqué a la puerta cuando empezaba a abrirse y tiré de ella. Vicki irrumpió en la habitación, con las carpetas en la mano. Me miró de arriba abajo y se burló.

«¿Ni siquiera puedes tener la decencia de vestirte después de tu mediodía?».

Me ardían las mejillas. Me esforcé por meterme la camisa en la cintura de la falda y al instante me di cuenta de que no me había vuelto a poner las bragas. Tragué saliva, los nervios me dominaban, y me abrí paso entre ella y el escritorio.

«¿Por qué eres tan grosera?».Le pregunté mientras jugueteaba con la cola de mi camisa. A mis espaldas señalé al suelo, moviendo la mano hacia abajo y esperando que Jared entendiera lo que quería decir y viera mis bragas azules de encaje allí tiradas.

«¿Por qué eres tan facilona?».Me rodeó y me di la vuelta para ver a Jared cerrando el cajón de su escritorio. Hoy parecía que Vicki quería sangre.

«Yo... Lo siento, Jared. Hablaremos luego». Retrocedí hacia la puerta, sintiendo en mi interior una mezcla gelatinosa de ira y humillación. Me di cuenta de que las bragas ya no estaban en el suelo, pero eso no hizo que me sintiera menos desnuda cuando salí al pasillo y me quedé a la vuelta de la esquina, fuera de la vista.

El corazón me latía con fuerza en los oídos. Si hubiera llamado a la puerta tan solo cinco minutos antes, nos habrían pillado in fraganti. Intenté calmar los nervios, pero una conversación en voz baja procedente del despacho de Jared me dejó helada. Sí, estaba escuchando a escondidas.

Me acerqué todo lo que pude a la puerta abierta sin que me vieran y puse el oído en la conversación.

«Jared, no puedes ir en serio con ella. Sabes que ella...».

«Ahora no es el momento, Vicki. Dame los informes».

La silla chirrió contra el suelo y oí crujir los papeles. Jared debía de estar revisando los archivos.

«Pero nunca me follaste así en la oficina durante tu jornada laboral, tan descaradamente... Dijiste que era de mal gusto...».

«Vicki, ¿en serio? ¿Estás celosa?».

Mi corazón sintió una punzada de culpabilidad por escuchar aquella conversación, pero la dirección que estaba tomando me hizo sentir al mismo tiempo que estaba justificada. Me incliné más, esforzándome por oír.

«¿Recuerdas aquella vez que salimos a comer y fuimos a ese antro que hay calle abajo? Almorzamos y, de vuelta, te hice aquella mamada mientras conducías. Casi chocas contra la parte trasera de un camión».

Jared no respondió, y empezó a hervirme la sangre. No era del tipo celoso, o al menos no creía que lo fuera, pero debería haber dicho algo. En lugar de eso, me la imaginé tumbada sobre el escritorio sin más ropa que el sujetador y las bragas, intentando sacarle la polla de los pantalones. Me iba a volver loca si me quedaba allí escuchando, así que me enderecé para alejarme, pero algo me detuvo.

La risa de Jared.

«Sí, ha fue un buen día». Jared estaba conectando con ella.

Se me encogió el corazón.

Quizá me había equivocado con Jared. Quizá no estaba tan enamorado de mí como yo creía. ¿Y si realmente seguía sintiendo algo por Vicki? Era imposible que una licenciada de veinticuatro años sin experiencia pudiera competir con una Directora de Operaciones de treinta años con una larga lista de victorias y galardones.

Oí el ruido de unos tacones en el pasillo y me sobresalté. Me dirigí a mi mesa, aún nerviosa por mi camisa. Tenía que pasar por delante de la mesa de Karen y lo último que quería era llamar más la atención. Dado lo que acababa de oír, estaba segura de que me echaría a llorar en el acto.

* * *

El suave camisón cayó alrededor de la cintura de mamá, sentada en el borde de la cama. Le abroché los botones del cuello, ya que hoy tenía los dedos demasiado doloridos para hacerlo. Aunque intenté ocultar la emoción que sentía, ella pareció darse cuenta. Siempre lo hacía. Me cogió las mejillas y me volvió la cara hacia ella.

«¿Qué te pasa, corazoncito de plata?».Utilizaba el apodo que solo mi padre usaba para mí: Corazón de Plata, porque tenía un carácter intratable, así que no podía tener un corazón de oro. Siempre me hacía sonreír que papá me llamara así. Oír la voz de mamá significaba que sabía que necesitaba hablar.

Le subí las piernas a la cama y la ayudé a colocarse sobre la almohada, luego la tapé con las sábanas y me senté en el borde del colchón.

«En realidad no me pasa nada en particular, simplemente algunas sensaciones instintivas que no me puedo quitar de encima».

Mamá me cogió la mano y me dio unas palmaditas. «Silvie, ya te las arreglarás. Mantén la cabeza fría y piensa bien todo lo que digas o hagas. Así no te arrepentirás de nada».

«¿Así es como funciona?».Sonreí, pensando en la cantidad de veces que mamá debía de haberse enfrentado a situaciones difíciles y en que esta preciosa sabiduría que estaba compartiendo se la había ganado a pulso.

«En realidad, sí. Casi todos los remordimientos se deben a no haber reflexionado o comprendido bien las circunstancias antes de tomar una decisión. Proviene de la precipitación y la impulsividad».

Me eché hacia abajo y le besé la frente como ella solía besar la mía cuando me arropaba. Me sentí extraña con las tornas cambiadas. Mamá no estaba terminal, pero a veces era casi una inválida. Dependía de mí para casi todo en sus días malos.

«Gracias, mamá. Lo haré. Es lo único que se me ocurre».

Apagué la luz y me levanté, caminando hacia la puerta. Eché un último vistazo para ver cómo se

acomodaba bajo las sábanas y salí, cerrando la puerta tras de mí.

Mamá tenía razón. No podía sacar conclusiones precipitadas sobre Jared y Vicki. Él me había dicho que ella formaba parte de su pasado y que no tenía nada de qué preocuparme, y yo solo tenía que confiar en él. Sin embargo, no confiaba en Vicki. Aquella bestia escurridiza era un peligro.

La luz de la cocina se había quedado encendida después de cenar, y veía que entraba luz por debajo de la puerta, así que me dirigí hacia allí para apagarla. Al entrar en la cocina, sonó mi móvil, haciendo vibrar mi bolsillo. Lo saqué y vi el identificador de llamadas de Steven, así que pasé el dedo a la derecha sobre la pantalla para contestar.

«Steve... ¿Cómo es Chicago? Acabo de acostar a mamá».

«¿Qué coño te crees que estás haciendo?».

Se me cortó la respiración, un chute de adrenalina me puso el corazón a mil por hora.

«¿Perdona?" Mi voz era un susurro ahogado. Lo sabía. Steven lo había descubierto. Él se había enterado.

«¿Sabes qué? No te hagas la inocente. Esta es la razón exacta por la que le dije a mamá que no podías trabajar para Vortex».

Temblando, me hundí en una silla del rincón del desayuno e intenté pensar en lo que le diría a Steven. Mis pensamientos se agitaron mientras él arremetía contra mí. Luché por mantener la calma y no reaccionar emocionalmente a su arrebato, sabiendo que no serviría de nada.

«Steven, por favor...».

«No, escúchame bien. No tienes ni idea de lo que estás haciendo, Silvie. No tienes ni idea de con quién te estás metiendo». La respiración agitada de Steven me decía que seguía furioso, pero su voz bajó unos decibelios. Percibí un matiz de compasión en sus palabras.

«¿Qué quieres decir?».Me invadió una sensación de temor. ¿No sabía con quién estaba tratando? ¿Qué podía querer decir con eso? Me eché más hacia atrás en la silla y me preparé para su respuesta.

«Jared... Sil, él no es de los que tienen relaciones. Simplemente corre de una mujer a otra. Escucha, siento haberte gritado. Sabes que desde que murió papá lo único que he intentado es evitar que cometieras errores. Quería que estuvieras protegida. Nunca debí dejar que empezaras a trabajar para nosotros».

«Desde que eras una niña tenías ese ridículo enamoramiento de Jared, le pedías ir al baile de graduación. Ya no estamos en el instituto, Sil. Él ha cambiado. En la universidad le llamaban Big Dipper. ¿Sabes por qué?».

Me encogí de hombros - como si pudiera verme - y entonces me di cuenta de lo que había hecho. «No...». No pregunté por qué. No quería saberlo.

«Porque conseguía que una chica se enganchara a él y luego simplemente se hundía. Peor que un donjuán. Al menos una chica puede detectar a un ligón: solo quieren sexo. ¿Pero Jared? Espera a

que estén locas por él y luego se echa atrás. Silvie, no puedes liarte con él».

Mis hombros cayeron, mi cuerpo sintió el peso de sus palabras. Me fijé en la forma en que Vicki lo perseguía continuamente. ¿Se trataba de eso? ¿Vicki seguía enamorada de él y él la había engañado?

Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me oprimió el pecho. No quería creer a Steven, pero lo hacía difícil de refutar. Sabía cómo era Jared en el instituto, así que tenía sentido que hubiera continuado en la universidad y más allá. Aun así, ahora era un hombre adulto y ¿no quería algo más sustancial que juegos infantiles? O quizá solo tenía problemas de compromiso, como otros chicos.

La cabeza me daba vueltas. Parpadeé para que no se me saltaran las lágrimas. Steven no podía tener razón. Y me negaba a creerle.

«No, Steven. Creo que te equivocas. Jared no me haría eso. Creo que estás siendo demasiado protector. Tengo que elegir por mí misma, aunque me hagan daño».

Oí que Steven exhalaba un suspiro. «Maldita sea, Silvie».

«Por favor, Steve. A mamá le cae bien. Forma parte de nuestra familia desde hace más de dos décadas. Se merece el beneficio de la duda. ¿Por qué iba a hacerme daño así? Quizá te sientas fuera de control porque tu vida personal y tu vida profesional se están acercando demasiado. Si te molesta que venga a ayudar a mamá, puedo hacer que deje de venir».

«¡Qué coño te pasa!».

«¿Qué me pasa?».Ahora era yo quien echaba humo. No había hecho nada malo. «Deja de intentar controlarme, Steven. ¿Has vuelto a beber?».

Eso fue todo, la gota que colmó el vaso.

Podía ver cómo se le salían los ojos de las órbitas a cientos de kilómetros de distancia.

«Sí, pues cuando te preñará y te dejará sola como hizo con Sandra, ¡no vengas corriendo a pedirme ayuda! Y puedes decirle a Vicki que gracias por avisarme de esta gilipollez que estás haciendo a mis espaldas. No solo te ha visto follándotelo en su despacho durante la comida, sino que también te ha oído decirle lo emocionalmente inestable que soy. Así que gracias por cubrirme las espaldas, Sil. Qué gran cosa hace una hermana».

Se cortó la comunicación y se largó.

Me quedé atónita. ¿Jared había dejado embarazada a otra mujer y la había abandonado? ¿Por qué Steven no me lo había dicho antes?

Y Vicki... esa zorra estaba muerta para mí.

Volví arrastrando los pies a la habitación de mi madre, llorando, y me metí en la cama con ella. Debía de saber que no quería hablar. Se volvió, me cogió de la mano y la sostuvo hasta que me invadió la oscuridad. No podía ser verdad. Jared no haría eso.

JARED

«Y otra cosa, puedes decir adiós a ese despacho de la esquina.... ¿Mi hermana pequeña? Tío, ¿qué coño?».

Steven estaba enfadado, y sabía que lo estaría. Por eso le había insistido a Silvie en que se lo dijéramos desde el principio y no dejáramos que se enterara así, por cotilleos. Tenía que reconocérselo a Vicki. Realmente sabía cómo remover la olla, pero no estaba seguro de qué pretendía conseguir con esto. Arruinar las cosas con Silvie nunca iba a hacer que volviera con ella.

«Steven, lo siento. Debería habértelo dicho en el momento...».

«No». Su grito casi me rompe el tímpano. Así que me costó oírlo cuando su voz se redujo a un tono hostil y frío. «Deberías haberme respetado lo suficiente como para saber que nunca lo habría permitido aunque hubieras acudido a mí desde el principio. Silvie está fuera de tus límites ahora, igual que lo estaba cuando te pidió que la llevaras a su baile de graduación cuando tenía 16 años».

Me mordí la lengua. Cuántas veces había sentido el escozor de aquel rechazo que había tenido que propinarle. Justo después de la muerte de su padre, me había pedido que la acompañara a un baile para el que no tenía pareja. Steven se negó, afirmando que Silvie era demasiado vulnerable y que se dejaría llevar.

Me había tomado muy a pecho aquel consejo, porque puede que Steven tuviera razón. Con la muerte de su padre tan reciente, me preocupaba que se fijara en mí. Y, egoístamente, quería disfrutar de mis veinte años y de la soltería. Puede que mi época universitaria hubiera terminado, pero mi lado salvaje seguía necesitando libertad.

Y Silvie seguía siendo una niña para mí. Una niña a la que su padre dejó un enorme vacío en el corazón cuando se murió.

Aún lamentaba aquella decisión, pero ahora tenía la oportunidad de enmendarla. De hacerlo bien.

«Steven, no dejaré de verla. La quiero».

«¡Ahhh!».

Oí un portazo de fondo y supuse que estaba golpeando una pared o algo así. Sabía lo descontrolado que podía llegar a ser su temperamento. Lo había visto muchas veces.

«Cálmate, tío. Estoy cuidando de ella. Es feliz. Incluso tu madre...».

«¿Lo has visto?».

Confundido, pregunté: «¿Qué? ¿Ver qué?».

«¿Has visto su dormitorio? Jared, entra en su dormitorio la próxima vez que vayas a casa. Aún tiene sus putas muñecas sobre la cama. Su habitación parece la de una niña de 15 años. Está atrapada en el pasado. No puede seguir adelante. Sigue igual de jodida mentalmente y descarrilada en la vida que el día que murió papá».

Había visto los ositos de peluche y la decoración de niña, pero me pareció dulce. Silvie pintaba el retrato de una mujer que aún lloraba la muerte de su padre, sí, pero nunca me dio la sensación de que fuera mentalmente inestable.

«Te equivocas». Sacudí la cabeza. No dejaría que sus mentiras me afectaran. «¿De qué tienes miedo, Steve? Somos mejores amigos. Hemos pasado por un infierno juntos. Construimos esta empresa con nuestra sangre, sudor y lágrimas. Nos conocemos mejor que nadie». Al menos, creía que era cierto. Después de que Silvie señalara algunos de los defectos de Steven, me di cuenta de que quizá no era tan observador como debería. Pero tenía sentido.

Steven seguía luchando contra la muerte de su padre, ¿y si tenía razón sobre Silvie? ¿Y si ella también seguía luchando y yo no me había dado cuenta?

«No me equivoco. Es como si la niña que resultó herida cuando murió papá siguiera controlando el cuerpo de esta mujer y no supiera controlar sus emociones. Ya lo verás. Espera y verás».

«Steven, es tarde. Voy a colgar. Puedes volver a llamarme cuando estés tranquilo y podamos hablar de esto sin lanzarnos barro el uno al otro y hablar mal de la mujer que ambos amamos».

Empezó a gritar, pero colgué. No quería seguir escuchándolo. Enseguida marqué el número de Silvie, preguntándome si ya habría hablado con ella. Mientras lo escuchaba sonar, me invadió un hervor de rabia hacia Vicki. Ya se enteraría. Pero de momento tenía que hablar con Sil y ver qué daño le había hecho.

La llamada saltó al buzón de voz, pero no era algo que pudiera discutir así. Esperaría a que se pasara por mi despacho mañana por la mañana.

Me metí el teléfono en el bolsillo y me serví un trago de mi bourbon antes de dejarme caer en el sofá. Frustrado, cogí el mando y encendí el televisor para ver un programa, pero a estas horas de la noche lo único que había eran telediarios y tertulias nocturnas. Lo único que podía hacer era mirar fijamente la pantalla parpadeante y darle vueltas al ridículo comportamiento de Steven.

Empecé a preguntarme si me había perdido las señales. Había oído hablar de mujeres a las que les faltaba la atención de sus padres, por lo que adoptaban estilos de vida destructivos e incluso a veces se autolesionaban. Pero Silvie no parecía así. No la había visto luchar por nada, aparte de que Steven no estuviera y ella llevara el peso de sus responsabilidades en casa, como me pasaba a mí en la oficina.

No, tenía que creer lo mejor de Silvie. Había cambiado mi vida a mejor desde que se había mudado conmigo.

Se me revolvieron las tripas mientras bebía un sorbo de bourbon y me di cuenta de que si Steven me contaba esa mierda sobre Silvie, tenía que estar mintiéndole sobre mí. Me pregunté qué estaría pensando mientras se echaba en la cama para dormir esta noche. ¿Habría llegado a ella? ¿Por eso no contestaba al teléfono?

Me bebí el resto del bourbon y arrastré los pies mientras me dirigía a mi dormitorio para dormir lo que mi cuerpo necesitaba. Esperaba que mi cerebro se apagara para que llegara el descanso.

* * *

El ascensor sonó y las puertas se abrieron. En cuanto salí, pensé que pasaba algo. Había risas a mi derecha, unas señoras del departamento financiero de pie y bebiendo café. Cuando levantaron la vista hacia mí, se pusieron sobrias y sus risas disminuyeron hasta que estuve casi fuera del alcance de sus oídos. Entonces volví a oírlas reír.

Pasé por delante del despacho de Vicki y me asomé a su ventana. Estaba sentada con los pies apoyados en el escritorio, las piernas cruzadas y una expresión de suficiencia en el rostro mientras hablaba con alguien por teléfono. Pensé en detenerme y reñirla allí mismo, pero tenía que planear mis palabras con prudencia. No serviría de nada levantarme y despedirla por el desaguisado. Interpondría una demanda tan rápido que toda la empresa se descontrolaría. Tenía que esperar mi momento.

Cuando me acerqué a la mesa de Karen fuera de mi despacho, estaba con la cabeza gacha, pero se oían más murmullos procedentes del cubículo que tenía detrás. Miré la mesa de Silvie y me di cuenta de que aún no había llegado. Debería haberla llamado esta mañana y no haber esperado a estar en el trabajo para ocuparme de esto.

«Karen, ¿dónde está Silvie?».

Las mejillas sonrojadas de Karen me miraron.

Echó un vistazo a la recepción y me miró avergonzada.

«Todavía no ha venido».

«¿Se sabe por qué?».Se me revolvieron las tripas. ¿Y si Steven había llegado realmente hasta ella? «¿Y qué demonios está pasando?». Si alguien sabía la primicia de por qué la gente hablaba a mis espaldas, esa era Karen, la reina de los cotilleos de la oficina.

Karen suspiró. Normalmente, cuando le llegaban cotilleos jugosos se ponía toda risueña y sonriente. Pero algo me decía que no le gustaban los rumores que corrían por ahí.

«Ellos lo saben, Jared».

La miré confuso y me encogí de hombros. «¿Saben qué?».

«Lo de Silvie». Karen se ruborizó aún más. «Saben que estáis juntos. Vicki se lo contó a toda la oficina. Dijo cosas muy inapropiadas sobre vosotros dos en tu despacho durante la comida».

Me hirvió la sangre y apreté los dientes. «¿Cuándo?»

«Todos nos despertamos con un correo electrónico esta mañana. Fue enviado por orden de Steven. Me dijo que os hiciera saber que no estaba disponible para reuniones esta semana hasta que...».

«¿Hasta qué?».Me incliné sobre el escritorio, probablemente asustándola un poco, pero estaba furioso.

«Bueno, Steven me hizo reservarle un vuelo. Va a volver. Estará aquí el viernes».

«¡Joder!».Mi puño chocó contra su escritorio, haciendo que todo traqueteara. Su taza de café saltó y algunos bolígrafos bailaron sobre su superficie. Las risitas detrás del cubículo cesaron. «Retén mis llamadas hasta después de comer. Y cuando llegue Silvie, mándala a mi despacho».

No esperé su respuesta. Dejé el maletín sobre su mesa y salí corriendo por el pasillo hacia el despacho de Vicki. Había que ocuparse de esto inmediatamente.

Cuando irrumpí por la puerta, ella se levantó de un salto, dejando caer los pies al suelo mientras se inclinaba hacia delante.

«Ida, vuelvo a llamarte». Los ojos de Vicki se abrieron de par en par, asustada, mientras tragaba el veneno que mi mirada le lanzaba. Apreté con un dedo el auricular, desconectando la llamada, y la miré con la mandíbula apretada.

«Jared, sé lo que estás pensando, pero esto es por el bien de la empresa».

«¿Por el bien de la empresa?».Ni siquiera me importó que la puerta estuviera abierta. Solté los dos cañones a toda pastilla. «¡Por el bien de la empresa! ¿Te has vuelto loca? ¿Crees que difundir los cotilleos de la oficina es por el bien de la empresa?».

«Pues te la estás tirando, ¿no?». La mano de Vicki temblaba con el auricular aún agarrado.

«¿A ti qué coño te importa?». Moví la mano y ella dejó lentamente el auricular en su soporte.

«Jared... cálmate». Estaba temblando. Pude ver cómo le temblaba la mano cuando la retiró antes de sujetarla bajo el escritorio, sobre su regazo.

«No me digas que me calme. Cogiste información personal que no te incumbía y la difundiste a toda la empresa».

«Envié un correo electrónico a todo el personal. Soy la directora de operaciones. Un miembro del personal violó la política de la empresa y el director general me aconsejó...».

«El director general no es tu subordinado directo. Tú dependes de mí».

¿«Igual que Silvie depende de ti»? Su gélida mirada apareció con lo que parecía un vigor renovado. Se levantó y atrajo mis ojos hacia ella. «Silvie Brooks era una becaria que dependía de mí. Violó la política de nuestra empresa de confraternizar en sus instalaciones y salir con alguien de la oficina sin seguir el protocolo adecuado».

«¿Así que éste es el enfoque que le vas a dar? ¿Vas a castigarla porque estás celosa de mí?». Me aseguré de que mi voz fuera lo bastante alta para que la oyera toda la oficina. «¿Recuerdas que tú también violaste esa misma norma de la oficina no hace mucho? ¿O te olvidaste de que estabas doblada sobre mi mesa con el culo al aire?». Estaba furiosísimo.

El rostro de Vicki palideció, sus fosas nasales se encendieron mientras me miraba con desprecio. La vi mirar por encima del hombro hacia algo que había detrás de mí.

«Señor», interrumpió Karen, «todo el mundo puede oírle aquí fuera».

«Bien, Karen. Entonces hazles saber que pueden hacer poco caso del correo electrónico de Vicki. Y que sepan que esta empresa la dirige una zorra celosa». Bajé la voz y oí que Karen se alejaba arrastrando los pies. «Ya estoy harto de esta mierda, Vicki. No puedo despedirte por esta infracción, pero tus días están contados aquí».

Respiró hondo, con el pecho subiendo y bajando. «Yo...».

«¿Creías que esto iba a hacer que volviéramos? ¿Hacer que te quisiera más?».

«Jared, yo...».

«Gilipollas».

Podría haberla estrangulado en ese momento. Se apartó el pelo de la cara y le brillaron las lágrimas en los ojos. Estaba claro que sus acciones no habían tenido el efecto que ella quería.

Entonces me di cuenta. Había hablado de Silvie utilizando el tiempo pasado, como si la hubiera despedido.

«¿Por qué no está Silvie hoy aquí?». Sabía la respuesta incluso antes de que abriera la boca.

«Steven me hizo despedirla». Ahora le temblaba la voz, su tono era tímido y manso.

Apreté los dientes. Con razón Silvie llegaba tarde, ya que nunca se retrasaba.

«Steven no es tu jefe, soy yo. Y Steven no está aquí. Así que coge el puto teléfono y llama a Silvie. Discúlpate por tu, y cito textualmente, 'comportamiento celoso y destructivo' y dile que no está despedida. Tiene un trabajo oficial aquí, no solo como becaria. Entonces encuentra el trabajo mejor pagado en el que puedas colocarla, o ella tendrá tu puesto. ¿Entendido?»

Vicki asintió, temblando mientras se sentaba, y yo salí furioso, golpeando la puerta con la mano.

Steven se había pasado de la raya y yo no lo toleraría. Eramos socios en pie de igualdad y él no tenía nada que decir sobre la situación laboral de Silvie. Yo me ocupaba de la gente y de los asuntos de procedimiento. Que se largara, porque yo no iba a renunciar a Silvie. Ahora ella era mía.

SILVIE

Me senté frente a Jared en su escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho en señal de desafío. No sabía si decirle a Jared lo que pensaba porque confiaba en mi hermano. Steven podía ser un auténtico imbécil a veces. Simplemente no sabía qué creer.

«Silvie, lo único que puedo decir es que si Steven está tan enfadado, tanto como para volar a casa, a Springfield, y abandonar el nuevo lanzamiento, quizá deberíamos pasar un tiempo en la sombra».

«¡No!».Salí disparada de mi asiento, no sé si por el enfado con Steven o por mi estilo de relación ansiosa. «No tenemos por qué ceder a su mal genio. Lo que ocurra en nuestra vida personal no es asunto suyo. Aunque yo tenga que aceptar el despido que intentó hacerme pasar por Vicki, no voy a perderte a ti».

Me acerqué a su lado del escritorio y me apoyé en él, más cerca de Jared, pero sin llegar a tocarlo. Me miró con frustración en los ojos. Me di cuenta de que lo único que quería era que Steven fuera feliz, pero ¿y yo? ¿No merecía yo también ser feliz?

«No puedo dejar que descarriles tu carrera porque tu hermano se haga el gilipollas». Jared me frunció el ceño.

«¿Crees que éste es el único sitio donde podría conseguir trabajo?». Frustrada, le devolví el ceño. «Acepté estas prácticas porque me daban una buena posición en el sector, pero podría entrar en cualquier bufete de este estado y tener muchas posibilidades de conseguir un...».

«No, Sil. Lo siento. No pretendía insinuar que este era el único lugar donde podrías progresar en tu carrera. Simplemente sé que las opciones son limitadas en esta ciudad y que tu madre vive aquí, así que...».

La furia hervía bajo mi piel, lo que hizo que no pudiera contenerme ante el verdadero problema: Jared. Steven había lanzado unas acusaciones bastante destructivas sobre él, y yo necesitaba respuestas. Me había pasado toda la noche dando vueltas, preguntándome cuál era exactamente su juego.

Se notaba que algo iba muy mal. Vi cómo sus hombros se cuadraban a la defensiva mientras le miraba furiosa. Luego vi cómo se le ablandaba la cara al cogerme la mano. «¿Qué pasa?».

«¿Dejaste embarazada a una mujer y la abandonaste?».Solo de pensarlo se me revolvió el estómago. Estaba tan alterada que no le dejé contestar. «Porque las cosas que Steven dijo de ti...

No estoy segura Jared. ¿Fue Vicki? ¿Por eso está tan enfadada contigo?».

«Silvie, escúchate». Jared me soltó la mano. «¿De verdad crees que haría eso?».

«No lo sé, Jared. Steven...».

«Steven no lo sabe todo. Y no. Nunca he dejado embarazada a una mujer para luego abandonarla. Hubo una chica en la universidad, Claudia, que se hizo una prueba de embarazo que dio positivo. Pero más tarde volvió y me dijo que no estaba embarazada y que el test había dado un resultado falso. Y si lo hubiera estado, yo me habría ocupado de todo. No soy un desalmado».

Su pecho subía y bajaba entre jadeos. Le había enfadado al no confiar en su corazón, pero qué iba a creer cuando Steven... «¡Steven!».

«Sí, bueno, supuse que probablemente te había contado algunas mentiras».

Confundida, me volví hacia él. «¿Qué quieres decir?».

«Me dijo que seguías siendo emocionalmente inestable y que actuabas como una niña. Afirmó que los recuerdos de tu padre son la prueba». Jared se sentó y sacudió la cabeza.

«¿Mis ositos de peluche?».

«Sí».

Me mofé. Steven era un gilipollas en toda regla. No se avergonzaba de tejer mentiras sobre nosotros dos para que nos volviéramos el uno contra el otro. Simplemente no tenía sentido por qué.

«¿Quieres decir que no eres un simple donjuán para que me enamore de ti y luego romper conmigo?». Ahora que lo pensaba, podría haberme abofeteado por lo absurdo de la afirmación. ¿Cómo había creído a Steven tan fácilmente? Ahogué una risita que intentaba escaparse, y Jared me cogió de la mano y tiró de mí hacia su regazo.

«Bueno, si hago que te enamores de mí y luego te vas, me habría ido hace mucho tiempo, señorita enamoradiza de instituto».

Su jovialidad me calentó el corazón. Apoyé la cabeza en su hombro y escuché cómo su respiración pasaba de la frustración a la calma.

«Entonces, ¿qué hacemos con Steven?».Jugué con los botones de su camisa y luego tiré de su corbata, aflojándola. Odiaba que hubiéramos discutido por algo tan irrelevante como si mi hermano aprobaba que saliéramos juntos. Nuestra relación era demasiado nueva, demasiado inocente para que la mancharan cosas tan insignificantes.

«Creo que deberíamos pasar desapercibidos, permanecer bajo perfil. Con un poco de suerte, esto pasará y él montará Vortex Chicago y nos dejará vivir nuestras vidas en paz». Me miró a la cara mientras me incorporaba.

Le quité la corbata del cuello y me puse en pie, caminando hacia la puerta de su despacho. Sentía que me miraba fijamente, observando mi culo mientras mis caderas se balanceaban a cada paso.

«Creo que deberíamos plantarle cara y hacerle saber que no puede intimidarnos a ninguno de los dos. Y que no nos gustan sus mentiras». Abrí la puerta, até la corbata alrededor del pomo exterior y volví a cerrar la puerta, echándole el pestillo.

Los ojos de Jared se abrieron de par en par cuando cerré la persiana y empecé a quitarme la ropa, tirándola a un lado.

«¿Crees que deberíamos seguir removiendo el avispero?». Observó mis calculados movimientos mientras me desnudaba y me acercaba a donde él estaba sentado.

«Creo que deberíamos vivir nuestras vidas sin miedo». Alargué la mano y le desabroché la camisa, sacándola de la cintura, y luego le desabroché los pantalones. «Y creo que deberíamos empezar ahora mismo».

Jared miró hacia la puerta y luego a mi cara mientras se bajaba la cinturilla de los bóxeres, sacando su miembro. Iba camino de unirse a mí en mi decisión de vivir nuestra mejor vida.

«¿Y cómo empezamos?», preguntó juguetón, acariciándose.

«Así...». Me arrodillé junto a su silla y le cogí la polla con la mano. Lo miré un momento y luego me lo llevé a la boca mientras lo acariciaba, chupándolo hasta que estuvo firme. Luego lo chupé más, sintiendo sus manos palpar mi piel. Me acarició el pecho y luego deslizó las manos por mi nuca.

Jared me pasó los dedos por el pelo, empujándome suavemente la cabeza hacia abajo cada vez que lo chupaba. Empujó hacia arriba, hundiéndose profundamente en mi garganta, y yo apoyé las manos en su rodilla y estómago. Soltó suaves gruñidos de placer. Su semen me dejó un sabor salado en la lengua que deseaba absorber. Pasé la lengua por la cabeza de su polla, lamiendo las gotas de líquido a medida que aparecían.

«Joder, Sil...». Jared me tiró del pelo y volvió a introducirse en mi boca. Estaba claro que le gustaban mis ministraciones, y no iba a dejar que se sintiera decepcionado. Cada vez que mi boca se hundía a su alrededor, él subía a mi encuentro, hasta que sentí que se le subían los huevos y mi mano los rodeaba suavemente.

Mi cuerpo se contrajo, deseando que estuviera dentro de mí, pero seguí chupándole hasta que me apartó. «Mierda», apartó mi cabeza de su polla. Le miré a la cara, sus ojos hambrientos de deseo. Me levanté y sus manos manosearon con avidez mi piel, mis pechos, mis caderas, como si me reclamara para sí.

«Dios, casi haces que me corra así». Jared tiró de mí para acercarme más, hasta que me vi obligada a sentarme a horcajadas sobre él o caerme. Así que pasé la pierna por su regazo y me senté. Estaba tan mojada que sabía que haría un charco en sus pantalones, pero no pareció importarle hasta que se lo señalé.

«No querrás...». Señalé sus pantalones, y levanté apresuradamente sus caderas, empujando sus pantalones hasta las rodillas en un esfuerzo muy doloroso por parte de ambos. Cuando se acomodó, me levanté, dándole espacio para que guiara su polla dentro de mí.

Fue un placer de éxtasis el momento en que bajé alrededor de su grosor. Mi humedad le permitió deslizarse hasta el fondo en la primera embestida. Su polla penetró en lugares que nunca había

sentido antes, haciéndome gemir.

Jared cubrió mis suaves gritos con los labios, tragándose mis gemidos y utilizándolos como combustible para follarme con más fuerza. Cada vez que empujaba sus caderas hacia arriba, lo sentía en mis entrañas y mi cuerpo se estremecía, deseando que fuera más fuerte.

Me enderecé, apoyándome en sus hombros mientras me penetraba, y mi cabeza cayó hacia atrás. Y Jared se llevó uno de mis pezones a la boca, mordiéndome suavemente mientras me apretaba el pecho. Luego sentí su pulgar en mi clítoris, girando mientras mi coño se apretaba a su alrededor.

En una ráfaga de impulsos eléctricos, mi cuerpo respondió a sus caricias. Breves e intensas sacudidas en el vientre me hicieron doblarme, con los pechos apretados contra su cara. Jared apretó con más fuerza, haciendo girar la presión sobre mi clítoris hasta que mi cuerpo se estremeció. El clímax llegó con fuerza y clavé las uñas en la piel de sus hombros.

Me recibió en un arrebato de lujuria, inundándome con su carga mientras me penetraba. Luego sus embestidas se ralentizaron, y el glorioso roce de su polla en mi punto G me volvió loca.

Cuando terminó, me quedé sentada un momento, con su cara enterrada en mi escote, hasta que me mordió el interior del pecho izquierdo. Grité y sonreí, echándome hacia atrás.

«Joder, ha sido increíble». El pelo se me pegaba a la espalda por el sudor que brillaba sobre mi cuerpo.

«¿Te gusta estar encima?».Jared sonrió satisfecho mientras cogía unos pañuelos y me los ponía en la palma de la mano.

«Parece que sí». Me levanté rápidamente, presionando los pañuelos contra la humedad que goteaba entre mis piernas, y me libré de su regazo. Me limpié y vi cómo Jared se aseaba también, y luego volvió a ponerse los pantalones.

Cuando estuve completamente vestida, volví al lado de Jared y me incliné para besarle. «Entonces, ¿está decidido? Haremos lo nuestro y dejaremos que Steven haga lo que quiera. No podemos vivir temiendo lo que pueda pensar».

Suspiró, sin parecer del todo convencido de que lo que hacíamos era lo correcto. Pero vi el afecto que me profesaba en sus ojos y asintió.

«Si estás dispuesta a soportar su ira, sea cual sea la forma que adopte...».

«He vivido con Steven todos los años de mi vida menos cuatro, y puede que también haya estado con él mientras estaba en la universidad». Me aparté el pelo de la cara. «¿Qué importan unos meses más o lo que sea hasta que se saque el palo del culo?».

Me apoyé en su escritorio. Sentía el coño como si me lo hubiera follado un caballo, cansado y dolorido. Definitivamente, lo que más me gustaba era estar encima. Sonreí, recordando lo increíble que se sentía Jared dentro de mí.

«¿Qué?», preguntó abotonándose la camisa.

«Nada». Le di una palmada en el hombro y me levanté. «Vuelve a abrocharte antes de que

decida repetirlo».

Se rio entre dientes y dejó de abotonarse, quedando abiertos los de arriba. Un mechón de vello del pecho se asomó, tentándome a tocarlo. Se peinó y se sentó con una mano en la nuca.

«¿Me estás tomando el pelo? ¿Después de lo bien que te he complacido? Me encantaba cuando jugueteaba así. Me hacía sentir como si volviéramos a ser adolescentes».

«Yo...».

Una rápida sucesión de golpes cortos y fuertes en la puerta interrumpió sus reflexiones. Me levanté despreocupadamente, alisándome la falda y mirando mi reflejo en la ventana. Tenía los labios manchados de carmín, el pelo despeinado, pero no horriblemente, y la camisa un poco arrugada, pero por lo demás no estaba nada mal. Miré a Jared, que tenía un poco de rojo en el labio inferior, la huella de mi lujurioso ataque. Sonreí y me dirigí a la puerta mientras Jared se metía frenéticamente la camisa por dentro.

Lanzó una débil protesta, pero abrí la puerta de golpe y descubrí a Vicki, que estaba allí de pie con expresión enfadada. Miró a Jared y luego a mí, con la boca abierta. Tiré de la corbata del pomo de la puerta y la alisé. Y miré a Jared por encima del hombro y se la entregué.

«Por favor, dale esto al señor Klinger de mi parte». Me crucé con ella al salir al pasillo y se burló. «Ah, ¿y Vicki? Gracias por la promoción». Le guiñé un ojo y me alejé, obligando a mi cuerpo a no reírse por la interacción. Probablemente debería haber sido un poco más amable, menos presuntuosa, pero no pude evitarlo.

Me reí entre dientes durante todo el camino de vuelta a mi despacho, sabiendo que esa misma tarde Vicki se encargaría de llevarme a mi nuevo despacho e instalarme como Vicepresidenta junior de nuevas cuentas. No me había limitado a agitar el avispero... había cogido un bate de béisbol y lo había destrozado.

JARED

La pizarra estaba cubierta de cifras, números de finanzas y ventas, datos de nuestro departamento de marketing sobre análisis del sitio. Ya los había visto un millón de veces, y normalmente los repasaba con facilidad. Hoy, sin embargo, sabiendo que Steven estaba en la ciudad y que pasaría en cualquier momento, vacilaba. Sentía una opresión en el pecho, el estrés me agobiaba.

Hice los números una y otra vez, pero me había equivocado en alguna parte. No tendría más remedio que borrar toda la tabla y empezar de nuevo, y el trabajo que había hecho ya me había llevado tres horas. Frustrado, cogí la goma de borrar y me volví hacia la pizarra.

«Cuadrante cuatro».

La voz de Steven me hizo detenerme. Durante unos segundos, quise ignorar el trabajo, volverme hacia él y comunicarle lo que Silvie y yo habíamos decidido. Sin embargo, la sensación pasó rápidamente y mis ojos se clavaron en el cuadrante cuatro del tablero. Tenía razón. Había cometido un simple error de suma, y ni yo mismo me habría dado cuenta.

«Joder...». Cogí el rotulador de borrado en seco y corregí el error, que se había extendido a otras partes de la pizarra. Tardé varios minutos, forzando la concentración mientras Steven me observaba, pero lo limpié todo y me sentí mejor.

«Te lo dije».

Al girarme, vi a Steven sentado en la mesa de reuniones, con las manos cruzadas sobre el estómago y una sonrisa de suficiencia en la cara. Se había dejado crecer un poco el pelo y su barba, normalmente bien cuidada, estaba algo poblada.

«¿Me lo has dicho?».Dejé la goma de borrar y el rotulador y me senté con él a la mesa, aunque mantuve las distancias.

«Sí, te dije que se metería en tu cabeza y te jodería el trabajo. Salir con gente que trabaja para ti te jode». Steven actuaba como un engreído. Me entraron ganas de quitarle esa mirada irritante de la cara.

Volví a sentarme en la silla, intentando mantener la calma y no dejar que me irritara. Era su forma de trabajar, y no sabía por qué no me había dado cuenta cuando me llamó por primera vez para decirme que no podía salir con su hermana. Tenía un don para meterse en tu piel y hacer que te alteraras tanto emocionalmente que cometieras errores. Era excelente cuando se trataba de

su habilidad para el marketing, porque tenía la intuición natural para leer nuestro público objetivo y meterse así en sus cabezas.

Era molesto cuando se trataba de interactuar con él a nivel humano.

«Silvie no hizo esto. Fuiste tú».

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. «Entonces, ¿también te la follaste en esta mesa? ¿A mi pequeña hermana?».

«Ya no es pequeña, Steven. Es una mujer adulta y merece el respeto de mantener nuestra relación en privado». Apreté los dientes en lugar de decir lo que quería decir. Me habría gustado soltar todo tipo de insultos, pero incluso Steven se merecía algo mejor, a pesar de que se estaba comportando como un gilipollas.

«Entonces, ¿admites que te la estás tirando?».

«¿Has venido a hablar de mi vida sexual o has venido por negocios? Al fin y al cabo, esta es una empresa que hemos fundado juntos». Desviando la conversación de Silvie, intenté señalar unas cifras en la pizarra que creía que necesitaban su atención, pero me cortó. «Si miras las cifras de ventas de mayo...».

«¿Te gusta que te den patadas en los huevos todo el tiempo? Mira lo que pasó con Vicki». Steven se inclinó amenazadoramente hacia delante en su silla.

«¿Te refieres a que metiera las narices en mi vida personal?»

«Me refiero a que te la follaste sobre tu mesa y luego la paseaste por la oficina como si fuera un trofeo. Hace unos meses te quejabas de que nunca deberías haberte involucrado en una relación laboral». Sus manos se aferraron a los brazos de la silla y los nudillos se le pusieron blancos. Con la barba poblada parecía un poco enloquecido.

Intenté mantener la calma, sentándome y cruzando las manos sobre el regazo. Sabía que Steven odiaba que me tomara mi tiempo para contestarle. Me parecía mejor pensar bien mi respuesta y no responder de golpe. Era algo que últimamente me resultaba difícil, dados sus exasperantes intentos de controlarme, pero esta vez me negué a dejar que se metiera en mi cabeza.

«Vicki fue un error, seguro. Pero yo no fui la razón por la que no funcionó. Vicki es...». Me lo pensé un momento antes de continuar. Lo último que necesitaba era que los cotillas del trabajo se enteraran de que había llamado lunática a Vicki. «Vicki no es para mí».

Steven negó con la cabeza. «¿Y Silvie lo es? Es prácticamente una niña todavía».

«Por el amor de Dios, Steven. Tiene 24 años. Cuando tú tenías 24 eras un viajero por el mundo, empezando tu empresa». Y ahí estaba, presionándome de nuevo.

Steven se puso en pie, con los ojos desorbitados y la cara enrojecida. «Sabes que Silvie sigue instable después de la muerte de papá, ¿verdad? Acude a un psicólogo. Debería seguir tomando su medicación, pero dejó de tomarla».

«¡Mira quien habla!». Levantándome bruscamente, me dirigí al refrigerador de agua que había en un rincón de la habitación y cogí un vaso con forma de cono, llenándolo de agua. Ni siquiera

quería beber; lo único que quería era que fuera al grano y se marchara.

«¿Qué se supone que significa eso?».Steven se volvió hacia mí, observándome caminar hacia el final de la habitación. Le di un sorbo al agua e intenté no establecer contacto visual.

«No has tomado exactamente las mejores decisiones para la empresa. Al principio pensé que quizá simplemente necesitabas ese control porque te hacía sentir que la vida no era caótica... ya sabes, porque tu padre murió. Luego aceptaste clientes que no podíamos manejar, y entonces casi perdimos el negocio. Llegaste borracho a trabajar y lo dejé pasar. Incluso hiciste inversiones atrevidas con nuestros beneficios y nunca me consultaste... ¡mi dinero y ni siquiera pediste mi opinión!».

Gritar no era algo que me gustara, pero ya estaba harto de él. Tiré el agua a la basura, arrugué el vaso y lo tiré.

«¿No te gustan las decisiones empresariales que tomo? Pues lárgate de una puta vez». Steven tenía los hombros erguidos, como si estuviera preparado para una pelea. No tenía ni idea de por qué la conversación había escalado tan rápido, ni de por qué se oponía con tanta vehemencia a que viera a Silvie, pero había ido demasiado lejos.

«Mira, Steven, tu hermana necesitaba un trabajo aquí, y tú ibas a hacer que Vickie la despidiera. Pasaste por encima de mí y diste órdenes a mis subordinados directos». Calmé mi tono, pero Steven no se echó atrás. Nunca había visto su cara con tantos tonos de carmesí.

«Esta es mi empresa, construida con mi sangre, sudor y lágrimas. Tomaré la puta decisión que me dé la gana».

«¡Te equivocas! Esta no es tu empresa. Es nuestra empresa. Soy dueño de la mitad de las acciones.... Solo quiero que nos calmemos y discutamos esto como adultos racionales. Que salga con tu hermana no debería influir en las decisiones de la sociedad...». Me acerqué a él, con las manos en gesto tranquilizador, pero golpeó la mesa con la silla y se dirigió hacia la puerta.

«Tienes razón. Que salieras con mi hermana nunca debería haber existido, y si nunca hubiera existido, yo nunca habría tenido que defenderme contra sus mentiras».

Detrás de él, vi pasar a unos cuantos empleados por la ventana de la habitación. Parecían asustados y curiosos, y me sentí como mortificado. «Escucha, Steven, ahí fuera hay gente hablando. ¿No podemos sentarnos y discutir esto como hombres?».

«No. ¿Quieres ponerte del lado de Silvie, escucharla hablar mal de mí y mentir sobre mí? ¿Te ha contado todos los trapos sucios de mi vida? ¿Te ha contado que yo también fui a rehabilitación? Pues sí. Y estoy limpio». Se pasó una mano por el pelo, lo que me indicó que estaba mintiendo. Sabía que no estaba limpio. No podía oler el alcohol en él en ese momento, pero no me habría sorprendido que estuviera borracho.

«Silvie no compartió conmigo ninguna mentira. De hecho, lo que compartió conmigo me ayudó a comprender las decisiones que tomaste...».

«¡Basta!».

Soltó. Era como ver a una bestia transformarse de humano en hombre lobo. Golpeó con el puño el marco de la puerta y me gritó. Apenas reconocí al hombre que tenía delante. Desde luego, no

era el chico con el que crecí, ni con el que compartía dormitorio en la universidad. El dolor que sentía en su interior se lo estaba comiendo vivo, y se negaba a admitirlo.

«Voy a tener que pedirte que te vayas». Steven se levantó con las fosas nasales dilatadas, el pecho agitado.

«No puedo hacerlo. Esta es mi empresa tanto como la tuya». Mis hombros cayeron, mi pecho se desinfló. ¿De verdad llegaría tan lejos por Silvie? «Vamos, tío. Somos amigos desde que éramos niños. Básicamente somos familia. Podemos solucionarlo».

El teléfono que estaba en el centro de la mesa de la sala de conferencias zumbó y Karen intervino. «Jared, ¿va todo bien? He oído gritos».

Corrí hacia la mesa, pulsé el botón del interfono y lo mantuve pulsado mientras hablaba. «Todo va bien. Un pequeño desacuerdo, Karen. Gracias».

La necesaria distracción no sirvió de mucho para aplacar la indignación de Steven. Sus ojos recorrían la habitación como si buscara una escapatoria o un arma con la que golpearme. Realmente no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

«Entonces yo me iré». Se le hincharon las venas de la frente y el cuello. «Y me llevaré a Vortex conmigo».

«Steven, sé realista. ¿Dividir la empresa porque quiero salir con Silvie? Venga ya».

«Dividir la empresa porque eres un pedazo de mierda traidor de dos caras. Puedes tener a Silvie. Puedes tener como coño quieras llamar a este negocio, pero Vortex es mío. El nombre, la marca, la clientela. Todo ello».

Apoyó una mano en el pomo de la puerta y me fulminó con la mirada. Si sus ojos mataran, yo estaría a dos metros bajo tierra. Las manchas de sudor bajo sus brazos revelaban el alcance de su fuerte emoción. Tal vez fuera mejor dejar que se marchara e intentar sacar el tema más tarde. Me hundí en una silla de la mesa y negué con la cabeza.

«Haz lo que debas...». Sabía que nunca lo haría de verdad, que se llevaría su mitad de la empresa y se largaría. No podía. Me necesitaba.

«Adiós, Jared». Steven salió por la puerta y la cerró de un portazo, desapareciendo por el pasillo.

Por un momento me quedé mirándole la espalda mientras se alejaba, pero cuando dobló la esquina y lo único que vi fue mi expresión compungida en el reflejo de la ventana, cogí el botón del interfono.

«¿Karen?»

La línea zumbó y Karen respondió. «¿Sí, jefe?»

«¿Puedes venir, por favor?».

«Claro».

La línea se silenció y me senté, con la mente dando vueltas. En realidad, no pensé ni por un momento que Steven fuera a hacer algo tan drástico, pero se sabía que era impulsivo y actuaba

precipitadamente. Mientras tuviera la oportunidad, necesitaba actuar para proteger mis bienes. Aunque recé para que no fuera necesario.

El rostro pícaro de Karen asomó por la puerta y pude ver que estaba avergonzada. El tinte rosado de sus mejillas la delató.

«¿Va todo bien?».

Cerró la puerta tras de sí y se acercó arrastrando los pies a la mesa. Su expresión denotaba compasión.

«¿Cuánto has oído?»

Karen se encogió de hombros. «Todo». Su mueca me dijo que se sentía mal.

«Joder... Vale, ¿entonces todo el mundo lo oyó todo?». Tamborileé con los dedos sobre la mesa.

Karen asintió. Enredó los dedos y miró hacia abajo como si tuviera problemas.

«¿Vicki también?».

«Sí, señor. Estaba sentada en su despacho riéndose». El tono de Karen adquirió un poco de ira y frustración. «Tenía ganas de...».

«No pasa nada, Karen». La calmé con un movimiento de muñeca. «Deja que se ría. Tú y yo nos reiremos cuando ella esté fuera y encontremos a alguien que pueda hacer su trabajo sin dramatismos».

Me eché hacia delante mientras Karen suspiraba y volvía a asentir. «¿Y ahora qué?»

«Necesito que cambies las contraseñas, algo que nunca hayamos usado antes. Incluso puedes hacer que sean cosas que yo no sepa por ahora, porque de lo que se trata es de proteger la...».

«Ya está hecho».

Mis ojos se abrieron de par en par. «¿Qué?».Confundido, busqué en el rostro de Karen un indicio de comprensión.

«Bueno, tenemos ese protocolo para actualizar las contraseñas cada 30 días. Mañana es el día, así que me puse a volar los deditos sobre el teclado mientras se desarrollaba esta discusión. Steven me ofreció un trabajo en Chicago. Yo, por supuesto, lo rechacé. Mi familia está aquí; no me voy a mudar. Pero cuando hizo eso, me di cuenta de lo que estaba planeando. Las contraseñas se restablecen según el protocolo de la empresa, pero soy la única que las conoce».

Dios, me encantaba esta mujer. Por eso la elegí para que fuera mi recepcionista-secretaria. No solamente era excepcional con los clientes y el personal, sino que era intuitiva y se adelantaba a los problemas antes incluso de que existieran. Solté un suspiro de alivio.

«Lo único a lo que Steven puede acceder son sus protocolos, pero los servidores de la empresa, la información de los clientes, los datos financieros, incluso el sitio web... todo está bloqueado. Si va a llevarse algo, tendrá que hacerlo debidamente a través de los canales legales». Karen esbozó una suave sonrisa.

«Si te sirve de algo, creo que Silvie y tú sois perfectos el uno para el otro, y creo que Steven es

un imbécil. Tienes razón. Aún está lidiando con su pasado y necesita ayuda. Quizá esta sea una oportunidad para que despierte...».

Karen volvió a sonreír y me dejó allí solo. Tendría más tareas para ella más tarde, incluida la de llamar a nuestro abogado, y si Steven ya lo había robado, tendría que hacer que Karen nos buscara uno nuevo. En cualquier caso, si Steven iba en serio, me esperaba una dura batalla. Peor que luchar por mi derecho a salir con quien quisiera.

SILVIE

El olor de los huevos cociéndose en la cocina llegó a mi habitación y me desperté soñando que papá preparaba sus patatas hashbrown especiales. Pegada a uno de mis osos, me había quedado tumbada escuchando el ruido metálico de los platos mientras dejaba que mi cuerpo se despertara lentamente. En lugar de hacerme la boca agua, el olor me había revuelto el estómago.

Sabía que era Steven el que estaba en la cocina, así que me quedé en la cama, no quería lidiar con sus opiniones ni con su actitud tan temprano. Cuando se marchó, me quedé un poco más en la cama, todavía con náuseas. Steven hacía que todo mi cuerpo se estresara tanto que tenía síntomas gástricos, lo cual era una locura, porque debería haber sido lo bastante estable emocionalmente como para mandarle a la mierda. En lugar de eso, me escondía como una niña asustada por un trueno.

Aparté las sábanas, dejando que mis pies tocaran el frío suelo, y me deslicé fuera de la cama. La fatiga pesaba como una losa sobre mí. Sabía que el día que tenía por delante me ofrecería muchas cosas de las que preocuparme, y que debía centrarme en el momento presente para evitar la preocupación o la ansiedad, pero me resultaba difícil. Sobre todo teniendo en cuenta que Steven probablemente se enfrentaría a Jared en la oficina.

Me vestí perezosamente con unos pantalones cortos y una camiseta, y luego me dirigí a tomar el café de la mañana. Tenía razón. La sartén seguía en la encimera, con restos de huevo quemado en el borde, y en el fregadero había una taza de café vacía. Por suerte para mí, quedaban dos raciones de café en la cafetera: una para mí y otra para mamá.

Después de llenar las dos tazas, me dirigí al dormitorio de mamá, llevándolas con cuidado de no derramar el líquido caliente sobre la alfombra. Mamá seguía durmiendo cuando entré, así que dejé las tazas en la mesilla y abrí la cortina. Como era mi rutina habitual, saqué un conjunto para ella y cogí su cepillo para el pelo, y cuando volví a su lado, ya se estaba despertando.

«Buenos días». Dejé la ropa y el cepillo junto a los cafés y la ayudé a incorporarse. Nunca me acostumbré a ver a mi madre en un estado frágil, y los días dolorosos para ella eran peores que otros. Se supone que una chica debe ver a su madre como un pilar de fortaleza, pero aquí estaba yo cuidándola a veces como si ella fuera una niña.

«Hola, cariño». Mamá se apartó el pelo de los ojos y sonrió. «Dios mío, ¿qué hora es? Me he acostado muy tarde».

«No, mamá, es que el sol está saliendo antes. Son más de las siete y media». Al verla esforzarse por desenredarse los mechones de pelo del cuello, me abalancé para ayudarla. El cepillo se deshizo rápidamente de los enredos y en pocos minutos tenía el pelo trenzado y recogido.

«Ya está... Ahora es la hora del café». Cambié el cepillo por el café de la mesilla, le ofrecí la taza y cogí la mía, acomodándome en el borde de la cama junto a ella. «¿Cómo has dormido?».

«Bastante bien. Soñé con tu padre... haciendo esas malditas patatas fritas que tanto le gustaban. Malditas cosas. No deberías desayunar patatas... ¿Sabías que las patatas se convierten en glucosa en el torrente sanguíneo más rápido que los pasteles?».

Me reí entre dientes ante el comentario de mamá, recordando cómo a veces sermoneaba a papá precisamente por eso. A mamá le encantaba comer limpio y sano, lo que no hacía sino aumentar el misterio de cómo una enfermedad tan horrible podía afectarle tanto. Siempre pensé que si estabas sano y te cuidabas, comías bien, hacías ejercicio, te mantenías sano. Pero el diagnóstico de mamá echó por tierra esa suposición.

«Tuve el mismo sueño... Creo que Steven llegó de la noche a la mañana. Hay una sartén vacía en el fogón y una taza sucia en el fregadero. Se habrá lavado el plato, pero no la taza».

Mamá puso los ojos en blanco y se rio. «Igual que tu padre. No me sorprendería descubrir que en realidad solo limpió el plato con una servilleta y lo guardó sin limpiarlo».

Compartimos una sonrisa, pero la mía duró poco, pues el peso de que Steven estuviera en casa me presionaba. Mamá se dio cuenta al instante y frunció el ceño, preocupada, mientras me miraba.

«¿Qué pasa?».

«Oh, nada. Steven está irritado conmigo por salir con Jared. No tengo ganas de hablar con él». El café estaba tan caliente que tuve que chuparlo entre los dientes para poder beberlo. Me quemaba un poco la lengua, pero eso no era nada comparado con el punzante dolor de la ansiedad que sentía en el pecho.

Mamá dejó el café en la mesilla y se ajustó la manta. «Steven tiene sus opiniones sobre muchas cosas, pero ya eres una mujer adulta, querida. Tu padre habría aprobado a Jared por muchas razones. Seguro que Steven se siente excluido. Él y Jared han sido mejores amigos durante mucho tiempo; probablemente Steven sienta que le has robado parte de su infancia o algo así».

Negué con la cabeza. «No, mamá, es más que eso. Steven me mintió. Me contó cosas horribles sobre Jared. Y luego le dijo a Jared que yo era mentalmente inestable desde que murió papá y que necesito terapia. ¿Qué clase de persona miente así sobre alguien?».

Mamá era el tipo de persona que se negaba a escuchar una palabra negativa sobre cualquier persona o cosa, por cualquier motivo. Me dio una palmadita en la mano y me dio un codazo con la rodilla.

«Es hora de mi sesión de ejercicios matutinos...».

Me levanté y retrocedí para dejarla salir de la cama. Parecía moverse bastante bien, así que supuse que era un buen día. Se fue cojeando al baño y yo volví a sentarme, bebiéndome el café y enfurruñándome. Mamá volvería con alguna sabia sabiduría para intentar hacer las paces, y yo

me enfadaría con ella por no ponerse de mi parte.

Así eran las cosas. Siempre había sido así. Ni estaba de acuerdo ni en desacuerdo con ninguno de los dos cuando discutíamos.

Oí la cisterna del váter, luego el chirrido del agua del lavabo, que se abría y se cerraba. Al cabo de unos instantes, mamá reapareció, con un aspecto un poco más fresco. Aparté los ojos cuando empezó a quitarse el camisón para vestirse. No dijo ni una palabra, así que supuse que seguía conjurando sus consejos mágicos para mí.

Cuando me cogió la barbilla con la mano y me acercó a ella, noté compasión en su mirada.

«Silvie, yo no tomo partido. Ya lo sabes. Lo único que puedo decirte es que deberías comunicarte con él. Él no es tu jefe, así que puedes tomar tus propias decisiones. Pero recuerda que toda elección tiene una consecuencia, para bien o para mal». Me pellizcó la barbilla y sonrió suavemente, y luego cambió completamente de tema. «Ahora voy a preparar unos huevos. ¿Quieres algo?».

Sí, sin duda era un buen día para ella. «No, gracias. Voy a almorzar con Bethany. Me alegro de que hoy estés bien. ¿Seguro que no quieres que cocine para ti antes de irme?».

«Tonterías. Te he cuidado durante décadas y, cuando tengo un buen día, quiero sentirme capaz. Así que vete. Te llamaré si empiezo a sentirme mal, ¿vale?». Me dio una palmadita en la mejilla, cogió su café y salió por la puerta arrastrando los pies.

Me quedé allí sentada unos instantes más, con el estómago todavía revuelto. No sabía cómo Steven se me había metido tanto en la piel, pero mamá tenía razón. No era mi jefe y podía tomar las decisiones que quisiera. No necesitaba su permiso.

Tras un rápido viaje al baño, cepillarme los dientes y echarme maquillaje en la cara, me despedí de mamá y me dirigí a la tienda de donuts para reunirme con Bethany. Hacía buena mañana, así que decidí ir andando, y me arrepentí en cuanto me alejé unas manzanas de casa. El ruido de las cortadoras de césped arruinó mi idea de un paseo tranquilo. Aunque disfruté del olor a hierba recién cortada.

Bethany me estaba esperando cuando llegué. Tenía una mesa a la sombra de una enorme sombrilla azul y roja, con varios donuts y unos cuantos vasos de café de papel. Su sonrisa me calentó el corazón. Siempre podía contar con ella para que me levantara cuando estaba deprimida.

«Tengo una mezcla de todo tipo de donuts. Sé que te encantan los dulces, pero no sabía qué te apetecía esta mañana y...». La voz de Bethany se entrecortó mientras me miraba boquiabierta. «¿Qué pasa?».

Me hundí en el asiento de enfrente, cogí un donut retorcido cubierto de azúcar con canela y me lo metí en la boca, dándole un mordisco enorme para evitar responder.

Asentí con la cabeza y forcé una sonrisa para fingir que estaba bien, pero sabía que se daría cuenta. Mi mejor amiga siempre lo hacía.

«Corta el rollo, Sil. ¿Qué te pasa?». Bethany dio un trago a su café y eligió un donut cubierto de azúcar glas. Le dio un mordisco y una gelatina espesa y oscura salió por un lado, goteando en la

mano que la esperaba.

Terminé el bocado, tragué saliva y bebí un trago del café que me había comprado: café con leche y avellanas con extra de expreso.

«Steven...». Fue todo lo que tuve que decir. Sabía exactamente de qué estaba hablando. Vi cómo enarcaba las cejas y tensaba los hombros. Se encogió al masticar. Cuando tragó saliva, casi esperaba que empezara a despotricar contra él por ser un gilipollas, pero me cogió la mano y me la apretó.

«¿Cómo de malo?»

«Aún no lo sé. Está en casa, pero se fue antes de que me despertara esta mañana. Creo que primero fue a hablar con Jared. Le espero esta tarde». De algún modo, mi donut de canela no me parecía tan apetecible como el donut de gelatina de Bethany y no pude evitar fijarme en la porción de gelatina que tenía en la barbilla.

«Vale, voy contigo». Se limpió la barbilla con una servilleta y volvió a dejar el donut en la bandeja entre nosotras. Tenía los dedos cubiertos de azúcar glas, lo que normalmente me disuadiría de tocar un donut, pero me gruñó el estómago. Cogí el donut y le di un mordisco enorme, la gelatina me rebosó en la lengua en una gloriosa explosión de sabor.

«¡Eh!», espetó riendo. «¿Qué te pasa? Odias el azúcar en polvo en los dedos».

Me encogí de hombros, sin darle importancia. La gelatina daba en el clavo. Volví a tirar el donut de canela a la bandeja y sonreí mientras seguía mordisqueando el delicioso dulce. Bethany puso los ojos en blanco y se rio mientras elegía otro pastelito. Terminé el donut y me limpié las manos todo lo que pude sin mancharme la ropa con azúcar en polvo.

«Creo que puedo soportarlo. Steven solo está enfadado. Se le pasará. Odio los enfrentamientos». El pegajoso y persistente amasijo que tenía en las manos me frustró mientras me limpiaba, con trocitos de servilleta de papel pegados a los dedos. De repente comprendí por qué mamá siempre llevaba toallitas húmedas en el bolso.

«Siempre te ha mandado y tú te limitas a hacerle caso. Silvie, me necesitas ahí para enfrentarte a él». Bethany metió la mano en el bolso y sacó un paquete de toallitas desmaquillantes, lo abrió y sacó una. Suspiré aliviada mientras la utilizaba para limpiarme bien los dedos.

«Sí, bueno, tienes razón. Me da órdenes, pero esta vez nunca he estado más segura de nada en mi vida. Jared y yo somos el uno para el otro. Siempre hemos estado juntos». Agradecida por volver a tener las manos limpias, enrollé la toallita de maquillaje y la dejé sobre la mesa. Bethany volvía a hincar los codos en la bandeja de los donuts, esta vez eligiendo uno de crema bávara.

«¿Estás segura? Porque puedo ponerlo en su sitio».

Me reí entre dientes y las dos nos reímos de la broma, pero en serio sabía que Bethany era la reina de hacer que Steven se pusiera en su lugar. Si no hubiera venido a rescatarme varias veces, no solo yo sería una persona muy distinta, sino que Steven quizá nunca habría ido a rehabilitación.

«Gracias por ofrecerte a ayudarme, pero creo que esta vez tengo que hacerlo sola. Steven tiene que entender que ya no puede controlarme. Mamá está de mi parte».

«¿Tu madre ha elegido un bando?».Bethany parecía realmente sorprendida. Incluso ella sabía cómo era mamá con los conflictos. Cuando éramos niños, mamá había establecido la norma de que si queríamos un árbitro para las cosas, tendríamos que pagarlo. La única vez que accedí y le pedí que fuera nuestro “árbitro” - para que eligiera partido - me obligó a fregar los platos durante tres semanas como pago.

Nunca volví a pedirle que eligiera uno de los dos lados.

«Bueno, más o menos. Sé que nunca lo dice directamente, pero me dijo que Steven no es mi jefe y el otro día me dijo que le gustaba Jared. Así que eché cuentas». Nada parecía apetecible en la bandeja de donuts, así que los empujé hacia Bethany, que seguía dándose el gusto.

No sabría decir si tenía hambre o si mi cuerpo seguía intentando volverse del revés porque Steven había vuelto a casa. Todas las sensaciones de mi interior se mezclaron con las fuertes emociones que sentía: ira hacia Steven, amor por Jared, aprensión por el futuro.

«Vale, es el mejor “lado” que tu madre podrá elegir. Tienes razón». Bethany se pasó la mano por los labios y se limpió un poco de azúcar. «Así que, si estás bien sola, entonces vale. Pero que sepas que vendré en un santiamén. Si necesitas algo, envíame un mensaje. Sabes que tardo como diez segundos en esprintar hasta tu casa».

«¿Qué hará, Beth? ¿Gritarme? Steven nunca me haría daño físico. Me preocupan más las decisiones estúpidas que pueda tomar. Intentó que me despidieran».

Bethany me miró de reojo, perdiendo claramente el interés por la bandeja de donuts que ahora menguaban.

«Bueno, es su empresa...».

«Sí, pero también es la empresa de Jared. Así que Jared volvió a contratarme y obligó a Vicki a hacerlo también».

«¿Vicki Sicki? ¿La zorra que se tiraba?». Se echó hacia atrás, cruzando los brazos sobre el pecho, y yo asentí.

«No solamente, fue ella quien se lo contó todo a Steven».

Bethany frunció el ceño y empezó a divagar sobre los hombres y sus celosas ex, pero lo único que pude hacer fue sentarme y pensar por qué Vicki se esforzaba tanto por separarnos a Jared y a mí. Hasta el punto de alejarme también de mi hermano. Me tenía apremiada, y la única razón que se me ocurría era que Jared seguía dándole señales de que podían ser algo si yo no aparecía en escena.

Mi estómago se revolvió con más fuerza: más emociones lo sacudían como un barco sobre las olas. Me disculpé por dejar el almuerzo, pero Bethany lo comprendió. Tenía que volver a casa y esperar a Steven. Enfrentarme a él no era algo que me hiciera mucha ilusión, pero tenía que luchar por lo que sabía en mi corazón que estaba destinado a ser. Había amado a Jared durante años. Ahora era mi momento de demostrarlo.

JARED

«Entonces, ¿me estás diciendo que no puedo hacer otra cosa que dejarle marchar?». Llevaba días con el pecho tenso, esperando el regreso de Steven, pero ahora que las cosas iban a más, sentía como si un ataque al corazón fuera inminente. El pobre sujetapapeles destrozado entre mis dedos ya no servía para mantenerme calmado, y empezaba a comprender el razonamiento que había detrás de los fidget spinners.

«Lo que digo, Jared, es que deberías intentar hablar con él racionalmente. No estoy seguro de qué ha provocado esto, pero si hace lo que dice que va a hacer, entonces Vortex - o como elijas llamar a la nueva generación - va a sufrir un duro golpe».

Kramer no parecía esperanzado. Había sido nuestro abogado desde el primer día, y ahora que llevábamos 15 años en el negocio parecía como si Steven y yo estuviéramos luchando por la custodia. Kramer ya me había advertido de que no podía representar a ambas partes, así que uno de los dos tendría que contratar a un nuevo abogado, y yo me ofrecí amablemente a hacerlo. Pero como amigo, Kramer me aconsejó lo mejor que podía hacer, sin revelar información confidencial de Steven.

«Entonces, ese Burkner, ¿es bueno de verdad? ¿Es adecuado para esto?».No me fiaba del nuevo abogado, aunque Kramer sí lo hiciera. Un nuevo bufete, las manos de una nueva persona en las que depositar todo mi futuro.

«Sí, lo hará muy bien por ti, pero prométeme que una vez que todo el trato esté sellado y tengas la salida limpia, volverás». Su risita me dijo que él también sentía la presión de nuestra amistad.

«Mientras no plantee problemas éticos por tu parte, sí. No tendré a otro abogado hurgando en mis finanzas, nunca. Más vale que ese tal Burkner sea todo lo que dices que es, o te recortaré el sueldo».

Nos reímos a carcajadas cuando llamaron a la puerta. Levanté la vista y vi a Vicki de pie en el umbral, con la puerta abierta de un empujón. Fruncí el ceño y le hice un gesto para que entrara. Estaba furioso con ella por las cosas que había hecho, pero de momento seguía trabajando para mí. Dejé a un lado mis sentimientos personales y me tragué la sensación de rabia que me quemaba el pecho.

«Escucha, Kramer, tengo que irme. El deber me llama. Estaré en contacto. Gracias por el consejo».

Después de colgar, respiré hondo para calmarme y me concentré en Vicki, que por primera vez en meses llevaba algo un poco menos atrevido. Llevaba el pelo recogido en una coleta y el maquillaje era más suave, más sutil.

Se sentó en el borde de la silla; sus hombros no estaban tan cuadrados como de costumbre. Parecía casi arrepentida, no se parecía en nada a la Vicki a la que había regañado hacía apenas unos días. Quizá mi reprimenda por haberle quitado el trabajo había servido de algo.

Vicki me miró a través de sus espesas pestañas, pero sus ojos no desprendían su lujuriosa confianza. De hecho, parecía enferma, con la piel pálida, el labio fruncido y los ojos hundidos, como si tal vez no hubiera dormido bien la noche anterior. Abrió la boca para hablar, pero le tembló el labio inferior. Era algo que solo había visto una vez, el día que su hermano había tenido un accidente de moto.

«¿Va todo bien?».Era una pregunta natural. Vicki nunca tenía ese aspecto, así que era seguro suponer que algo le preocupaba.

Le tembló el labio al hablar. «Lo siento, Jared».

Oh, esto era increíble. ¿Vicki? ¿Pidiendo perdón?

«¿Perdón por qué?»

Me miró un momento. Observé su rostro, estudiándola. O era una disculpa sincera, o había tomado clases de interpretación. Esta no era en absoluto la Vicki con la que salí. Nunca se habría disculpado por nada, que era exactamente la razón por la que sabía que nunca funcionaríamos. Era una narcisista. Lo único que le importaba era ella misma y lo que los demás pudieran hacer por ella. Haría cualquier cosa para salir adelante.

«Por todo... Por llamar a Steven, por mi seducción borracha durante el acto de celebración, por romperte el corazón...». Se miró las manos, que se plegaban y desplegaban en su regazo. Parecía arrepentida, en absoluto a la defensiva o reactiva.

«¿Y se supone que debo creerte porque...?».

Vicki eludió mi pregunta, sentándose de nuevo en la silla y cruzando una pierna sobre la otra. Se quedó pensativa un momento y luego sonrió.

«¿Recuerdas aquel viaje que hicimos al Niágara? Llovió tanto que nos empapamos, después de que te negaras a subir conmigo a la barca bajo las cataratas porque no querías salpicarte. Llevabas unos zapatos nuevos que eran blancos. Cuando terminamos aquel día, los zapatos estaban casi negros y los tiraste».

Sonreí, recordando con cariño que aquel era el día en que pensaba pedirle matrimonio, pero recibimos la noticia de su hermano y tuvimos que volver corriendo. Nos dejaron el coche de alquiler en un aparcamiento de Niágara y cogimos un vuelo a Springfield. Mi momento perfecto, arruinado. Aunque acabó ahorrándome lo que yo creía que era un montón de angustia.

Vicki entró en barrena, controlando las cosas, microgestionando nuestra relación. Intenté convencerme de que era porque tenía miedo de perderme, pero no pude soportarlo. Tras varios incidentes horribles, acabé con ella. Sin embargo, aquel recuerdo me pareció feliz, incluso después de todo lo que había ocurrido entre nosotros.

«Sí, recuerdo aquel día». Me incliné hacia delante, apoyando los codos en el escritorio y hablando suavemente con ella. Me miró con lágrimas en los ojos.

«Lo echo de menos». Vicki también se inclinó hacia delante, cogió un pañuelo y se secó los ojos mientras se apoyaba en el escritorio. Nuestras manos casi se tocaron, pero tuve cuidado de no darle una impresión equivocada.

«Yo también echo de menos a esa Vicki». Era la verdad. A pesar de sentir lo mismo que yo por Silvie, Vicki y yo tuvimos una relación estupenda durante un tiempo. Eramos mejores amigos y teníamos mucho en común. Era difícil no tener buenos recuerdos con ella.

Sonrió suavemente y volvió a mirarse las manos, con los dedos a escasos centímetros de los míos. «Parece mentira que eso fuera hace más de un año. Míranos ahora. Lo único que hacemos es discutir o hablar de trabajo. ¿Qué ha pasado?»

Una nueva ronda de lágrimas se deslizó por sus mejillas, rebosando en sus ojos y derramándose después con cada parpadeo. Me miró sin comprender, sin fruncir el ceño, sin otra expresión en la cara que esa humedad. Cuando abrió la mano y buscó la mía, no me inmuté. Algo en mi interior me decía que aquella sería una de las últimas conversaciones que mantendría con ella, como si me estuviera dando la oportunidad de elegirla.

Por supuesto, Silvie y yo ya éramos algo. Nunca volvería con Vicki, pero quizá ella necesitaba este cierre.

«¿Jared?».Levanté los ojos y vi a Silvie de pie en la puerta, detrás de Vicki. Aparté las manos del agarre de Vicki y me senté, sorprendido y un poco extrañado de que Silvie entrara sin llamar.

«¿Sí?».Recé para que no hubiera visto a Vicki cogiéndome de la mano.

Silvie miró de Vicki a mi cara y viceversa, y Vicki se volvió hacia ella. «Quizá debería volver en otro momento». Silvie retrocedió, con la confusión escrita en el ceño.

«No, espera...». Me levanté, pero era demasiado tarde; Silvie se había ido.

«Déjala ir, Jared. Es lo mejor». Esta vez la voz de Vicki tenía un tono frío; la Vicki que yo conocía y que había llegado a detestar.

«¿Por qué lo dijiste así? ¿Por qué iba a ser lo mejor que Silvie saliera de mi despacho confundida o herida?». Se me apretó el pecho mientras miraba a Vicki, que se limpiaba los ojos.

«Bueno, quiero decir... Es obvio que tú y yo tenemos una conexión. Tenemos que explorar lo que esos recuerdos significan para nosotros... cómo debemos avanzar». Vicki se levantó y se metió el pañuelo en el bolsillo. «Nos queremos, Jared. Tenemos una historia. Tú tienes simplemente sexo sin sentido con ella». Señaló la puerta por encima del hombro.

«No, Vicki.... Tú y yo tenemos un pasado plagado de promesas rotas, discusiones y problemas. Silvie y yo nos conocemos desde que yo era literalmente un chaval. Sus padres prácticamente me acogieron durante semanas».

«Así que le sigues la corriente a su flechazo de la infancia... Lo entiendo. Pero ¿cuánto tardarás en darte cuenta de que es demasiado joven para ti y de que te mereces una mujer de verdad que cuide de ti?». Vicki - la zorra sarcástica y narcisista - volvió. «Yo soy esa mujer».

«No eres mi mujer. Eres una espina clavada en mi costado, que me saqué y deseché hace mucho tiempo. Y Silvie es la mujer que amo ahora».

Hirviendo de rabia, señalé la puerta. «Vete. Ahora».

Vicki parecía realmente sorprendida. «Pero...».

«Sin peros. Se acabó. Terminé hace meses, cuando me lo suplicaste. Terminé cuando untaste mi escritorio con tu cuerpo semidesnudo. Se acabó cuando intentaste arruinar mis oportunidades con Silvie, y se acabó cuando la vendiste a su hermano. Lárgate y no vuelvas».

Vicki me fulminó con la mirada, luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

«Bueno, he pensado darte una última oportunidad para que te quedes conmigo. Deberías saber que Steven me ha ofrecido un trabajo en Chicago. Voy a aceptarlo. Pensé que quizá entrarías en razón y te darías cuenta de lo que pierdes. Supongo que no te importa».

«Tienes razón, no me importa».

Vicki soltó un grito de enfado al abrir la puerta.

«Ah, ¿y Vicki?».

Se volvió hacia mí.

«Para que lo sepas, Silvie fue contratada para sustituirte. Tú ya estabas de salida. Intentaste acostarte con el jefe para mantener tu trabajo aquí: una jugada de zorra. Y lo sabes. Acabas de facilitar aún más la colocación de Silvie en esta empresa, exactamente donde yo la quería desde el principio».

Se marchó dando un portazo. Las paredes temblaron. Y antes incluso de que volviera a sentarme, Karen estaba en la puerta, con los ojos muy abiertos y las manos temblorosas.

«Señor... Burkner está en la línea dos».

Me desplomé en el asiento, apoyando la frente en las manos. Parecía que las cosas se estaban descontrolando, y el abogado solo arreglaría la mitad de los problemas. Tragué con fuerza, decidido a asumir esto como un hombre, y me enderecé.

«Gracias, Karen».

Cogí el teléfono, pero Karen no se fue. Permaneció de pie con expresión expectante, como si esperara permiso para hablar.

«¿Hay algo más?».Retiré la mano. Burkner podía esperar un poco.

«Jared, tienes que mirar por Vicki. Está causando problemas. La he oído hablar a Steven de ti y...».

«Sí, eso ya lo sé».

«Bueno, ¿sabías que ha empezado a cotillear en la oficina que tú y ella sois algo otra vez? Le ha dicho a la gente que la semana pasada os acostasteis en tu mesa». Karen se inclinó hacia delante y susurró, echando un par de miradas a la puerta como si tuviera chismes jugosos.

«¡Qué hizo qué!».Podría matar literalmente a esa mujer.

«Señor, eso ni siquiera es lo peor. Le dijo a todo el mundo que Silvie te estaba utilizando para llegar a lo más alto, y por eso Silvie consiguió el trabajo a tiempo completo sin hacer prácticas durante todo el año como se suponía que debía hacer. Les dijo que Silvie cambió sexo por el ascenso porque su hermano no se lo daría por nepotismo».

«¿Y la creen? ¿Crees en ella?" Me pellizqué el puente de la nariz, con los ojos cerrados, y esperé su respuesta. Cuando no habló, levanté la vista para verla tensa y temblorosa.

«No tiene buena pinta. La junta, Jared, la mitad quiere ir con Steven. Vicki ya ha hecho mucho daño». Karen se retorció las manos.

«Gracias, Karen. Veamos qué tiene que decir Burkner sobre todo esto».

Karen se retiró, dejándose salir, y justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, la llamé: «¿Karen?»

«Sí, señor». Volvió a asomar la cabeza.

«Inicia inmediatamente el proceso de desautorización de Vicki. Cancela su acceso a todo ahora mismo. No queremos que robe ningún dato de la empresa. Si va a mudarse con Steven, ahora es el enemigo número uno».

Karen asintió secamente. «¿Y el acceso a las tarjetas de crédito?

«Denuncia que se las han robado. Quiero que esté limitada al final del día. Podemos terminar el proceso cuando tenga información más sólida del nuevo abogado».

Karen se marchó y yo me quedé mirando el teléfono. Había tantos pensamientos inundando mi cabeza que no sabía a cuál agarrarme en el torrente. Esto estaba ocurriendo de verdad... Steven estaba dividiendo la empresa por una ridícula idea de que yo no debía salir con su hermana... o más bien por su orgullo de que ella se negara a escucharle. O quizá porque era demasiado sensible y no quería que compartiera su información personal conmigo.

Fuera como fuese, estaba luchando por mi empresa y, al parecer, ahora por mi relación con Silvie, y parecía que las cartas estaban en mi contra.

SILVIE

El camino a casa después del almuerzo fue incómodo, pero al menos me sentía mejor. La necesidad de que mi cuerpo se vaciara me dejó en algún lugar cerca de la calle Mulberry. Había intentado pasarme por la oficina y saludar a Jared, pero estaba reunido con Vicki, lo que me hizo sentir mal. La forma en que se había alejado de ella en cuanto me asomé a su puerta me inquietó, pero intentaba olvidarlo, aunque el ánimo que tenía había desaparecido.

Cuando giré en nuestra calle y vi el coche de Steven en la entrada, supe que estaba en casa. Eso me hizo aminorar aún más el paso. Lo que había sido el estruendo de mil cortacéspedes en mi camino hacia el almuerzo, ahora eran solo grillos. Era como si toda la calle hubiera interrumpido su trabajo al aire libre porque querían escuchar a escondidas mi conversación con Steven. Me abracé el estómago con los brazos mientras subía por el sinuoso paseo hasta la puerta principal. La casa estaba en silencio, pero solo estaban mamá y Steven; no esperaba mucho jaleo.

Entré, medio esperando que se abalanzara sobre mí en cuanto entrara. En lugar de eso, vi a mamá sentada en el sofá viendo sus telenovelas. Palmeó el cojín que tenía al lado y me uní a ella, esperando que Steven estallara y se fuera, para que la vida volviera a la normalidad.

«¿Dónde está? ¿Está de buen humor?».Me apoyé en el hombro de mamá, pero ella me hizo callar.

«Esta es la parte buena. Nicolás está a punto de exigir respuestas a Victoria. Tuvo una aventura...». Sus ojos seguían pegados al televisor, y suspiré. Era tan adicta a esos malditos programas. Cuando yo era niña, solía grabarlos en cintas de vídeo mientras trabajaba y luego los ponía por la noche. Odiaba ver siempre con ella aquellas malditas reposiciones.

Apoyándome en su hombro me sentía como si volviera a ser aquella niña pequeña, necesitada de consuelo de mi madre. Quería disfrutar de ese pequeño milisegundo de consuelo antes de que Steven entrara y me encontrara en casa. O tal vez simplemente quería que entrara corriendo y acabara de una vez, como si me arrancara la venda. Seguía sin entender por qué no podía regañarme por teléfono. No tenía que volar hasta casa para hacerlo tan personal.

«Oh, ya se está poniendo bueno». Mamá se acercó a mí y me dio unas palmaditas en el hombro; luego cogió el mando a distancia y pulsó el botón de silencio mientras el programa entraba en una pausa publicitaria. Me incorporé, aunque podría haberme quedado tumbada más tiempo y haberme dormido. Me sentía más perezosa y cansada que de costumbre. Quizá fuera el azúcar que había comido.

«Anímate, cariño. Fuera hace un día precioso. Quizá podamos dar una vuelta a la manzana, ya que hoy me encuentro bastante bien».

No me atrevía a disuadir a mamá de algo tan activo, dado que últimamente tenía más días malos que buenos. Forcé una sonrisa y estaba a punto de abrir la boca cuando oí que la puerta trasera se cerraba de golpe, el muelle de la puerta no lo atrapó cuando alguien entró.

«Ah, parece que Stevie ya ha terminado de sacar la basura. Ya sabes que llega a casa de su viaje y empieza a hacer todas estas tareas por aquí. Apuesto a que agradece que Jared le haya estado ayudando o tendría mucho más que hacer mientras está en casa».

Asentí con la cabeza y no pude evitar preguntarme si mamá se hacía la ingenua o si simplemente no tenía ni idea de lo que había pasado entre Jared y Steven. Quizá Steven no se lo había contado.

«Sí, tal vez». Parecía que últimamente me encogía mucho de hombros. Lo hacía para disipar mis ansiedades sobre Jared, como antes, cuando había intentado pasar a hablar con él, y también ante las preguntas que Bethany me hacía. Llevaba unos días sintiéndome emocionalmente abrumada por todo. Incluso me encontré llorando cuando se me acabó el tubo de rímel.

«A mí no me pareció que estuviera de tan mal humor. Creo que estarás bien». Mamá me ofreció una sonrisa, pero no pude devolvérsela. «¡Steven! Silvie está en casa...».

Estupendo...

Me senté más erguida, como si el director de mi colegio viniera a reprenderme. Mi ritmo cardíaco aumentó; me sudaban las palmas de las manos. Oí algunos ruidos procedentes de la cocina, puertas de armarios que se cerraban, el cajón de los cubiertos que se sacudía. Y Steven entró llevando una bandeja con tres tazas, la tetera, algunas cucharas y una selección de edulcorantes. No era en absoluto lo que pensaba ver.

«El té está listo...». Puso la bandeja sobre la mesita y vertió agua caliente de la tetera en las tres tazas. Mientras él preparaba el té de mamá, yo cogí una bolsita de té con canela de la caja que había detrás de la tetera, donde no la había visto cuando entró.

Intenté evitar el contacto visual y Steven no me dirigió la palabra. Abrió unos sobres de Stevia y los vertió en la taza de mamá, luego subió y bajó la bolsita de té unas cuantas veces antes de prepararse su propia taza. Cuando se sentó, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y cuadró los hombros. A veces me recordaba tanto a papá que me costaba mantenerme firme en mi convicción de que Jared y yo éramos el uno para el otro.

«He organizado un nuevo tratamiento para mamá en Chicago».

Por supuesto... Lo único que podía hacerme para vengarse de mí por haberlo cabreado. Me quitaría a mamá.

«¿Qué?».Ya no podía evitar mirarlo. Lo observé fijamente, rezando para que solo estuviera siendo un capullo y no estuviera planeando realmente lo que yo creía que estaba planeando.

«¡Oh, Stevie! ¿Hablas de las curas experimentales del Maryland? ¿Ese del nuevo antirreumático?». Mamá se inclinó hacia delante como una niña expectante. Sus ojos se abrieron de par en par por la curiosidad, y pude ver cómo brotaba la esperanza.

¿Cómo podía estropearlo? Pero sabía que no era algo que Steven hubiera considerado siquiera si no hubiera sido por Jared y por mí. Quería enfurruñarme y enfadarme, pero también quería que mi madre se sintiera mejor, que tuviera una calidad de vida superior.

«Sí, las mismas. Tuvieron grandes resultados allí y ahora lo han abierto a varios lugares nuevos». Dio un sorbo a su té y volvió a dejarlo sobre la bandeja. «Tienen un hueco libre para ti, que he reservado, a partir del lunes».

«¡El lunes!».Me incorporé. «No puede irse el lunes». Sentí que la emoción me recorría la frente e intenté sofocarla, pero el corazón me saltó al instante a la garganta.

«¿Por qué no?».La mirada calculadora de Steven me clavó en el sofá. Miré a mamá, que parecía confusa.

«Porque...».

«Oh, Silvie. Esas terapias duran pocas semanas. Y si funciona, quizá pueda recuperar mi vida». Mamá, con su actitud positiva y contraria a la elección de bando, cogió el té y bebió un trago, haciendo una mueca mientras el líquido caliente se consumía.

«Steven, lo has hecho únicamente para hacerme daño». Me puse en pie. Estaba indignada. No podía creer que fuera tan solapado. «Yo la llevaré. Ella puede quedarse aquí conmigo».

Steven se mofó, con una sonrisa de odio en la cara. «¿La llevarás a Chicago dos veces por semana durante tres semanas? ¿Tu jefe te deja ese tiempo libre?».

La forma en que dijo la palabra "jefe" me irritó. Quería arrancarle la sonrisa de satisfacción de la cara, pero me contuve.

«Sí, Jared...».

«Jared...». Espetó. «No me hables de ese bicho».

Los ojos de mamá se abrieron de golpe, reflejando mi expresión. Steven nunca había dicho una palabra malsonante sobre Jared en todo el tiempo que habían sido amigos. Ni siquiera cuando Jared destrozó el quad que nos compró papá y este castigó a Steven por ello.

«Stevie...».

La expresión de decepción de mamá coincidía con el ceño fruncido de preocupación de su rostro.

«Te lo voy a decir una vez, Silvie. Puedes mudarte a Chicago conmigo y con mamá, trabajar para Vortex y disfrutar de la vida que te mereces, o puedes quedarte aquí con ese traidor». Steven cruzó los brazos sobre el pecho en una postura desafiante. ¿Hablaba en serio?

«¡Maldito estúpido!».No podía creer lo que estaba oyendo.

«¡Silvie Elaine Brooks!».

Ignoré el escarmiento de mamá y me centré exclusivamente sobre el punto débil de Steven. Su gigantesco ego.

«Has hecho pasar un infierno a toda esta familia durante años. Tu forma de beber, tu actitud controladora. Las amigas de mamá están por aquí. No puedes desarraigarla simplemente por una

terapia médica. Si consigues ingresarla, me las arreglaré para que llegue, pero no la alejarás de mí».

Steven se puso en pie y avanzó las pocas zancadas que nos separaban hasta quedar encima de mí. Me mantuve firme, sin dejarme intimidar por él, e hinché el pecho, burlándome de él.

«Tuviste el descaro de divulgar información personal a Jared que nunca debiste compartir».

Cuando Steven continuó con su diatriba, de repente lo comprendí. Quería que lo vieran como el hombre fuerte de la casa, el que no se deja abatir por los problemas. Podía oler el alcohol en su aliento. No había dejado de beber; solo había empezado a disimularlo mejor. Nunca había logrado mejorar. Todo lo que había hecho era para ocultar que tenía el corazón destrozado y no sabía cómo manejarlo.

Controlando a todos y a todo lo demás, pensó que evitaría que las cosas le hicieran daño. Probablemente pensó que al no permitir que saliera con nadie, impediría que creciera, porque que el echo de que yo creciera significaba un cambio. Significaba que papá se había ido de verdad.

Gritó. Me escupió a la cara. Tenía los ojos desorbitados y la cara enrojecida, pero lo único que podía hacer era sentir lástima por él. Cuando hizo una pausa para tomar aliento, mamá se sentó, con la mano apretada contra el corazón.

«Steven, sé que no quieres decir ninguna de esas cosas. Veo lo mucho que te duele». Intenté cogerle la mano, pero me la apartó de un tirón.

«No me toques. Y no finjas que sabes lo que siento. No soy débil».

«Stevie...». La suave voz de mamá se coló en nuestra conversación, pero él siguió mirándome.

«Le mentiste sobre mí». El labio inferior de Steven tembló, pero sabía que nunca dejaría caer una lágrima. Era demasiado orgulloso para eso.

«No le mentí. Le dije lo que necesitaba saber. Vosotros dos sois mejores amigos, Steven. ¿Por qué nunca le has dicho a Jared que te dolía tanto?».

«¡No estoy sufriendo!».Steven empezó a recoger todos los platos y a ponerlos en la bandeja, a pesar de que el té de nadie se había consumido del todo. «Alguien ha hecho una oferta por la casa. Tienes veinticuatro horas para irte». Se levantó sujetando la bandeja y se encaró conmigo. Cuando mamá tuvo aquella mala racha en agosto del año pasado, me hizo apoderado general para las decisiones sobre salud y finanzas.

«Esto es lo mejor para ella. Puedes venir con nosotros ahora, o puedes tomar la decisión de abandonar la familia».

«Steven no hagas esto. No tomes esta decisión. No puedes hacerlo».

Me fulminó con la mirada una vez más antes de salir de la habitación llevando la bandeja del té. Sentí la mano de mamá en la parte baja de la espalda mientras las lágrimas empezaban a correr por mi cara. ¿Salir? ¿Adónde iba a ir? Esta era mi casa.

«Se calmará, cariño... Siempre lo hace». Su pulgar me rozó la columna vertebral, me volví y la

estreché entre mis brazos, con cuidado de no apretarla demasiado. Me pesaban los hombros mientras sollozaba en su cuello.

«No puede hacer esto. ¿ Verdad?».

Probablemente mis palabras salieron amortiguadas e ininteligibles, pero las madres siempre pueden entender.

«Cariño, no te está haciendo esto. Déjame hablar con él. ¿De acuerdo?»

Mamá me dio un apretón y me palmeó la espalda antes de salir tras Steven. Me acurruqué en el sofá, sintiendo aún en la lengua el sabor a canela del té caliente del que solo había podido tomar un sorbo. Busqué el teléfono en el bolsillo y saqué el número de Jared, dispuesta a enviarlo cuando recordé la cara de sorpresa que había puesto cuando lo visité hoy en el trabajo.

Ni siquiera sabía a quién llamar. Bethany vendría a pegarle un puñetazo a Steven. Jared me diría que me echara atrás, que fuera con Steven para mantener la paz. Ya lo resolveríamos más tarde. No tenía a nadie.

Me imaginaba la alegría de Vicki cuando Steven le contó la discusión. Últimamente parecía ser su mascota, al menos por lo que pude ver.

No, estaba sola con mi tristeza, hecha un ovillo como una niña, deseando que mi padre estuviera aquí para consolarme y aconsejarme. Las lágrimas corrían por mis mejillas y no me molesté en secármelas. La reacción de Steven había sido mucho peor de lo que imaginaba.

JARED

Después del día que había tenido, lo único que quería era servirme una copa y quedarme dormido mirando la tele. Llevaba dos copas, llenando el vaso por tercera vez, cuando alguien llamó a mi puerta. Casi lo ignoré, pensando que era Steven, que venía a reñirme otra vez. Una parte de mí deseaba que lo hiciera, que se pasara por mi casa y se enzarzara. Tenía ganas de ponerlo en su sitio por haber maltratado tanto a Silvie.

Pero aparté ese pensamiento cuando miré por la mirilla y vi a Silvie de pie ante la puerta de mi apartamento. Tenía la cara roja y manchada de llorar y una bolsa en la mano.

Abrí la puerta de un tirón y ella entró, enterrándose en mi pecho y apretándome con fuerza. Su cuerpo temblaba de sollozos, así que la sostuve un momento en la puerta abierta hasta que se calmó.

«Eh, no pasa nada. Todo va a salir bien». Le alisé la melena morena por la espalda y le besé la parte superior de la cabeza. La ira me recorrió el cuerpo. ¿Qué clase de animal era Steven, que hacía que su propia hermana se sintiera así de angustiada?

Cuando conseguí que Silvie se calmara lo suficiente como para poder despegar sus brazos de mi torso, cogí la bolsa que se le había caído cuando casi me abordó y tiré de ella hacia el pasillo, cerrando la puerta.

«Steven... él....». Unas lágrimas y una respiración agitada interrumpieron su discurso. La cogí de la mano y la guié hasta la cocina, sacándole una silla para que se sentara en la barra de la isla. Se sentó resoplando y secándose la cara con una manga, y yo llené un vaso de agua y se lo entregué.

«Vale, intenta respirar hondo y de forma uniforme. Estoy aquí y vamos a solucionar esto».

Me preparé para lo peor. Si Steven la había amenazado, iría a su casa y le daría un coscorrón, y probablemente también un puñetazo. La bolsa que llevaba indicaba que no dormiría en casa, al menos por esta noche.

«Steven va a trasladar a mamá a Chicago. Venderá nuestra casa familiar y se mudará sin mí». Se derramaron lágrimas frescas, el dolor de sus ojos era tan penetrante que sentí que se me apretaba el pecho.

«¿Qué? ¿Lo dice en serio?». Me senté a su lado y le puse una mano en la rodilla. «También es tu casa».

Silvie se inclinó hacia delante, hacia mis brazos, y yo la sostuve, aunque torpemente, hasta que se deslizó sobre mi regazo. Se sentía tan frágil entre mis brazos, con el cuerpo tembloroso por los sollozos. Springfield había sido su hogar toda la vida. Silvie no era como Steven ni como yo. Los dos queríamos ver mundo, explorar, viajar, vivir en lugares exóticos.

Silvie era hogareña. Le encantaba todo lo que tenía que ver con Springfield, y yo no la veía mudándose y siendo feliz a largo plazo. Ella pertenecía a aquí.

«Dijo que había metido a mamá en un juicio y que se la llevaba. Estaba muy enfadado. Ni siquiera podía decir tu nombre».

Le acomodé un poco el pelo detrás de la oreja y la obligué a beber un sorbo de agua. Ella respondió, sorbió y luego dejó el agua sobre la mesa.

«¿Qué voy a hacer?», preguntó, volviéndose hacia mí con expresión seria. Sus ojos seguían brillando de emoción. No tenía ni idea de qué decirle. Steven siempre había sido testarudo, pero esto era un nuevo nivel de estupidez.

La piel de su mejilla se humedeció bajo mi palma mientras le secaba una lágrima con el pulgar. Había visto a Silvie pasar por muchas cosas. Cuántas veces la había visto llorar... Pero nunca había estado en posición de ser yo quien la consolara, no así. Cuando se rompió el brazo, le firmé la escayola con una cara sonriente. Cuando se le rompió el corazón por aquel bromista del instituto, escuché su historia, aunque Steven me dijo que era una reina del drama.

Cuando rechacé su invitación al baile de graduación unos años más tarde, quise volver atrás, arreglarlo. Pero incluso entonces, Steven se había esforzado por mantenernos separados. Ahora por fin estaba captando la pista de que Steven en realidad se sentía inseguro de sus propios defectos de carácter y no quería que Silvie lo delatara. Había evitado que fuéramos siquiera amigos, probablemente por esa misma razón.

Silvie apoyó la frente en la mía y suspiró. Me dolía el corazón verla sufrir. Le acaricié la nariz, rozando la suya con la mía. Y ella acercó sus labios a los míos, besándome suavemente. Separé los labios y mi lengua recorrió su labio inferior. Dudó un momento, así que esperé pacientemente. No la presionaría si no estaba dispuesta.

Me agarró el hombro con fuerza y se inclinó hacia mí, profundizando el beso y pasando su lengua por la mía. La forma en que golpeaba mi ingle con la cadera me hizo enderezarme un poco, atrayéndola con más fuerza contra mi polla hinchada.

«¿Estás segura?». Mis palabras eran calientes contra su boca ansiosa. Asintió con la cabeza, moqueando y dejando que sus besos se deslizaran hasta el lóbulo de mi oreja. Lo mordió, respirándome en la oreja. Se me puso la carne de gallina.

Agarrándola por el culo, me empujé contra su beso, sumergiéndome en el exótico sabor de piña y brillo labial cítrico. Silvie me enredó los dedos en el pelo y luego se soltó, con las manos hambrientas buscando mi cuerpo. Cuando intentó ponerse de pie y sentarse a horcajadas sobre mí, me negué.

«Así no. Lo hacemos siempre en mi despacho. Quiero disfrutar de ti». Me levanté para ir a su encuentro y la cogí en brazos, dirigiéndome a mi dormitorio.

Las luces estaban apagadas - mejor así - y avancé a trompicones por la oscuridad hasta la cama, donde el suave resplandor de la farola exterior me ofrecía justo la vista que buscaba. Sus ojos almendrados me miraron fijamente mientras me desabrochaba el cinturón y me quitaba los vaqueros. Ella siguió mis movimientos, se quitó los pantalones cortos y se quitó la camisa por encima de la cabeza. La curva de sus pechos atrajo mi boca hacia ellos, y me subí encima de ella, ansioso por hundir los dientes en su carne.

Silvie se desabrochó el sujetador y quedó al descubierto, y yo me aferré a un pezón, pellizcándolo suavemente entre los dientes. Un suave jadeo salió de su boca: placer y dolor. Apoyé la rodilla entre sus piernas y noté la humedad que ya se acumulaba en sus bragas.

«Joder, Jared... te quiero».

Silvie me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia arriba, y yo se lo permití, encontrándome de nuevo con su boca. Con mi peso inmovilizándola, se retorció hasta que sus piernas quedaron libres, enroscándolas alrededor de mi cintura. Mi polla sentía el calor de su coño esperando ser reclamado.

Pero no así.

«¿Quieres que te folle?».

Su boca estaba tan ávida de mis besos que apenas respondió. Su gemido de deseo salió débil y frágil.

«Respóndeme... ¿Quieres que te folle?». Apreté mi polla contra su cuerpo, frotando su clítoris. La sentí estremecerse debajo de mí, y su espalda se arqueó para encontrarse con mi cuerpo.

«Mmmm, por favor...». Los dedos de Silvie me arañaron la espalda, clavándose en mi piel.

«¿Te portás bien?».Esperé su respuesta, pero se limitó a asentir. «Dime que eres una buena chica. Dime que quieres que te folle». Mi voz era un gruñido grave. Mi polla necesitaba estar dentro de ella, necesitaba liberarse.

«Dios, Jared. ¿Qué te pasa?». Levantó las caderas y apretó los muslos contra los míos.

No es que no la hubiera expuesto a lo hambriento que podía llegar a ser como amante, es que aún no habíamos tenido intimidad para que yo fuera tan explícito. Esta vez dejé que mi animal interior saliera, que se aprovechara de ella y, joder, quería que lo sintiera al día siguiente.

«Dime que eres una buena chica y que quieres que te folle».

Me cerní sobre ella, mirándola fijamente a los ojos. Ella sonrió con satisfacción, captando mi conversación erótica. Como si ella fuera el guante y yo la mano, sus ojos se entrecerraron y se lamió el labio superior.

«Soy una chica muy buena, y me encantaría que me follaras ahora». Algo dentro de mí ardía ante la sola idea de deslizarme dentro de ella. Mi cuerpo sintió pequeñas sacudidas de excitación en cada célula, como si me pulsaran todos los botones a la vez.

Me levanté, obligándola a darse la vuelta, y le bajé las bragas de un tirón. Chilló, sorprendida por mis movimientos, pero antes de que pudiera protestar, yo estaba allí, empujando dentro de ella.

Mi polla se deslizó dentro, y su calor y humedad me dieron la bienvenida. Gimió contra el edredón y vi cómo lo agarraba con fuerza. Se sentía increíble, con su coño apretándose a mi alrededor.

«Dios...». No podía saciarme. El cabecero golpeó contra la pared y sus gemidos se hicieron más fuertes, pero yo me contuve. Tenía una mano bajo el cuerpo, presumiblemente tocándose mientras la follaba, lo que me excitó aún más. Quería que se corriera.

«Tienes que correrte para mí». Empujé lentamente y retrocedí, sintiendo cómo sus fuertes músculos abrazaban mi polla. Cada golpe de mi pene hacía que su coño se tensara más.

«Mierda, Jared... Fóllame».

Su respiración se volvió más errática y supe que estaba a punto, pero joder si la forma en que su culo rebotaba a la luz de la luna no exigía mi atención. Le palpé una nalga, apretándola, y la separé para poder ver cómo se deslizaba mi polla en su interior. Sus gemidos subieron de intensidad.

«Eres jodidamente perfecta». Su cuerpo lo era. Y yo quería cada centímetro para mí. Saqué la polla, cubierta de su jugo, y la empujé contra su culo.

«Mierda, Jared...». Susurró mientras yo me acercaba, apretándome contra ella.

No sabía si ella lo había hecho alguna vez, pero no me importó, ni me paré a preguntar. Forcé mis caderas hacia delante, hundiendo mi polla en su culo. Ella chilló, golpeando la cama con el puño, y luego gimió.

Empujé con fuerza y rapidez, sintiendo cómo la cama se sacudía debajo de mí y ella empujaba contra mí. Pronto sus gruñidos se convirtieron en gemidos de placer, que a su vez fueron casi gritos. Su cuerpo se convulsionó debajo de mí y su culo me apretaba mientras la penetraba. Aguanté, tratando de mantener el ritmo, pero los ruidos que hacía me llevaron al límite.

Me corrí con fuerza. Me doblé sobre ella, mordiéndole la parte posterior del hombro para contener mis propios gemidos. Su culo estrecho era increíble. Podía sentir cada espasmo de su orgasmo en mi polla, y debajo de mí mientras la agobiaba.

Cuando se calmó, la saqué y rodé hacia un lado, llevándomela conmigo. La sostuve allí - en cuchara - y escuché cómo su respiración volvía a la normalidad. Se sentía bien en mis brazos, como si perteneciera a ese lugar. No podía imaginarla en ningún otro sitio.

«Sil, quiero que vengas a vivir conmigo. Si Steven va a ser un gilipollas y va a vender tu casa, yo voy a cuidar de ti». Le tiré del pelo por detrás de la espalda, y ella se volvió y me miró, con los ojos aún hinchados.

«¿Me juras que las cosas que Steven dijo de ti no son ciertas?». Me miró a la cara en la oscuridad. Era difícil saber exactamente lo que estaba pensando. Quise encender la luz para poder leerla mejor, pero no quería interrumpir el momento de tranquilidad que estábamos viviendo.

«Cariño, ya lo hemos hablado. Steven estaba muy equivocado».

A pesar de mi intento de tranquilizarla, sentí que se estaba alejando. No físicamente, sino en un

sentido más figurado. Me pregunté si las palabras de Steven habían hecho el daño que él esperaba, si ella pensaba irse con él.

«Creo que me quedaré con Bethany, si te parece bien. No estoy preparada para esto...». Silvie se giró hacia un lado, alejándose de mí, pero en lugar de disgustarme por su rechazo, me limité a abrazarla.

No podía dormir, así que me quedé despierto escuchando su suave respiración y preguntándome si acababa de perderla porque su hermano había jugado con ventaja.

Ella nunca sería capaz de vivir sin su madre.

SILVIE

Me saqué el termómetro de la boca cuando el pitido me indicó que había terminado de registrar mi temperatura. No me sorprendió ver que la lectura era normal: no estaba resfriada ni tenía fiebre. Se trataba simplemente de mi estómago. Llevaba dos días sin poder tragar nada. Y con Madre Bethany siguiéndome por su casa esta última semana, tenía un recordatorio constante de que mi verdadera madre no estaba allí. Ella estaba en Chicago, probablemente instalándose en su nueva casa con Steven.

No había llamado ni respondido a ninguno de mis mensajes, y yo le había dejado muchos. El teléfono de mamá se había apagado, casi como si Steven me estuviera desconectando. Eso parecía. Mi decisión de quedarme en Springfield se debía en gran parte a que mi vida estaba aquí, mi trabajo, mis amigos. Pero estaba segura de que Steven únicamente lo veía como la forma de mantenerme más cerca de Jared. Ni siquiera intentó comprender por qué no podía irme a Chicago con ellos.

Mi reflejo en el espejo reveló ojeras bajo mis ojos. Llevaba toda la semana tapándomelas con maquillaje, pero sabía que Jared seguía notando que no dormía bien. El miércoles me quedé dormida en el sofá de su despacho durante la comida. No tenía hambre y cerré los ojos un segundo. Lo siguiente que supe fue que Jared me sacudía para despertarme diciendo que era la hora de nuestra reunión de departamento.

Vicki me había hecho sentir como una niña de parvulario que tiene un mal día, burlándose de mí por las líneas de sueño en un lado de la cara cuando Jared abandonó la reunión para atender una llamada urgente de su abogado. Era todo lo que podía hacer para no llorar.

«Toc toc...». Bethany asomó la cabeza en el baño y me ofreció su compasión. «¿Has vuelto a vomitar?».

Asentí con la cabeza. «Parece que no puedo retener nada. Mamá siempre tenía una receta para estas cosas. Siempre me cuidaba, ¿sabes?».

Dejé el termómetro sobre la encimera y seguí a Bethany mientras salía del baño y se dirigía por el pasillo a la cocina. El olor a beicon y huevos normalmente me hacía la boca agua. Esta vez me hizo correr hacia el cubo de la basura, donde pasé unos minutos vomitando en seco, con el estómago demasiado vacío para ofrecerme siquiera ácidos estomacales.

Bethany me sujetó el pelo y chasqueó la lengua en señal de simpatía. «¿Tenías fiebre?».

Nunca me alegré tanto de tener una amiga que no fuera una gérmica. Negué con la cabeza y me quedé suspendida sobre la papelera mientras ella me sujetaba el pelo con una goma y me hacía un moño con los mechones sueltos. Se alejó y, cuando volvió, me puso toallitas de papel en la mano.

«Toma...».

Agradecida por no tener que volver a probar el acre sabor de la bilis estomacal, me limpié la cara y tiré las toallitas. Luego me hundí en un taburete y me tumbé sobre la barra, apoyando la frente en los brazos cruzados.

«Dios, es la peor gripe que te he visto, Sil». Un vaso de agua apareció como por arte de magia a mi lado, gracias a Madre Bethany. Pero incluso el frescor del agua me revolvió el estómago.

«No creo que sea gripe, Beth. Tengo mucha ansiedad y otras cosas desde que Steven se fue con mamá. No contesta a mis llamadas ni a mis mensajes. El teléfono de mamá está apagado. Tiene que estar preocupada por mí». Sorber agua era mejor que engullirla, y cuanto más fría estuviera, mejor. Estudié la mirada poco convencida de Bethany por encima del borde del vaso.

«No me puedo creer que ese gilipollas te haya obligado a despedirte de tu madre en plena calle». Deslizó la sartén de los huevos fuera del quemador y apagó el fuego, luego se echó la toalla al hombro mientras sacaba dos platos de la alacena. «Pero al menos te dio una llave para que los de la mudanza se llevaran el resto de tus cosas».

«Sí». Me resultaba muy difícil tener motivación para hablar de mi hermano cuando me sentía tan mal. Apiló huevos en un plato y me lo puso delante, pero lo aparté.

«No, gracias. Te digo que ahora no puedo comer». Los huevos me hacían la boca agua, pero sabía que tenía el estómago demasiado revuelto.

«Sil, tienes que comer. Quizá deberías ir al médico por lo de la ansiedad». ¿Recuerdas aquella vez, en el instituto, que te pusiste tan nerviosa por el discurso que tenías que dar? Vomitaste en los zapatos de la señora Eichenhaur». Se rio. «No te había visto tan mal desde entonces».

Me reí con ella. «Bueno, te perdiste la asignatura en la Universidad. Brisbee se burló de mí porque tuve que hacer una carrera enloquecida hacia los lavabos porque tenía que hacer una presentación. Toda la clase me esperaba, así que me sentí humillada cuando volví a entrar».

Bethany volvió a poner el plato delante de mí con expresión severa. «Come».

El olor a beicon me llegó a la cara y sentí que el estómago se me revolvía. Me lancé a la papelera y me preparé mientras el estómago se me revolvía de nuevo. Al menos esta vez ya tenía el pelo recogido. Se me hizo un nudo en la tripa, me dolía la espalda de tanto inclinarme sobre la papelera o el váter aquella mañana.

«Maldita sea, chica».

Me incorporé y la fulminé con la mirada mientras se metía una loncha de beicon en la boca, masticando y hablando con la boca llena.

«¿Estás segura de que no estás embarazada? Porque esto no me parece ansiedad».

El sonido que hacía al masticar y hablar me hizo estremecer. Me pasé una mano por la cara y me eché el flequillo hacia atrás, dejando que asimilara lo que había dicho. ¿Estaba embarazada? Jared y yo habíamos mantenido relaciones sexuales sin protección muchas veces, pero yo tomaba la píldora, así que era imposible que estuviera embarazada. ¿Lo estaba?

«¿Sil?».Bethany siguió hablando con la boca llena de comida mientras el pánico empezaba a apoderarse de mí.

«Dios, Beth». Sentí que se me caía el corazón.

«Estás tomando la píldora... No puedes estar embarazada». Sacudió la cabeza con incredulidad y observé sus ojos vacíos mientras su mano seguía llenándose la boca de beicon. Por la forma en que comía, cualquiera diría que era ella la que tenía un susto de embarazo.

Saqué el móvil del bolsillo y dejé que mis pulgares recorrieran la pantalla. Leí tan rápido como mis ojos podían escudriñar la página hasta que encontré el dato devastador.

«El estrés y la ansiedad pueden reducir la eficacia de las píldoras anticonceptivas...». Me volví hacia Bethany, completamente conmocionada.

Dejó el plato y se limpió la boca con el dorso de la mano, tragando el bocado de comida. Respiró hondo y cogió mi teléfono. Si no tuviera el estómago vacío, habría vuelto a vomitar. Sentía el cuerpo como un gran montón de vómito.

«Mierda, Sil. Con el nuevo trabajo, aquella zorra de Vicki, Jared y toda esa ansiedad, y bueno, joder, casi todo lo demás en tu vida».

Me tiró el teléfono al regazo y se acercó a la encimera de la cocina, cogiendo el bolso y las llaves. «Quédate ahí. Voy a buscar una test de embarazo».

Estaba demasiado entumecida para protestar. Ni siquiera pude responder. Me quedé mirando la puerta mucho después de que se marchara, paralizada por la magnitud de lo que podía estar pasándome. ¿Querría Jared un bebé? ¿Me creería? Y mamá...

Dios, ¿cómo podría hacer esto sin mi madre?

A pesar de que me sentía tan emocionada que podría haber llorado a moco tendido, no se me saltaban las lágrimas. El pánico se apoderó de mi. No, estaba encerrada en un trance sin emociones, vacía de toda capacidad de responder a mi entorno. Y seguí así hasta que Bethany regresó casi veinte minutos después y me puso una prueba de embarazo en la mano.

«Vete... ahora».

«No tengo que hacer pis». El test venía con una imagen perfecta de una pareja feliz que era todo sonrisas: todo lo que se suponía que era bueno de tener un bebé. No incluía la cara de pánico de una mujer recién salida de la universidad que intentaba forjarse una carrera y hacer frente a grandes tensiones familiares.

«Bebe». Bethany cogió mi vaso de agua, ahora tibia, y me lo puso en la cara. Como si beber esta agua fuera a ayudarme a orinar más deprisa. Estaba tan deshidratada de tanto vomitar que me preguntaba si volvería a orinar.

Obedecí y me bebí todo el vaso, y luego otro. Bethany parecía más nerviosa que yo, pero eso se debía a que de repente me había quedado casi catatónica. Cuando me cogió por los hombros y me llevó al baño, protesté con un gemido, pero su mirada severa me hizo retroceder.

«Mea».

Me cerró la puerta en las narices y me quedé mirándola un momento. Le di la vuelta a la caja de pruebas entre las manos y la abrí de un tirón. El palito en el que tenía que mear estaba envuelto en papel de aluminio, así que también lo rompí. No quería hacerlo. Tenía esa sensación de náuseas viscerales que ocurre cuando sabes que lo que no puede ocurrir está ocurriendo de verdad. Como cuando oyes el chisporroteo del motor y tu coche empieza a frenar en el arcén de la carretera, y desearías haber parado en la última salida a repostar.

Sostuve la varilla de plástico con la punta de fieltro en la mano, deseando que el destino fuera amable conmigo. Luego me bajé los pantalones, me senté en el retrete, oriné en la varilla y salí de aquel cuarto de baño tan rápido como pude, dejando atrás la prueba incriminatoria. Bethany me llamó cuando cerré la puerta del baño, pero no quise saberlo. No quería saber nada.

Me desplomé en el sofá del salón y me acurruqué, apoyando la cabeza en un cojín. Bethany entró unos minutos después, me echó un vistazo y volvió corriendo al baño. Cuando salió, con el test en la mano, tenía el ceño más fruncido que jamás había visto.

«No me lo digas».

«Sil....». Bethany se agachó junto al sofá y yo cerré los ojos con fuerza. Sabía que estaba actuando de forma infantil. Pero no me importaba. Tenía derecho a comportarme como una niña, a tener a mi madre allí, a derrumbarme durante un minuto porque la vida ya era bastante abrumadora de por sí; no necesitaba añadir un bebé al desastre.

«Silvie Elaine».

Sentía que Bethany se cernía sobre mí, así que abrí los ojos. «¿Qué?».

«Vamos a superar esto juntas, ¿vale?».

No me lo creía, pero asentí. Ella solo intentaba echarme una mano. Me palpó la cadera y me dio unas palmaditas, y aparté su mano de mí.

«¿Qué buscas?».

«Tu teléfono. Tienes que llamar a Jared».

Me incorporé y me tapé el bolsillo. «No». Sacudiendo la cabeza, la esquivé y me dirigí de nuevo a la cocina. Necesitaba la seguridad del cubo de la basura por si acaso.

«Silvie», llamó Bethany, siguiéndome. «Tienes que decírselo».

Lo que tenía que hacer era dejar que esta noticia se asimilara primero. No podía decírselo. ¿Y qué? Que me viera sufrir una crisis. No, gracias.

«No lo entiendes. No puedo decírselo ahora. Ahora no». Sacudí la cabeza y me senté, agarrándome el pelo a puñados.

Bethany colocó el test delante de mí, sobre el mostrador. Las líneas rosas y azules acusadoras del escaparate se burlaron de mí, como si me señalaran lo estúpida que había sido al mantener relaciones sexuales sin protección. Pero se suponía que los anticonceptivos impedían que esto ocurriera.

«Esto no puede estar pasando». Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y la mano de Bethany en mi espalda. Me frotó un pequeño círculo entre los hombros y se puso a mi lado para tranquilizarme.

«Cariño, él es el padre. Tiene que saberlo».

«¡Ya lo sé!».Solté un chasquido y sabía que no debía, pero lo hice. «Lo siento...».

Me dio la vuelta y me abrazó. «No pasa nada, Sil. Lo comprendo. Así que no puedes decírselo ahora, no pasa nada. Lo haremos juntas si quieres. Pero tienes que hacerlo. Será más fácil tomar una decisión sobre qué hacer si él lo sabe».

Me aparté. «¿Qué hacer? ¿Esperaba que abortara?»

«Ya sabes... En realidad no estás en condiciones de tener un bebé. Eres una especie de sin techo».

La invitación de Jared a quedarme con él, a dejar que cuidara de mí, me obsesionaba ahora. Aquel fantasma me susurraba al oído, burlándose y mofándose de mí igual que aquel maldito examen. Me alejé de Bethany.

«Si te parece bien, me gustaría ir a tumbarme y estar sola un rato».

Bethany asintió, apartándose. Miré el examen una vez más antes de dirigirme por el pasillo a la habitación que había preparado para mí, que antes era su despacho. Me encerré dentro, me desplomé en la cama y me tapé con las sábanas hasta la barbilla. Por supuesto, tenía que contárselo a Jared, pero ¿cómo?

¿Cómo entraría en su despacho y le anunciaría que iba a tener un hijo suyo? ¿Y él aceptaría todo esto? ¿Pensaría que era como Vicki, que intentaba atraparlo en una relación con ultimátums y rumores?

Sola y sintiéndome más a salvo, dejé que mis lágrimas cayeran libremente. Necesitaba a mi madre. Necesitaba que la vida dejara de girar y que el mundo se enderezara, no que se desmoronara. Y necesitaba tiempo para pensar exactamente cómo le daría la noticia a Jared. Porque de ninguna manera iba a abortar a este bebé.

JARED

El cuello me pedía a gritos que lo relajara. Enrosqué los dedos a su alrededor y me froté, pero hiciera lo que hiciera, nunca sería lo mismo que contratar a un masajista para que me resolviera esas malditas torceduras musculares. Acababa de reclinar la cabeza para tomarme unos minutos y olvidarme del estrés cuando la puerta se abrió de golpe.

La forma en que se cerró me hizo darme cuenta de que alguien no estaba contento. Me enderecé, medio esperando que Vicki se diera cuenta de que se había quedado fuera de todo mientras esperábamos noticias del nuevo abogado sobre las condiciones de su cláusula de no competencia. Pero no era Vicki en absoluto. Era una Silvie muy enfadada, de pie ante mi mesa, con la cara más roja que un tomate.

«¿Qué coño está pasando?»

La confusión se apoderó de mí, y ella también debió de notarlo, porque me echó la bronca como lo había hecho mi padre cuando yo era pequeño.

«¿No te bastaba con dejar que Vicki empezara a correr rumores por aquí, sino que te la follabas en tu mesa?». Las lágrimas corrían por su rostro sonrosado, con los puños a los lados en señal de rabia. «¿Y me dijiste que me querías?».

«¡Vaya!».Levanté ambas manos en señal de defensa y me puse en pie, dando un paseo alrededor de mi mesa hacia ella.

«No, aléjate de mí, joder». Retrocedió, pero la cogí por el codo y la atraje contra mi cuerpo.

«¿Qué ha pasado? Cuéntame lo que has oído». Más que el deseo innato de asegurarme de que estaba bien, empecé a sentir la ira burbujeando en mis entrañas. Fuera lo que fuese lo que Vicki había hecho esta vez, había ido demasiado lejos.

Silvie permaneció en mis brazos sollozando durante unos minutos sin intentar apartarme. Lo consideré una victoria, teniendo en cuenta lo enfadada que estaba cuando cruzó la puerta de mi despacho. Si conseguía que se calmara lo suficiente como para hablar conmigo, podría llegar al fondo de lo que estaba pasando y de lo que la tenía tan alterada. Pero no quería presionarla demasiado deprisa, porque parecía demasiado sensible.

Había faltado unos días al trabajo por estar enferma, y cuando le pregunté por ello, me había respondido con: «No ha sido nada». Sabía que no estaba bien, pero no iba a presionarla para que hablara. No después del trauma por el que había pasado al perder a su padre. Que ahora le

arrancaran a su madre tenía que estar matándola.

«Oye, preciosa...». La aparté suavemente de mi pecho, en el que se había refugiado, y le enrosqué el pelo suelto detrás de la oreja. «Dime qué pasa».

«Karen...». Balbuceó, «... y yo... y Vicki dijo».

«Pues que le den a Vicki, porque no sabe una mierda. Ahora, sentémonos y hablemos de esto». La guié hasta el sofá de mi despacho y la sostuve mientras se sentaba. De todos modos, había estado un poco sensible las últimas semanas, dado el numerito que había montado Steven, pero esto parecía nuevo y diferente.

Me senté cerca de ella, con el cuerpo ladeado para mirarla, y tomé su mano entre las mías para sostenerla mientras olfateaba. Tenía la caja de pañuelos sobre la mesa, pero no me atrevía a separarme de ella.

Silvie levantó la vista hacia mí, con el labio inferior tembloroso, y dejó caer más lágrimas. «Todo el mundo lo está diciendo, Jared. Dicen que te acostaste con ella en tu mesa y que solo me utilizabas para tener sexo. Dicen que intentaba acostarme contigo para llegar a la cima».

«Eh, eh... Ahora bien, hace unas semanas circulaban esos mismos rumores, y me dijiste que no te molestaban. ¿Qué te tiene tan alterada ahora? ¿Es el asunto de tu madre?».

Me fulminó con la mirada y deseé no haber sacado ese tema. «Lo siento».

«No, es que...». Se limpió la cara con el dorso de la manga y esperé pacientemente a que hablara. «Vi cómo estabas cerca de ella la semana pasada. Como si compartierais un momento. Juraría que te vi cogiéndole la puta mano».

Se apartó de mí en el sofá, y me dolió. Que pudiera creer que algo así era posible, dada la mierda que había hecho Vicki.

«¿Por quién me tomas, Silvie?». Intenté mantener la calma, porque estaba claro que le dolía, pero estaba enfadada. «No he hecho más que defenderte, cuidarte, quererte. Incluso me ofrecí a acogerte cuando...».

«¿Así que soy simplemente tu puto cachorro perdido? Me encontraste en la calle y me llevaste a casa».

Silvie se levantó como un rayo y corrió hacia el escritorio, cogiendo la caja de pañuelos. Sacó unos cuantos y se puso a pasear, dejando caer la caja en la esquina de mi escritorio. Los minutos siguientes fueron una mezcla de sollozos, gruñidos de rabia y sonarse la nariz. Cuando me pareció que ya se había desahogado, le di una palmada en el sofá.

«Siéntate, por favor».

Me fulminó con la mirada, pero me hizo caso y se dejó caer en el extremo opuesto, lejos de mi alcance. Cuando intenté acercarme, respiró agitadamente y se me quedó mirando. Como cuando se le ponen los pelos de punta al gato, lo tomé como una advertencia de que no quería que me acercara a ella.

«Sil, Vicki no es ninguna amenaza».

Me miró fijamente y volvió a enjugarse los ojos, pero no respondió, así que me lo tomé como una oportunidad para intentar sacar ventaja en esta conversación antes de que las cosas se me fueran demasiado de las manos.

«Sí, le cogí la mano a Vicki un momento porque se disculpó por ser tan zorra. Pensé que intentaba arreglar las cosas para que pudiéramos avanzar como empresa y trabajar como profesionales. Compartió un recuerdo que teníamos de algo estúpido que había pasado, y luego se echó a llorar. Estaba muy afectada porque la dejé y...».

«¿La dejaste tú?».Los ojos de Silvie se abrieron de par en par.

«Sí... lo sé. Hay un rumor de que ella me dejó, y nunca he corregido a nadie porque no merecen conocer mi vida personal. Por eso no le he dicho a nadie de esta oficina lo mucho que te quiero. Y debería haberlo hecho. Si hubiera dado la cara por ti, acallando los rumores, nada de esto habría ocurrido. No estarías sufriendo así, y no tendrías dudas sobre mis intenciones».

Volví a acercarme, y esta vez ella no se apartó. De hecho, me deslicé por el sofá hasta que mi rodilla tocó la suya y apoyé la mano en su muslo.

«No tienes por qué creer ninguno de esos rumores, ¿vale? Sabía que estaba echando mierda por ahí, pero ni por un segundo pensé que te creerías nada de eso. He estado tan fuera de mí con el estrés por lo que Steven le está haciendo a la empresa, que he necesitado simplemente atrincherarme y trabajar. No pensé en las consecuencias emocionales para ti.

«Lo siento mucho, Sil».

Ella frunció el ceño y volvió a secarse la cara. Se deslizó sobre mi regazo y dejó que la abrazara, rodeándome el cuello con los brazos. «Te quiero. Siento haber exagerado. Pensé que... bueno, Vicki parece haber venido a otro planeta, mientras que yo...».

«Y no tienes nada de qué preocuparte. ¿De acuerdo? Ahora tú eres mi reina».

Silvie asintió y apoyó la frente en la mía. Alguien llamó a la puerta de mi despacho, pero lo ignoré. Ella era lo único que me importaba en aquel momento. La había descuidado toda la semana, como el imbécil que era. Nunca había tenido un momento en el que cualquier otra cosa en la vida fuera más importante para mí que el trabajo, pero Silvie lo era. Ahora ella era mi mundo. Lo había olvidado tras la ruptura de la empresa.

«Ahora, ¿cómo te encuentras? ¿Mejor? ¿Has ido al médico? ¿Tenías la gripe?».

Silvie se puso rígida, erizándose ante mis preguntas. «Un virus o algo así».

«¿Te han hecho análisis?».

«No». Saltó de mi regazo y se lanzó a por los pañuelos, como si estuviera evitando mi pregunta. Teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir, me alegré de que no siguiera arrancándome la cabeza. Se quedó de espaldas a mí, sonándose la nariz un par de veces. Luego miró mi agenda. «¿Debes encontrar tus padres?" Me miró con curiosidad. «Creía que no os hablabais».

«Ah, sí...». Me levanté y me reuní con ella, cogiendo el bloc de su mano. «Papá y yo no lo llevamos bien, pero mamá organiza estos encuentros, y ya sabes...».

Silvie resopló y me miró mientras dejaba el bloc sobre el escritorio. Se me encogió el corazón cuando me di cuenta de que Silvie probablemente haría cualquier cosa por volver a hablar con su padre, y también con su madre. Era un completo idiota.

«Claro...». Sus ojos, ya hinchados, parecían desolados ante la mención de mi infeliz relación con mi padre.

«Escucha, ¿por qué no vienes conmigo?». Abrazándola por detrás, continué. «Sé que no es lo mismo que en tu familia, las cenas y la algarabía. Yo soy hijo único, y aunque nunca me quisieron, creo que mamá al menos intenta que las cosas sean especiales. Y hace una tarta de crema de plátano buenísima. Te encantaría».

«Tu familia no me querrá allí». Intentó escabullirse, pero la abracé con más fuerza. Nunca se había sentido tan bien como entre mis brazos. Se relajó y volvió a olisquear, su cuerpo seguía estremeciéndose de emoción de vez en cuando después de haber llorado tanto.

«Tonterías. Tú eres parte de mi familia igual que yo soy parte de la tuya». La besé en la mejilla y empezó a girarse en mi abrazo, así que la dejé. «Y te encanta el puré de patatas, así que no hace falta decir nada más. Le pediré a mamá que prepare filete suizo, puré de patatas y salsa y maíz. Y de postre, una tarta de crema de plátano».

Silvie sonrió suavemente, acurrucando la cabeza en mi pecho. «¿Me juras que no pasa nada entre tú y Vicki?».

«Silvie, nunca te haría eso. Eres lo más precioso que me ha pasado nunca. Vicki y yo nunca tuvimos una oportunidad. Es una mujer guapa, pero no es mi tipo. Además, tengo a la mujer más sexy que existe y que me hace feliz. ¿Cómo podría volver con esa zorra?».

Su suave suspiro de satisfacción bastó para que mis hombros liberaran su tensión. «Hazme un favor».

Levantó la vista hacia mí. «¿Qué favor?».

«¿Puedes dejar los ositos de peluche en casa?

Silvie sonrió y me golpeó en el hombro. «No es justo».

Contento de ver salir su lado juguetón, volví a acercarla a mi cuerpo, sintiendo sus curvas apretándose contra mí. Me agarró de la camisa e inclinó la cabeza hacia atrás, separando ligeramente los labios. Lo tomé como una señal para besarla.

Por un momento, el tiempo se detuvo. Tener a Silvie en mis brazos, sus labios contra los míos, sus pechos apretados contra mi pecho, era lo correcto. El mundo era todo lo que yo quería que fuera. La besé hambriento, sintiendo que el deseo afloraba en mi cuerpo. Mi polla empezó a hincharse, estirando la parte delantera de mis pantalones, y deslicé la mano por su espalda hasta su culo, tirando con fuerza de ella contra mi creciente erección.

Silvie empezó a temblar. Su cuerpo se puso rígido en mi abrazo, y aunque dejó que consumiera su boca en besos, no respondía. Apreté mi pelvis contra la suya, haciéndole saber lo que me había hecho, con su pecho en mi mano. Emitió lo que empezó como un gemido, pero que rápidamente pareció transformarse en un quejido, y apartó mi mano de su pecho.

«¿Qué pasa?».La aparté con la boca, pero la aferré a mí mientras la miraba a los ojos.

Se habían llenado de lágrimas frescas y me miraba con miedo. «Tengo que irme a casa. No me encuentro bien».

Silvie se apartó de mí y corrió hacia la puerta. «Sil...». La perseguí y alcancé la puerta antes de que la cerrara de golpe, ya que se había escapado al pasillo. «¡Silvie!».

Llamé tras ella, varias cabezas se volvieron en mi dirección desde el despacho exterior mientras Silvie se acercaba al ascensor. Me atormenté pensando qué podía haber hecho para que reaccionara así. Habíamos practicado sexo en mi despacho más de una docena de veces. ¿Pero tal vez fue el rumor sobre Vicki?

Miré en dirección al despacho de Vicki mientras retrocedía hacia el mío y cerraba la puerta. Nadie más tenía que ver cómo Silvie me ponía dura la polla. Cerré la puerta con llave y las persianas para que nadie pudiera verme, y me desplomé en el sofá, mentalmente agotado. Los últimos quince minutos habían sido una montaña rusa.

Puede que Steven no tuviera razón al decir que Silvie seguía obsesionada con la muerte de su padre, pero lo que estaba claro era que le estaba costando mucho perder a su madre. Si yo hubiera tenido algo que ver, habría dejado a Steven tirado sobre el cemento por ser tan imbécil. Pero tenía las manos atadas. Y estaba seguro de que Silvie solo se enfadaría conmigo por continuar con la escisión.

Lo que necesitaba ahora era que la consolara, no que la presionara. Y entonces caí en la cuenta de que tal vez por eso había salido corriendo. Vino en busca de consuelo y yo saqué el tema del sexo. Podría haberme dado una bofetada.

Metí la mano en el bolsillo y escribí un mensaje de texto.

Jared 3:15PM: *Lo siento Sil, no pretendía ser un capullo. Te recojo a las 17:15 para cenar. Ponte algo bonito.*

Le di a enviar y me apoyé el teléfono en el pecho mientras cerraba los ojos, deseando que se me pasara el dolor de cabeza.

SILVIE

No es que la comida no estuviera deliciosa, es que... Simplemente había perdido el apetito. En cuanto la señora Klinger mencionó a Jared cuando era un niño, sus travesuras, la forma en que Steven y él se metían en líos juntos, sentí el aplastante peso de la tristeza en el pecho. Intenté mantener una sonrisa forzada mientras relatábamos los recuerdos, pero Jared me estudiaba y me lanzaba miradas furtivas. Sin duda se daba cuenta de que me molestaba.

Dos veces intentó cambiar de tema, pero su madre no cedía. Quizá las historias de la infancia eran las únicas que tenía que contar, ya que Jared no se llevaba bien con su padre. El Sr. Klinger dijo poco. Con el plato casi limpio, cogió el cuenco de puré de patatas y se sirvió una buena ración para rellenarlo. De vez en cuando me miraba, pero casi nunca decía nada.

La madre de Jared divagaba sobre la vez que Jared estrelló el todoterreno de Steven, y me di cuenta de que no habían cambiado muchas cosas en la casa desde la infancia. El mismo papel pintado de flores, la misma alfombra bereber, incluso el mismo juego de comedor. Pero me llamó la atención una novedad: la cabeza de un ciervo taxidermizado colocada sobre la chimenea. El Sr. Klinger debía de estar orgulloso de aquella presa para exhibirla tan abiertamente, pero Jared nunca me había dicho que fuera cazador. De hecho, no me había dicho gran cosa.

Utilicé el tenedor para apartar el montón de puré de patatas del filete suizo, luego cogí unos granos de maíz del revoltijo y los aparté también. No me di cuenta de que la madre de Jared se había levantado hasta que me dio un codazo. La habitación estaba en silencio, su padre estaba ocupado comiendo.

Jared me miró con preocupación, pero yo me encogí de hombros. No sabía qué decir. "Oye, ¿mi hermano obligó a mi madre a mudarse a cientos de kilómetros y yo estoy sola?". Pero, ¿por qué? ¿Para que se compadecieran de mí? La lástima era algo que no necesitaba.

«Voy a ayudar a tu madre». Cuando el Sr. Klinger se levantó, las patas de la silla se deslizaron por el suelo, haciendo ruidos de desgarro. Me pareció extraño que alguien tuviera moqueta en el comedor, pero algunas personas eran así.

Jared le vio marcharse. Pude ver en sus ojos una expresión de frustración, como la de un niño que quisiera que su padre se preocupara, pero sé que hacía tiempo que había perdido la esperanza de que eso ocurriera. Sin embargo, cuando se volvió hacia mí, vi que volvía a preocuparse.

«¿Estás bien? No estás comiendo nada».

Suspirando, le dije: «Es que no me encuentro bien». Era la verdad. No solo había perdido el apetito, sino que las malditas náuseas matutinas me impedían siquiera querer comer. Lo primero que hacía por la mañana era vomitar. Estaba bastante segura de que incluso había perdido uno o dos kilos de tanto votar.

Y Jared no tenía ni idea de lo doloroso que era verle interactuar con su familia, aunque no se hablaran. Él tenía un padre.

«Lo siento. Supongo que no me di cuenta de lo duro que debe de ser esto para ti. Pensé que estar cerca de la familia podría ayudarte».

Me encogí de hombros, incapaz de encontrar una respuesta adecuada. No era culpa suya y me negaba a permitir que las hirientes decisiones de Steven influyeran en mi relación con Jared. No después de haber esperado tanto para tenerlo por fin.

Solo para contentar a Jared, comí un poco y forcé una sonrisa, asintiendo con fingido deleite a las patatas frías. Él frunció los labios. No estaba convencido, pero me salvé cuando su madre volvió a entrar con una bandeja de postres. Su padre la seguía de cerca, con los platos de los dulces en la mano.

«Ahora, solo porque has venido, he hecho mi tarta especial de canela con glaseado de arce, y para ti, Jared, he hecho tarta de crema de plátano. Te encanta». Puso la bandeja delante de nosotros y el Sr. Klinger dejó los platos.

«Mamá, tiene una pinta riquísima, como siempre... Sil, ¿quieres un trozo?». Jared no esperó mi respuesta, cogió un trozo del pastel y lo colocó en un plato de postre, poniéndolo junto a mi cena que apenas había tocado. Tuve que admitir que tenía un aspecto delicioso.

«Oh, querida. Apenas has comido. Si hubiera sabido que no te gustaba el filete suizo habría preparado algo diferente. Es el favorito de Jared. El de mi marido también». La señora Klinger sonrió mientras servía un trozo de tarta en otro plato y se lo pasaba a su marido, que se sentó con el tenedor en la mano listo para devorar el dulce.

«Está muy bien. Últimamente he estado un poco desanimada. Con la mudanza de mamá y Steven a Chicago, he acusado su pérdida y me he sentido un poco sola». Las lágrimas me quemaron los ojos, pero las disimulé. Mis emociones eran más difíciles de manejar de lo normal, y lo achaqué a las hormonas. Bethany dijo que su hermana sufría horribles cambios de humor, así que recé a quien estuviera escuchando para que no me ocurriera a mí. Aun así, lloraba por las cosas más estúpidas.

«Sí, seguro que es difícil. Bueno, para mí eres como de la familia, Silvie Brooks. Así que ven aquí cada vez que necesites un abrazo de madre, ¿entendido?». La señora Klinger sonrió suavemente mientras ofrecía un plato con una porción de tarta a Jared. Él lo cogió feliz, relamiéndose los labios.

«Vaya, mamá. Esto tiene mejor pinta que de costumbre». Jared hundió el tenedor en el cremoso postre y le dio un enorme mordisco, dejando un rastro de nata montada en el labio superior a modo de bigote.

Me reí entre dientes y él me miró enarcando las cejas. «¿Qué? ¿Nunca has visto a un tío disfrutar de la deliciosa cocina de su madre?».

La Sra. Klinger se unió a mí en la risa. Sentí que toda la habitación pesaba un millón de kilos menos. «Gracias, Sra. Klinger. Agradezco la oferta».

Sonrió, se sirvió un trozo de tarta y volvió a sentarse. «Llámame Betty, ¿vale?».

Era agradable estar aquí con Jared. Sus padres no eran tan intimidantes como pensaba. Jared había descrito a su padre como demasiado insensible o frío, pero parecía amigable a pesar de no haber hablado en toda la noche. Me sorprendí cuando dejó el plato sobre la mesa, con el tenedor repiqueteando, y se frotó la barriga.

«Delicioso, Betty. Tenemos que invitar más a Silvie. Entonces harás mi postre favorito más a menudo».

Betty giró la cabeza y puso los ojos en blanco. «¿Una vez a la semana no es suficiente?».

El Sr. Klinger sonrió e hizo un gesto para que le pasaran el plato de tarta. La Sra. Klinger sonrió y le entregó el plato. Era la mayor interacción que habíamos visto de él en toda la noche, y Jared parecía estupefacto.

«Sr. Klinger, Jared me ha dicho que le gusta cazar». Quería sentirme normal, como si no fuera una forastera solitaria que deseaba que su familia fuera un poco más feliz. Por supuesto, Jared no me lo había dicho; lo había deducido del soporte de pared.

«¡Ah, sí!».El Sr. Klinger miró su cabeza de ciervo. «Lo abatí cerca de los Grandes Lagos, en Wisconsin, el otoño pasado. Es una belleza».

Mi única pregunta fue bastante pare que el padre de Jared nunca se calló después de aquello. Contó una historia tras otra de sus salidas de caza con sus amigos. Hizo algunas declaraciones muy bruscas sobre que Jared nunca se uniría a él, pero Jared se comportó como si estuviera tranquilo. Le sorprendí sonriéndome más de una vez.

En dos ocasiones, el padre de Jared compartió un recuerdo de mi padre, historias de ir a pescar al lago Michigan con los chicos. Jared nunca fue pescador, pero a papá y a Steven les encantaba. Cuando murió papá, el Sr. Klinger perdió, al parecer, a su compañero de pesca. Se me saltaron las lágrimas, que se secaron rápidamente con un pañuelo de papel y otro trozo del pastel de Betty.

Al final de la noche, mientras Jared y yo salíamos hacia su coche, deslizó la mano por la parte baja de mi espalda y me guió.

«Les gustas mucho, Sil». Abrió la puerta de su coche, pero en vez de subir, me apoyé en ella y Jared se inclinó sobre mí.

«¿Qué te hace pensar eso?».No sabía si alegrarme de que la noche hubiera terminado y pudiera irme a casa a enfurruñarme sola, o agradecer que hubiera ido bien. Era casi una tortura intentar mitigar mis emociones y ansiedades. Cuando la madre de Jared mencionó que él le daría nietos antes de cumplir los 80, casi me atraganto con la tarta.

Puede que Jared pensara simplemente que me sentía avergonzada o intimidada por su prepotencia. No tenía ni idea de lo que pasaba por mi cabeza... o por mi barriga.

«Bueno, para empezar, mi madre te adora desde siempre. Lleva mucho tiempo esperando que

traiga a casa a una 'chica agradable'».

«Ah, ¿y crees que yo soy solamente una chica agradable?». Intenté mantener el tono juguetón y el humor ligero, pero todo en mi interior gritaba que le contara a Jared lo del bebé. Aun así, tenía que asegurarme de que era el momento adecuado. Estaba muy estresado por el trabajo, y lo último que quería era arruinar la única buena noche que había pasado con su padre cargándolo de estrés.

«No, sé que tu eres .... pero, mira, papá se animó como si fuera Navidad. No hablaba tanto desde que tu padre...». Jared se detuvo en seco, al darse cuenta de lo que estaba diciendo. «Lo siento, Sil. Yo no...».

«No tienes que andar de puntillas conmigo. Fue hace años. Sí, echo de menos a mi padre todos los días, pero que la gente no hable de él no hace que sea menos doloroso. De hecho, lo hace más doloroso, como si nunca hubiera existido en sus recuerdos. Siento haber llorado cuando tu padre contó esas historias. Me alegré de que papá tuviera tanto impacto en otras vidas». Extendí la mano sobre su pecho, sintiendo el ruido sordo de los latidos de su corazón contra mi palma.

«Sé que tu padre y el mío estaban unidos. Sé que le afectó. No puedo entrar en todos los detalles de lo que pasó y por qué mi padre y yo estamos enfrentados, pero esta noche me has dado el regalo de algo que no había tenido en casi una década, así que gracias». Jared se echó hacia abajo y me besó suavemente.

Al igual que antes en su despacho, sentí que mi cuerpo empezaba a responderle. A medida que su beso se hacía más profundo, su piel me rozaba los labios y la barbilla, me sentí atraída hacia él. Se me aceleró el pulso y mi ingle empezó a tensarse. Y entonces mi corazón se detuvo, haciendo que mis hombros se tensaran y mi cuerpo se pusiera rígido. Me deseaba. Sentía su polla presionando la parte superior de mi muslo. Pero yo quería huir.

Por cualquier motivo, sentía la necesidad de huir.

«Jared», dije, apretándole el pecho. Me besó con más fuerza, apretando la pelvis contra mí. Entendí lo que quería decir, así que traté de hacerle feliz continuando, pero no pude. Mi pecho se llenó de emoción. Estaba embarazada de él y no podía decírselo ahora.

«Jared, por favor...». Volví a empujar y él aflojó, con la frente a escasos centímetros de la mía.

«¿He hecho algo mal?».Me miró a la cara e intenté ocultar todo rastro de ansiedad, pero se me daban fatal las caras de póquer. «Hice... ¿Qué hice? ¿Fue lo que dije? Silvie, lo siento. Te juro que no pasa nada entre Vicki y yo. Te comportaste así también esta tarde, en mi despacho. Yo solo...».

«No eres tú, Jared. Soy yo. Estoy pasando por algo ahora mismo y no sé cómo...».

Me corté antes de que mi boca pudiera desobedecer a mi corazón. Jared aún no podía saber lo del bebé. Estaría estresado, ocupado, abrumado por ello. Tenía que pensar en Vortex, no en mí. Tenía que centrarse en recuperar la empresa y ocuparse de Steven.

Jared me dirigió una mirada comprensiva. «Lo entiendo. Tu madre... Si quieres, le diré a mi abogado que busque la nueva dirección de Steven y te llevaré yo mismo esta noche. Necesitas a tu madre».

Suspiré y le ofrecí una sonrisa cansada. Al menos comprendía parte de mis emociones.

«No pasa nada. Estoy segura de que Steven se negaría a dejarnos entrar de todos modos, sobre todo porque, para empezar, tú eres la razón por la que se comporta como un imbécil. Seguro que en algún momento se le pasará y se calmará. Es difícil pasar por algo que te cambia la vida cuando tu madre no está ahí para ayudarte».

Me mordí la lengua al darme cuenta de lo que casi se me había escapado.

«¿Que te cambia la vida?».Jared sonrió y volvió a empujar su polla erecta contra mi muslo, contoneándose hasta que la encajó entre mis piernas. «¿Crees que yo soy un cambio en tu vida?».

Quería decir que sí, pero él no lo entendía. Llevar esta carga sola era imposible. Estaba tan agradecida de tener a Bethany.

«¿Puedes llevarme a casa ahora?».

Jared frunció el ceño y se apartó, besándome ligeramente en la frente antes de sentarme en el coche. Durante todo el trayecto de vuelta a casa de Bethany tuve la paranoia de que me preguntara si me pasaba algo, pero mi desvío hacia la ausencia de mi madre había funcionado. Tenía un chivo expiatorio sobre el que descargar todo aquel comportamiento irracional, aunque tuviera parte de culpa.

Jared me acompañó hasta la puerta de Bethany y ni siquiera le di un beso de buenas noches. No confiaba en mi cuerpo. Si hacíamos el amor cuando estaba tan frágil emocionalmente, me derrumbaría y se lo diría. Lo sabía.

Así que entré en casa y cerré la puerta. Le oí un momento al otro lado de la puerta, como si se hubiera apoyado en ella igual que yo. Lo oí cuando bajó los escalones arrastrando los pies, y me asomé a la ventana para verlo desaparecer calle abajo mientras se alejaba, llevándose mi corazón con él.

¿Cómo iba a decírselo?

JARED

Aunque hubiera podido romper el teléfono en pedazos, no habría aliviado la rabia que me recorría el cuerpo. Me palpitaban las sienes y sentía las venas del cuello a punto de estallar. Burkner me estaba dando pocas esperanzas de que mi empresa pudiera salvarse, a menos que Vicki empezara a portarse bien.

«Entonces, ¿estás diciendo que ella puede coger toda esta información confidencial e irse con todo? ¿Porque Steven la contrató a ella y no a mí?».Probablemente mi teléfono se estaba doblando por la mitad, de tan fuerte que lo agarraba.

«Bueno, puede que aún haya una salida, Sr. Klinger. Tenemos que examinar la cláusula de no competencia de su contrato. He consultado a su abogado antes de la separación, y me ha ofrecido la información legal que necesitamos para seguir adelante; simplemente aún no he tenido un segundo libre para sumergirme en esos detalles.»

«Si el contrato de la Sra. Peters dice lo que yo creo, y la despides antes de que finalice la escisión, no podrá trabajar para ninguna de las dos empresas».

La línea quedó en silencio. Intenté comprender lo que decía, pero mi enfado me impedía concentrarme.

«¿Puedes explicármelo otra vez? ¿Como si tuviera diez años?».Me llevé los dedos a la sien y apreté.

«El Sr. Brooks le dejó el 50% de la empresa, como exigía la ley. No fue una lucha difícil, así que aún debe respetarte en algunos aspectos. En cuanto a la información sobre los clientes, por ahora hemos presentado una moción de supresión porque a la señorita Peters le han ofrecido un puesto en el nuevo bufete. Lo que ocurre ahora es que Vortex no puede apartarse legalmente de usted tal y como está».

«El Sr. Brooks debe cerrar la LLC y presentar nuevos estatutos, igual que usted. Conservará la propiedad de tu 50%, y él se quedará con la suya. El problema es que la Sra. Peters también tiene acceso a la información de los dos. Está contratada por Vortex LLC, que pronto dejará de existir tal cual. El Sr. Brooks cerrará esta filial y la volverá a registrar de nuevo. A corto plazo, esto le da tiempo para actuar».

«Si la despides ahora, no podrá obtener empleo legalmente en ninguna otra empresa de marketing ni compartir esta información sobre clientes con nadie durante un periodo de 18

meses. Si consigues que se registren los estatutos de Flenex, suponiendo que ese sea el nombre que vas a elegir, antes de que el Sr. Brooks reorganice Vortex, podrás bloquear aquí la información de esos clientes».

«Y si despides a la Srta. Peters, ella no podrá trabajar para ninguna de las dos empresas, porque ambas son empresas nuevas».

Suspiré aliviado, agradecida de tener a un tiburón como Burkner en mi caso. «¿Y estás seguro de esto? ¿Cuándo puedes tener listos los artículos?».

«Puedo enviártelos por fax hoy mismo, y estoy seguro en un 90%. De nuevo, tengo que comprobar la cláusula de no competencia para asegurarme de que está redactada correctamente».

«¿Y qué pasa con la moción de supresión? ¿La concederá el juez para que Vicki no pueda revelar nuestra información?».

Solo podía pensar en que debería haberla despedido hace años. El problema era que, si Steven volvía a contratarla antes de la separación, estaría legalmente contratada por él bajo el paraguas de la empresa actual, y tendría acceso a toda la información confidencial de todos nuestros clientes.

«Recemos para que se apruebe hoy. En cuanto sepa algo, llamaré».

La puerta se abrió de golpe y entró Silvie. Llevaba dos tazas de café y mostraba una expresión seria. Frustrado por la situación, intenté ignorar su mirada expectante mientras cogía el café y le daba las gracias con un gesto. Bebí un trago que me quemó la lengua y escupí el amargo líquido sobre la alfombra.

Haciendo una mueca de dolor en la boca, cogí un pañuelo para secarme la boca y la corbata mientras Burkner seguía dándome datos sobre las cláusulas de no competencia y lo que Vicki podía y no podía hacer. No me preocupaba ninguno de mis otros empleados. Ninguno de ellos era tan hipócrita o conspirador como Vicki, y ninguno tenía acceso a la información como ella.

Silvie parecía apenada mientras se hundía en el sofá al otro lado de la habitación, pero no me jodía ni siquiera intentar consolarla ahora mismo. Tenía que concentrarme, y este dolor de cabeza lo estaba haciendo imposible. Volví a frotarme la sien, pidiendo una vez más a Burkner que me explicara algo diferente. Los ojos de Silvie se clavaron en mí. Sentía que me miraba fijamente.

«Sí, vale. Ahora mismo tengo que ocuparme de otras cosas, pero haré que Karen te remita hoy mismo una nueva copia de ese contrato. Si tenemos que esperar a que se presenten los artículos para intentarlo, los quiero esta tarde. No puedo permitirme que se salga con la suya. Casi hemos detenido a Steven, así que tenemos que pararla a ella también».

«Bueno, esa no es la peor noticia...».

El tono de voz de Burkner me erizó la piel del cuello. «Necesitarás un inversor, al menos uno, que aporte algunos fondos. A la vista de mis registros - y realmente deberías haber puesto a otra persona al frente de las finanzas en cuanto te diste cuenta de que había un problema con tu Departamento de Operaciones - parece que vas a tocar fondo en el tercer trimestre sin al menos 200.000 de capital. Así que es algo en lo que pensar».

Me obligué a contener un gruñido de rabia, negándome a dejarlo salir. «Gracias... Mantenme informado sobre los artículos y la no competencia».

Terminé la llamada, dejé caer el teléfono sobre la mesa y me pasé las manos por la cara varias veces. Me di cuenta de que Silvie estaba enfadada por algo, probablemente mi brusca respuesta a su entrada mientras yo estaba en medio de aquella llamada. No quería ocuparme de ello. Hoy había sido un día horrible. Después de que la semana pasada se ausentara del trabajo, ignorara mis llamadas e inventara excusas para justificar que intimar conmigo era demasiado para ella desde el punto de vista emocional, sabía que se avecinaba una tormenta.

Había intentado ser paciente, pero no lo entendía. Sin embargo, me negué a ser como Steven e intentar controlar la situación, así que la dejé tener su espacio. ¿Qué otra cosa podía hacer?

«¿Es por la salida de Steven?».La voz de Silvie era tímida, temblorosa. Permaneció al otro lado de la habitación, encaramada al borde del sofá sosteniendo su taza de café con las dos manos.

Mi falta de respuesta la irritaba, pero estaba tan frustrado que temía que, si abría la boca, le arrancaría la cabeza de un mordisco, y ella no se merecía eso. Me recosté en la silla, con las dos manos en la cabeza, y cerré los ojos.

«¿Necesitas algo?».Tal vez no fuera lo correcto, y por la forma en que cambió su tono, sin duda lo era. Oí el chirrido del sofá cuando se levantó, y luego sus pasos al acercarse a mi escritorio. Abrí los ojos para mirarla.

«No he recibido mi paga. Seguro que fue un descuido de alguien, o que Vicki volvió a ser una zorra...».

Silvie frunció los labios y la sola mención del nombre de Vicki me hizo hervir de nuevo la sangre. Golpeé el escritorio con los puños, haciendo bailar mi taza de café. Silvie retrocedió un paso.

«¿Por qué estás tan enfadado?».Cuando lo preguntó, su voz no sonaba a auténtica preocupación. Sonaba a irritación conmigo porque no satisfacía sus necesidades o deseos.

«¿Por qué? ¡Porque todo este asunto con Steven está arruinando mi negocio, mi futuro financiero, mi puta vida!». Irritado, hice un gesto salvaje con las manos y tiré la taza de café al suelo. La tapa saltó y su negro contenido se derramó, y lo único que pude hacer fue levantarme y patear el maldito trasto por la habitación.

Con una mano en la cadera y otra apoyada en la frente, caminé de un lado a otro.

«Sabes, la mejor forma de conseguir que Steven retrocediera sería...».

«¡No te lo he pedido, Silvie! No te he pedido nada de esa información personal sobre él. Es la mitad de la puta razón por la que está haciendo lo que está haciendo». La fulminé con la mirada, viendo cómo se le salía el labio y temblaba.

«Yo...».

Se estremeció, se dio la vuelta y salió dando un portazo. Al instante me sentí estúpido. Choqué la mano contra la pared y el dolor me subió por el brazo, pero no la perseguí. Necesitaba espacio, y ella también.

Cuando me hundí en el sillón y cogí el teléfono, sentí el impulso de enviarle un mensaje de disculpa, pero no estaba preparado para afrontar el torrente de lágrimas al que me enfrentaría cuando volviera a entrar en mi despacho. Metí el teléfono en el cajón de la mesa y me concentré en empujar el papeleo que tenía delante.

Cada vez que alguien entraba en mi despacho, esperaba que fuera ella. Aunque había sido demasiado estúpido para decirle que lo sentía. Sabía que su mesa estaba al final del pasillo. Podría haberme levantado e ir a verla en cualquier momento, pero mi orgullo me tenía firmemente plantado en la silla.

Durante la comida, cuando Karen apareció para avisarme de que se iba a una cita con el dentista, mencionó que Silvie le había pasado una nota diciendo que hoy se iba a comer a casa. Sabía dónde vivía Bethany, podría haber conducido hasta allí, pero de nuevo, como el gilipollas que era, me quedé quieto y comí solo.

Después de almorzar, ni siquiera salí de mi despacho para ir al baño. Salí del trabajo y Silvie no estaba en su mesa. Seguía sin tener noticias de Burkner, y Vicki me acorraló en el ascensor.

«Así que tu mujercita trofeo ha faltado mucho al trabajo últimamente. ¿Vienes con algo?».

No pude evitarlo. Vicki me había puesto de los nervios por última vez. «Sí, se contagió de ti. Quizá deberías tomarte el día libre mañana, para no contagiar a nadie más».

Como si los cielos se hubieran abierto y los dioses me hubieran sonreído, las puertas del ascensor se abrieron justo en ese momento y me llevaron a la planta baja. Sonreí para mis adentros mientras me alejaba, pero no estaba realmente contento conmigo mismo. Fui un idiota por ser tan brusco con Silvie. No se merecía ese trato.

Una vez en el coche, puse el manos libres y llamé a Silvie. Me incorporé al tráfico para volver a casa y el teléfono saltó al buzón de voz. Colgué. Una disculpa no era algo que se ofreciera en un buzón de voz. Así que volví a llamar, con la esperanza de que solo hubiera perdido la llamada. La segunda llamada también fue al buzón de voz.

Cuando intenté hacer una tercera llamada, el teléfono ni siquiera sonó. Fue directamente al buzón de voz, un claro indicador de que había apagado el teléfono. Debía de estar muy cabreada para que ignorara mis llamadas y apagara el teléfono de ese manera.

Enfadado conmigo mismo, decidí darle un poco de espacio. Estaba enfadada y no quería empeorar las cosas. Le envié un mensaje de texto a Bethany para contarle lo sucedido y otro a Silvie, un mensaje dulce que vería cuando volviera a encender el teléfono. Luego lo dejé así.

Cuando llegué a casa estaba agotado. Burkner había llamado y los estatutos estaban archivados. Flenex era oficialmente una nueva empresa, solo necesitaba encontrar un nuevo inversor. Y podía echar a Vicki a la calle alegremente, en cuanto firmara el nuevo contrato con el nuevo nombre. La obligaría a hacerlo en cuanto Burkner los redactara bajo amenaza de despido, y entonces la despediría de todos modos.

Las cosas empezaban a mejorar, si al menos hubiera arreglado las cosas con Silvie, no habrían ido tan mal. Acabé bebiendo hasta dormirme y me desperté tarde, solo para descubrir que Silvie tampoco se había presentado a trabajar ese día, solo que esta vez ni siquiera me había dicho que estaba enferma.

Empezaba a tener la sensación de que pasaba algo más que que estuviera enferma o alterada emocionalmente. Me ocultaba algo, y eso me hizo sentir que quizá nuestra relación estaba en peligro.

La estratagema de Steven para separarnos a toda costa podría estar funcionando. Podría estar perdiendo a Silvie.

SILVIE

Estaba en el mostrador de facturación, con la mano temblorosa mientras ofrecía mi teléfono a la mujer para que lo escaneara. Su perfume me revolvió el estómago, así que intenté contener la respiración. Me reconcomía no habérselo dicho aún a Jared, pero estaba demasiado estresado por lo de la empresa. No podía echárselo en cara en medio de todo aquello. Se lo diría cuando todo hubiera terminado. Y decidiría qué hacer con mamá y mis arreglos de vivienda cuando supiera si Jared iba en serio conmigo.

«¿Revisando la bolsa?».La mujer señaló mi bolsa de lona, el único equipaje que llevaba conmigo aparte del bolso. Era un resto de mis días de instituto, la bolsa que me compró papá cuando jugaba al tenis. Tenía el logotipo de la escuela y mi nombre bordado en la parte superior.

«No... ¿A menos que sea demasiado grande para llevarla encima?».

Deslizó una papelera negra por la báscula y la señaló con la cabeza. «Si cabe ahí, puedes llevarla a bordo».

Puse la bolsa de lona en la papelera, y cabía fácilmente. Fue agradable dejarla un momento; me dolía el hombro, así que me lo froté. Deseé haber traído la pequeña maleta con ruedas que Bethany me había ofrecido. Había pensado traer dos maletas, porque no sabía cuánto tiempo me quedaría, y tenía la sensación de que una vez que llegara a Chicago no querría marcharme. Pero Bethany me advirtió que no me acomodara demasiado.

«Acabarás ocupándote de la custodia y volando de un lado a otro cada fin de semana...»., me había dicho. Aunque en realidad no creía que eso fuera a ocurrir. Si Jared no me quería, entonces tampoco querría tener un bebé. Y eso significaría que me enviaría cheques, no que vendría a llevarse a nuestro hijo un fin de semana a su casa.

«Tus tarjetas de embarque deberían estar ahora activas en tu teléfono. ¿Quieres un pase impreso como recuerdo?». Su nariz se torció ligeramente hacia arriba en el extremo, dándole a su cara un aspecto pellizcado, como uno de esos perros de cara chata. Bethany tenía un carlino que se parecía a esta señora cuando éramos más jóvenes, y yo solo podía pensar en cómo aquel perro me mordía el dedo cada vez que intentaba darle un tentempié.

«No, no pasa nada. Gracias». Me colgué la bolsa al hombro y me puse en marcha cuando caí en la cuenta de que nunca había volado fuera de este aeropuerto. Conocía O'Hare bastante bien, porque cuando éramos niños, cuando íbamos a algún sitio, papá nos llevaba en coche a Chicago y volábamos desde el "gran aeropuerto", solía llamarlo.

Me volví para ver la cara de la mujer enterrada en la pantalla de su ordenador. «¿Señorita?».

Volvió a levantar la cabeza. «Sí, señora».

«¿Por dónde se va a la terminal B?».

Señaló a mi derecha. «Dirígete a la autopista uno, gira a la derecha. La terminal B está a la izquierda. La puerta 13 estará casi al final. Tienes unos 40 minutos hasta que embarques, así que tienes tiempo para tomar un tentempié o agua».

«Gracias». Giré en esa dirección, abriéndome paso entre la masa de gente que se registraba para sus vuelos. A las 6 de la mañana se podría pensar que la gente estaría más perezosa, o al menos tranquila. Pero había niños con peluches, hablando de lo que se siente al volar, y ancianos que hablaban por encima del ruido de la sala, con sus voces resonando por toda la zona de facturación.

Una mujer, vestida con un mono rosa neón, llevaba un perrito en el bolso. Cuando pasé a su lado, prácticamente me atacó, abalanzándose sobre mí a través de la funda de malla. La mujer esbozó una sonrisa snob, con la cabeza medio ladeada, y palmeó el maletín. «Pepper, no».

Al menos no estaba sola con mis pensamientos. Había suficientes imágenes locas como para distraerme de lo que estaba haciendo. Y olores suficientes para que se me hiciera la boca agua y se me revolviera el estómago. Panecillos de canela, café, McDonald's: lo que quieras, allí estaba.

En la puerta de embarque, encontré un asiento bajo la rejilla de ventilación de un aparato de aire acondicionado y me dejé caer allí. Una mujer con un bebé se sentó a mi lado. Llevaba su bolsa y una silla grande para el bebé. A sus pies había otras dos bolsas grandes, lo que parecía ser una pañalera, y supuse que tal vez la ropa del bebé. El pequeñín lloraba sin cesar, y su madre lo sacudía con expresión de sufrimiento.

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido. «Lo siento... cólicos».

Sonreí, pero la ignoré, deslizándome los auriculares en los oídos. El vuelo iba a ser largo. Hojeé el teléfono, empecé una canción para ahogar los ruidos y recé en silencio para que, cuando llegara a la ciudad, Steven se mostrara receptivo. No le había dicho que iba a venir, porque supuse que, de todos modos, no tendría más remedio que aceptarme una vez allí. A las únicas personas a las que se lo había dicho eran Bethany y Karen, y únicamente porque vivía con una y respondía ante la otra.

Mi teléfono me entretuvo durante la espera, y cuando se anunció el comienzo del embarque, lo guardé. Observé cómo la larga fila de pasajeros se filtraba lentamente por la pasarela. Mi grupo de embarque iba el último. Seguí a la multitud, agradecida por no embarcar después de la madre con el bebé. Solo con oír llorar a su bebé me dolía el cerebro.

Pronto sería esa madre, cargando con todos esos trastos y luchando con un bebé inquieto. No sabía si estaba preparada para eso. La idea de hacerlo sola me hizo llorar. Jared estaba demasiado ocupado, demasiado estresado para dedicarme tiempo. Y yo dependía demasiado de mi madre, aunque ahora fuera ella quien dependiera de mí.

Una vez guardada la bolsa en el compartimento superior, me acomodé en el asiento del pasillo y me abroché el cinturón. Pasó una azafata, que comprobó el equipaje y los cinturones de

seguridad, y se detuvo cerca de la parte delantera del pequeño avión de 90 plazas. Hizo una demostración de seguridad y nos dijo que nos preparáramos para despegar.

Intenté relajarme y olvidarme de Jared por un momento, pero las cosas no dejaban de recordármelo: la voz del hombre que se sentaba a mi izquierda hablando con una mujer a su izquierda, el suave llanto del bebé de varias filas más atrás, el peinado del azafato que estaba en primera clase de espaldas a mí. ¿Qué estaba haciendo? ¿Y por qué no se lo había dicho?

Mi cerebro me atormentaba con la indecisión, o tal vez fueran mis hormonas.

El vuelo transcurrió sin incidentes, a pesar de llevar un bebé a bordo. Había esperado drama y muchos llantos, pero después del despegue apenas oí un pitido. Cuando el avión aterrizó en Chicago y empezó a rodar hacia la puerta de embarque, saqué el móvil. Me quedaba apenas un trece por ciento de batería, qué estúpida fui por no ponerlo en modo avión. Pero al menos sería suficiente para hacer una llamada, y el aeropuerto tenía esas pequeñas estaciones en las que se podía cargar un poco, así que podía hacerlo mientras tomaba un tentempié o algo.

Saqué la información de contacto de Steven y pulsé el botón de llamada, esperando a medias que no contestara. Me sorprendí cuando lo hizo.

«¿Silvie?».No parecía enfadado, pero yo sabía que no debía molestar a un oso. Me esforcé por mantener la voz firme, pero solo oír su voz me hizo llorar.

«Steven... Estoy en Chicago».

«Silvie, ¿qué te pasa?». Sonaba un poco preocupado a su manera brusca. Aun así, lo recelaba. Había sido tan brusco, tan hiriente. Ni siquiera quería hablar con él. Hubiera preferido hablar directamente con mamá, pero su teléfono siempre estaba apagado.

«He venido de visita. Os echo de menos».

«Mamá también te echa de menos».

Convenía que se negara a admitir que podría echarme de menos. Me mordí la lengua. Mi cuerpo embarazado y mis hormonas querían que le gritara, pero ahora no era el momento ni el lugar.

«Quiero venir a visitarte. Estoy sentada en la pista esperando a bajar del avión. Puedo ir en taxi o algo así, no hace falta que me recojas».

«Espera», dijo, y entonces oí una conversación amortiguada, como si hubiera tapado el teléfono.

Pasaron unos minutos y nos acercamos a la puerta de embarque. Sentí que aumentaba la ansiedad cuando el avión empezó a vaciarse, pero Steven no había vuelto. La misma conversación apagada y el ruido de fondo eran la banda sonora de mi corazón acelerado. El hombre que iba delante de mí tuvo la amabilidad de sacar mi bolsa del compartimento superior, se lo agradecí con una sonrisa y un "gracias" en la boca y me la colgué del hombro.

Cuando encontré una estación de carga y me desplomé en el taburete, Steven aún no había vuelto. Puse el teléfono en altavoz, me eché la bolsa al regazo y rebusqué en ella el cable de carga. Justo cuando se conectaba a la corriente, volvió.

«Vale, Sil. Lo siento, cosas del trabajo».

«No pasa nada», dije, esforzándome por apagar el altavoz y ponerme el teléfono en la oreja. Mis lágrimas se habían secado, pero aún me goteaba la nariz. Resoplé varias veces, intentando no molestar a Steven ni a la persona que tenía al lado.

«Te conseguiré una habitación en el Ramada de State Street. Regístrate con el nombre de la empresa y te llevarán a la habitación».

Se me encogió el corazón. «Pero... ¿y tu casa?». Sabía que había llegado en el último momento y que probablemente no estaba preparado para todo aquello, pero me habría conformado con dormir en el sofá, o incluso en el suelo con un saco de dormir. No quería un hotel.

«Sí, no estoy preparado para eso. Pero no te alejaré de mamá». Steven habló en un tono muy frío, casi robótico. «Ha preguntado por ti varias veces».

«He intentado llamarla. Su teléfono está apagado». Dejé caer el bolso al suelo, a mis pies, y sentí como si mis esperanzas cayeran con él.

«Bueno, se le cayó en la terminal cuando intentaba subir al avión. Se le rompió la pantalla y pedimos uno de repuesto, pero lo enviaron a Springfield, así que hemos estado esperando».

«¿Se le cayó el teléfono? ¿Tuvo un mal día? ¿Por qué no lo llevaba encima?».Sentí que se me subía la ira. Steven era tan egoísta e irresponsable. «¿Iba andando? ¿La hiciste caminar por el aeropuerto?».

«Escucha, Silvie. Te dejaré que vengas a visitarla, pero tú y yo no vamos a hacer esto. Tuviste tu oportunidad de elegir. Y le elegiste a él».

«Actúas como si fuéramos amantes y te hubiera engañado. ¿Qué te pasa? Eres mi hermano. Somos de la misma sangre». Las lágrimas volvieron a punzarme los ojos. No podía creer que actuara así. No me esperaba el recibimiento más cálido, pero al menos esperaba civismo.

«Si fuera por mí, no estarías aquí. Por respeto a mamá, te permito que la visites. No me importa que la eches de menos». Steven no parecía en absoluto arrepentido, lo que solo hizo que me enfadara más. Aun así, sabía lo suficiente como para mantener la boca cerrada para que al menos me dejara ver a mamá.

«Entonces, ¿cuándo puedo ir?». Me enjugué los ojos, moqueando. La joven que se sentaba frente a mí en la estación de carga sacó un pañuelo de papel y me lo deslizó por la mesa con una mirada comprensiva antes de recoger sus pertenencias y marcharse. La amabilidad de una desconocida me recordó a mi padre. Parecía algo que él habría hecho.

«Vamos a comer pasado mañana. Diría que mañana, pero mamá tiene un tratamiento. Parece que le está ayudando mucho, lo cual es buena señal, pero dejaré que ella te lo cuente».

«Gracias, Steven».

«Pero no vuelvas a llamarme al trabajo. Estoy demasiado ocupado para atender llamadas personales. Le diré a mamá que te llame esta noche».

Steven colgó antes de que pudiera despedirme, y me quedé sentada secándome los ojos cansados. Me dolía el corazón al recordar la ternura de la voz de Jared, la forma en que me consolaba. Me había enviado varios mensajes dulces en los últimos días, pero no le había respondido. No sabía

qué decirle. Llámalo vergüenza por no habérselo dicho, o miedo a cómo reaccionaría, pero no quería hablar del tema en aquel momento.

Dejé el teléfono en el suelo y apoyé la barbilla en la palma de la mano. Dentro de poco se me notaría, y no habría forma de ocultarlo. Tenía que decírselo, sobre todo si pensaba volver a Springfield. Y dada la ira de Steven hacia mí, no era probable que me permitiera quedarme con él, y mucho menos mudarme.

Quizá mamá supiera qué hacer. Parecía que siempre tenía los mejores consejos, sobre todo cuando yo estaba demasiado sensible para ser racional. Y con las hormonas del embarazo recorriéndome el cuerpo, siempre estaba irracional.

JARED

Después de cuatro días...

Ese era el tiempo que había pasado desde que hablé con Silvie. No había ido a trabajar, no me había devuelto los mensajes y, cuando pasé por casa de Bethany para verla, no había nadie. Diría que estaba preocupado, pero sabía que si le hubiera pasado algo, Bethany me lo habría hecho saber. Aun así, me reconcomía que Silvie ni siquiera respondiera a mis mensajes.

Sí, me había portado como un imbécil con ella la última vez que hablamos, pero no me había dado la oportunidad de explicarme ni de disculparme. Le había enviado todos esos mensajes, buenos días y buenas noches. Incluso envié un ramo de rosas a casa de Bethany, pero seguía sin recibir respuesta. Nunca me habían dado la espalda así, y no me gustó nada. De hecho, lo odiaba.

El trayecto en ascensor hasta la oficina me pareció más largo de lo normal, en parte por los demás pasajeros y todas las paradas. Pero también porque estaba ansioso por entrar en la oficina y averiguar si Karen tenía noticias de Silvie. Había estado tan ocupado con los contratos y el papeleo, que ni siquiera me dio tiempo a preguntarle a Karen si Silvie había presentado una excusa, o una nota del médico.

Sonó el timbre y se abrieron las puertas de mi planta. Salí, buscando a Karen por la recepción, que parecía llegar tarde esta mañana. Al pasar por delante del despacho de Vicki, salió al pasillo cargada con unos papeles.

«¿Jared?».

«¿Qué?».Seguí caminando, ignorándola mientras ella daba dos pasos rápidos para seguir mi ritmo.

«Tengo ese papeleo firmado para ti». Se retorció los papeles en la mano y alzó las cejas mirándome. «Dijiste que lo necesitabas enseguida».

Me giré sobre ella y cogí los papeles, mirando hacia abajo para ver que era el contrato de Flenex. Por fin firmó, y no demasiado pronto. Ahora que estaba contratada por mi nueva empresa, su destino estaba sellado. Quería tener a Silvie conmigo cuando la despidiera, pero tal y como estaban las cosas, ahora tenía que pensar en la empresa, no en la justicia para el corazón de Silvie.

«Gracias». Quería preparar mis pensamientos antes de hacerle saber que podía recoger sus cosas e irse. Un momento así había que saborearlo, y ahora mismo mis pensamientos estaban en Silvie.

«Oye, escucha. ¿Sabes algo de Silvie?».

En cuanto mencioné a Silvie, su rostro se contorsionó de disgusto. «No». Vicki apretó los labios y frunció el ceño. «Estás mejor sin ella, aunque tú no vuelvas conmigo. He oído que ella...».

«Dios mío, Vicki. Déjalo ya». Dado el estado en que me había despertado, preocupado por Silvie sin respuestas, no estaba de humor para lidiar con su mierda. «Ya estoy harta de tus payasadas. Difundiendo cotilleos por la oficina, diciendo a la gente que Silvie se acostaba para llegar a la cima. Ella no es para nada como tú. Llegaste al puesto en el que estás porque eras un buen polvo, y eso es todo lo que serás siempre». «¿Sabes qué? Ni siquiera creo que seas tan buena. Silvie me hizo sentir cosas que tú nunca sentiste, que nunca podrías».

Vicki jadeó. Parecía dolida, pero no me importó. Sentí que a la gente le ardían las orejas y noté que unos cuantos ojos nos miraban por el pasillo.

«La gente está mirando, Jared».

«Me importa una mierda. Deja que miren. Esto se veía venir desde hace mucho tiempo. No has hecho más que mentir, engañar y cotillear desde el día en que no conseguiste lo que querías. Steven tenía razón sobre ti. Eras problemática desde el principio y yo solo veía coñitos. Pues ahora lo veo claro. Y lo que veo es un futuro para mi empresa sin ti en ella. Puedes recoger tus cosas y ponerte en camino. Aquí no eres bienvenida». Me latía el pecho mientras levantaba una mano y señalaba su despacho. «Espero que te vayas antes de comer».

«Pero acabo de firmar el nuevo contrato». La genuina confusión de su rostro no tenía precio. Ojalá Silvie estuviera allí para presenciarlo.

«No tienes ni idea, ¿verdad? ¿Acaso has leído la puta cosa?».

Me reí. Para ser una mujer que se consideraba muy culta, Vicki era bastante estúpida a veces. Tartamudeó y balbuceó un poco, pero en realidad no me contestó. No iba a darle más información a menos que me la sonsacara.

«No puedo creer que me hicieras esto».

«¿Que yo te hiciera esto?».Qué gracioso. Me reí en su cara. Me llamó la atención un movimiento al final del pasillo y vi que Karen se acomodaba en su escritorio. «Con permiso». Pasé por delante de Vicki y me dirigí hacia el escritorio de Karen, pero Vicki me siguió como un cachorro perdido.

«Iré a trabajar para Steven. Sabes que él me dio ese trabajo».

Realmente no leyó aquel contrato. Burkner me dijo que ella nunca firmaría, y yo le dije que se equivocaba. Ella había firmado, y había escrito su propia carta de despido.

«No lo entiendes, ¿verdad?». Se paró en seco cuando me giré para mirarla. «Tu contrato con Flenex contenía una cláusula de no competencia. No puedes trabajar para Steven. No puedes trabajar para nadie de una empresa de marketing en un puesto directivo o de alta dirección. Esto es lo que consigues cuando te metes con la vida de la gente, Vicki. Consigues el karma».

«No puedes hacer esto».

«Acabo de hacerlo». Volví a concentrarme en mi camino hacia la mesa de Karen y cuando me acerqué, con Vicki pisándome los talones, dije: «Karen, por favor, llama a seguridad para que escolten a la señorita Peters a la salida».

Vicki gritó y dio un pisotón mientras Karen - con los ojos muy abiertos y la mano temblorosa - tecleaba el número de seguridad. Me dirigí a mi despacho y, mientras me encerraba en él, la oí gritar algo sobre no hacerle esto y que yo pagara por ello. Solo quería esperar a que seguridad la echara, y luego tenía que averiguar dónde estaba Silvie.

Me senté en mi escritorio, medio enfurecido por Vicki, y aún preocupado a medias por Silvie. Vicki se lo merecía, y no dudé ni un segundo de que una de las razones por las que Silvie no me hablaba era ella misma. Sabía que había manejado la situación de Vicki como debía por motivos de trabajo, pero Silvie nunca lo había entendido. Ahora ni siquiera tenía la oportunidad de explicárselo.

Cogí el teléfono y marqué el número de Bethany, una vez más, con la esperanza de que lo cogiera, pero no contestó. Tampoco dejé ningún mensaje. No serviría de nada. Si Silvie le había ordenado que no contestara, Bethany lo respetaría. Pero yo merecía respuestas.

Hubo un poco más de griterío en el despacho exterior, y me sentí mal por haber dejado sola a Karen para que se ocupara de ello. Cuando se calmó el caos de fuera, me asomé y encontré a Karen sentada en su escritorio. Su mirada se desvió hacia donde yo estaba y me hizo un gesto para que saliera. Parecía que Vicki se había ido, así que me dirigí al escritorio de Karen.

«¿Qué ha pasado?».Karen me miró con los ojos muy abiertos. «Vicki estaba insultando y gritando. Le dio un puñetazo al guardia». Se rio entre dientes. Me imaginaba a Vicki haciendo algo así.

«Al final el karma le hizo una visita, eso es todo». Golpeé el escritorio con los dedos.

«Bueno, debió de sembrar algunas malas semillas por ahí. Vaya si se enfadó». Los dedos de Karen tecleaban furiosamente. Sus ojos se movían entre mi cara y la pantalla. Probablemente estaba dejando a Vicki fuera de todo, eliminando el acceso a nuestros servidores de correo electrónico y demás. Aunque no debía de tener mucho que hacer después de eliminar el acceso de Steven cambiando las contraseñas.

«Escucha, Karen. ¿Sabes algo de Silvie? Quiero decir, sé que no ha venido a trabajar, pero ¿te ha dado un justificante de su médico o te ha dicho por qué no ha venido?». Si alguien lo sabía sería Karen, o Bethany, pero yo también estaba en un callejón sin salida.

Karen me miró preocupada y echó un vistazo por encima del hombro, luego volvió a mirarme. «¿No te lo ha contado?»

«¿Contarme qué?».El corazón me latía con fuerza. Me metí la mano en el bolsillo para que Karen no viera cómo la cerraba en un puño, aunque dudaba de que se diera cuenta de cómo apretaba los dientes.

«Señor, se fue a Chicago. Me dijo que se tomaría unas semanas libres. Dijo que necesitaba a su madre. Creí que lo sabías... por eso no dije nada».

Me quedé mirando a Karen, sin creer lo que decía. Mi mente daba vueltas con preguntas. La

expresión de mi cara tenía que delatar exactamente lo que pasaba por mis pensamientos.

«¿Estáis bien? Me refiero a ti y a Silvie. ¿Habéis discutido?».Karen me dirigió una mirada comprensiva y me tendió la mano, pero yo retrocedí, pasándome la mano por la boca.

¿Por qué Silvie se había ido a Chicago sin decírmelo? Sabía que la había enfadado aquel día en mi despacho, pero ¿rechazar todas mis llamadas, ignorar mis mensajes de texto y luego marcharse a estar con su familia sin decirme ni una palabra?

«Gracias, Karen». Me alejé de su mesa totalmente desconcertado, preguntándome si esto era lo que se sentía cuando te dejan. Silvie me había abandonado, pero era yo quien se sentía como un fantasma mientras me arrastraba de vuelta a mi despacho. Sentí que me seguían los ojos, algunos más amables que otros, pero todos me quemaban el ego más que si Silvie me hubiera llamado la atención delante de todos como acababa de hacer con Vicki.

Me encerré en mi despacho, dejándome caer sobre el cojín del sofá y enterrando la cabeza entre las manos. Era yo quien rompía, no al revés. No debía ocurrir así. Nada de esto debía ocurrir. Silvie y yo teníamos algo diferente. Ella me quería. Teníamos planes de futuro. Entonces, ¿por qué esto?

Cuanto más pensaba en ello, más me enfadaba. Marqué el número de Silvie y colgué al menos cinco veces. Necesitaba saber cómo me sentía, cómo me había hecho daño. Pero si decía algo equivocado, lo echaría a perder. Aun así, si no decía nada, ¿qué clase de hombre era?

Así que marqué el número y esperé. Sonó el buzón de voz.

«Silvie, no puedo creer que te hayas ido sin decírmelo. Llevo días llamándote. Te he enviado flores, mensajes... Joder, hasta he mandado un puto osito de peluche a casa de Bethany. Tienes que llamarme. Esta no es forma de tratar a alguien a quien quieres, a menos que nunca me hayas querido de verdad y lo que dijo Steven fuera cierto».

Terminé la llamada y, en cuanto lo hice, me arrepentí de haberlo dicho. Por supuesto, lo que Steven había dicho de ella no era cierto. Silvie no era inestable emocionalmente; yo la había perseguido en una situación muy estresante. Estaba claro que me necesitaba y yo me había abalanzado sobre ella.

Calmarme en ese momento no era una opción, por mucho que lo intentara. Estaba tan enfadado que sabía que tampoco conseguiría hacer nada. Así que me metí el teléfono en el bolsillo y me dirigí al ascensor. Quizá un paseo en coche me ayudaría a calmarme.

Al pasar por delante de la mesa de Karen, grité por encima del hombro: «Me tomo el día libre. Reprograma mis citas para la semana que viene».

«Claro. ¿Estás bien?».Karen - siempre tan maternal - me habría perseguido.

Pero le dije un severo “No” mientras las puertas del ascensor se cerraban sobre mí. No estaba bien, Y tampoco sabía si estaría contento. Bajé en ascensor hasta la planta baja y me dirigí a mi coche en el aparcamiento. Sin embargo, algo seguía sin cuadrarme.

Silvie era una mujer adulta. Podía tomar sus propias decisiones, pero si Steven había influido de algún modo, no lo toleraría. No tenía derecho a meter las narices en nuestros asuntos, sobre todo después de lo que le había hecho a la empresa y de cómo había tratado a Silvie. Podía ser un

capullo conmigo, estaba bien, pero no podía tratar así a su hermana.

Marqué su número y saltó el buzón de voz, así que colgué y volví a marcar una y otra vez. En realidad no esperaba que respondiera a la llamada, aunque a mi temperamento le habría encantado. Necesitaba algún tipo de descarga para esta presión. Y necesitaba saber qué había pasado realmente.

Si Bethany no contestaba a mis llamadas, iría a su casa y averiguaría todo lo que tuviera sobre Silvie.

SILVIE

Mamá parecía mucho más sana; su sonrisa, la más radiante que yo recordaba. O tal vez fuera porque hacía unas semanas que no nos veíamos y simplemente se alegraba de verme. No me importaba. Me senté frente a ella en la pequeña mesa del comedor cogiéndole la mano, llorando de felicidad mientras me contaba los tratamientos que estaba recibiendo.

Tenía que ir al hospital y hacerse infusiones por vía intravenosa dos veces por semana, pero después del primer tratamiento había tenido más energía. Después del segundo, había dormido mejor, y después del tercero no había tenido lo que considerábamos un «mal día». Incluso Steven alabó al reumatólogo que estaba viendo mamá, llamándolo «hacedor de milagros».

Fue agradable comer con ellos, pero sentí que se avecinaba una tormenta. Cuando mamá se levantó para ir al baño, Steven empezó a atacarme. Por supuesto, esperaría a que mamá se fuera, probablemente porque no quería parecer el que había iniciado la discusión entre nosotros cuando ella volviera a entrar y nos viera peleando.

«Entonces, ¿estás satisfecha contigo misma?». Steven me miró con ojos acusadores, como si yo hubiera tenido algo que ver con lo que estaba pasando. Lo único que había hecho era seguir a mi corazón, y eso nunca debería haber afectado tan drásticamente a los negocios.

Cogí la ensalada que tenía delante. Apenas la había tocado. Steven y mamá se habían comido cada uno una jugosa hamburguesa, pero la grasa de algo así seguro que me habría hecho vomitar. No quería que mamá pensara que estaba enferma, así que fui a lo seguro y elegí la ensalada cuando Steven hizo el pedido para el servicio a domicilio.

«¿Sabes lo que cuestan tus payasadas Vortex? ¿Puedes siquiera imaginar lo difícil que es construir una empresa desde cero y luego ver cómo la mitad de ella se esfuma por algo tan estúpido?».

«Yo no he hecho esto, Steven. Fuiste tú». Alcé la mirada para mirarle. Hoy me negaba a ser su saco de boxeo. «Si nunca te hubiéramos hablado de nuestra relación, nunca habrías tenido un problema. Ahora seríamos felices, juntos».

«¿No estáis juntos?».Por la forma en que lo preguntó, casi sonaba como si se alegrara de ello. Como si se burlara de mí en plan "te lo dije".

Me encogí de hombros, sin saber qué decirle. Había estado ignorando las llamadas y los

mensajes de Jared, probablemente pensaba que lo estaba dejando. De lo único que estaba segura era de que necesitaba a mi madre, y ella era más feliz cuando yo estaba cerca.

«No le habrás dicho que ibas a venir, ¿verdad?». Ahora el tono de Steven era acusador, como si una vez más me equivocara por tomar la decisión que tomé. «Soy sorprendido... parecía disfrutar dando mi información personal como si fuera un caramelo en Halloween. ¿Quieres que le llame y comparta los tuyos? ¿Que le diga que estás aquí evitándole?».

«Dios, Steven, ¿por qué tienes que ser tan imbécil?».

«¿Por qué has tenido que contarle asuntos familiares privados?». Steven apartó su plato y me fulminó con la mirada, y entró mamá, aún sonriente. Le miró a la cara y luego a las lágrimas que rebosaban en mis ojos mientras se sentaba.

«Madre mía. ¿Qué ha pasado?».Mamá me cogió la mano, pero yo me eché hacia atrás y dejé caer el tenedor sobre el plato.

«Nada», le dije, mirando la comida que ahora me daba náuseas.

«Creo que deberías irte ya». Steven cruzó los brazos sobre el pecho.

«No, yo creo que debería quedarse...». Mamá cogió una patata frita y se la metió en la boca. Masticó con cuidado y, después de tragar, continuó. «Silvie apenas ha tocado la comida».

«No pasa nada, mamá. De todas formas, no me encuentro bien». No debí decir eso. En cuanto las palabras salieron de mi boca, la mano de mamá se acercó a mi frente.

«No tienes calor. ¿Cómo que no te sientes bien?».

Ya me costaba bastante ocultar mi embarazo a mamá, pero ahora tenía que mentir sobre mis náuseas matutinas, que me parecían náuseas durante todo el día.

«No es nada. Me pondré bien».

«Puedo volver a meter tu comida en la caja para llevar». Steven empezó a alcanzar mi plato y mamá le puso el vaso en la mano.

«Ve a traerme un vaso de agua, ¿quieres, cariño?». Su voz severa, unida a esa sonrisa dulce que se le ponía cuando ponía cara de mamá, me dijo que estaba enfadada con Steven, pero que aún no estaba dispuesta a ponerse de mi parte. Las fosas nasales de Steven se encendieron, pero cogió el vaso.

«Claro». Me fulminó con la mirada mientras salía del comedor y desaparecía.

«Silvie, tu hermano solo ha querido siempre lo mejor para ti. A veces se equivoca, como todos los humanos. Tienes que quererle. Tienes que ver las cosas que hace o ha hecho como si fueran para demostrarte lo que realmente siente por ti. ¿De acuerdo?».Me dio una palmadita en la mano y me ofreció su servilleta mientras las lágrimas caían libremente por mi cara.

«Es que no entiendo por qué a veces tiene que ser tan mezquino. No he hecho nada malo. Solo empecé a salir con su mejor amigo, el mismo chico por el que siento algo desde que era una niña. ¿Por qué es algo tan malo?»

Mamá cogió su hamburguesa y le dio un pequeño mordisco. Nunca respondía de inmediato, siempre se daba una excusa para ser reflexiva en sus respuestas. Cuando tragó, me ofreció una sonrisa.

«Lo que a ti te parece bien, a él puede parecerle una barbaridad. Tú no sientes las emociones que él siente. Steven necesita más tiempo para procesar las cosas que la gente normal; siempre lo ha hecho».

«¿Como papá?».Por fin empezaba a tener sentido para mí por qué Steven seguía luchando por superar la muerte de papá. Si procesar las emociones le resultaba más difícil que a los demás, y se había pasado los últimos más de diez años bebiéndose sus emociones, probablemente no había procesado nada. No como lo había hecho con la terapia y los buenos amigos.

«Exactamente como papá. Eres mi niña fuerte, Silvie. Perder a tu padre fue duro para todos nosotros, pero tú saliste adelante, valiente y segura de ti misma. Steven simplemente necesita un poco más de tiempo, eso es todo».

Volvió a entrar pavoneándose, con los hombros erguidos mientras llevaba el vaso de agua. Me di cuenta de que seguía enfadado, pero mi visión de él había cambiado. En lugar de enfadarme porque me tratara mal, empecé a darme cuenta de que mis reacciones ante cómo me había tratado solo habían empeorado las cosas.

«Lo siento». Las palabras fueron pronunciadas desde un corazón puro. No me arrepentía de haber salido con Jared, ni de haberme enamorado de él. Ni siquiera me arrepentía de haberle contado a Jared los problemas emocionales de Steven: Jared era su mejor amigo. Merecía saberlo.

Lo que sentía era no haberme dado cuenta de lo mucho que Steven había sufrido. Por estar tan atrapada en mis propios deseos que no había pensado en cómo podían afectarle mis palabras o mis acciones. Mamá no había elegido un bando, pero me había demostrado que no había ningún lado que elegir. Cuando estalla una bomba nuclear todo el mundo sale herido. Y la muerte de papá fue esa catástrofe que todos sufrimos. Yo solo había considerado a Steven como el nuevo líder de la familia porque intentó poner cara de valiente y dirigirnos tras el desastre. Al hacerlo, había puesto sobre sus hombros el peso del mundo, que nunca estuvo destinado a llevar.

Steven se sentó y me miró fijamente. Su expresión facial no se había suavizado en absoluto, pero mamá estaba allí haciendo de pacificadora, así que me sentí un poco tranquila. Steven no volvió a mencionar mi despedida, así que me relajé, y mamá empezó a hablar de lo buena que estaba la comida.

Lo único en lo que podía pensar era en lo perjudicial que debía de ser para Steven llegar a la edad adulta sin un padre. Entonces mi mente divagó por el sinuoso camino hacia mi futuro, cómo sería criar a un bebé sin un padre. No podía estar lejos de mi madre. Ahora la necesitaba más que nunca, pero no podía decírselo. Y sabía de primera mano lo doloroso que era no tener a mi padre presente en mi graduación y otros acontecimientos importantes.

Con Steven un poco más tranquilo y mamá distraída, intenté comer un bocado de ensalada, pero se me revolvió el estómago. Pensé que era mejor fingir que no tenía hambre que verme obligada a revelar el embarazo con Steven allí. Al final se enteraría, pero quería el apoyo de mamá antes de lanzarme a nadar con aquel tiburón.

Mi teléfono zumbó en el bolsillo y lo saqué, pensando que era un mensaje de Bethany, pero me equivoqué. Era de Jared.

Jared 12:17PM: *Sil tienes que llamarme. Esto no tiene gracia.*

Deseché la notificación y sonreí mientras mamá me contaba una historia sobre papá y los lagos. Me hizo una mueca divertida mientras empujaba la ensalada en el plato, pero continuó con su historia. Steven intervino y me contó una visita a Chicago y un viaje en metro. No lo recordaba, así que debía de ser muy joven. Steven nació al principio del matrimonio, y mamá no me tuvo hasta los treinta, así que tuvo mucho tiempo para crecer entre un hijo y otro. Me pregunté si yo también sería así, o si alguna vez encontraría a un hombre que quisiera salir conmigo, dado que ahora era madre soltera.

Mi teléfono volvió a zumbar y lo abrí, leyendo el mensaje.

Jared 12:23PM: *¿Por qué no me dijiste que te ibas a Chicago? Llámame, por favor. Tenemos que hablar.*

Apagué el teléfono. No necesitaba que él también me presionara. Ya era bastante difícil intentar equilibrar mis emociones con el drama familiar que estaba ocurriendo. Además, Jared tenía demasiadas cosas entre manos para hacer esto ahora. Su negocio necesitaba su atención. No necesitaba una distracción.

«¿Quién es?».Steven se inclinó hacia delante y estiró el cuello para ver mi teléfono, pero yo ya lo había apagado.

«Era Bethany. No es gran cosa. Quiere que la llame más tarde».

Mamá frunció los labios. Siempre sabía cuándo mentía, pero al menos no me delató.

«Oh, Bethany. Recuerdo cuando eras muy pequeña y se quedaba a dormir. Venía y estaba tan irritada que no podía quedarse durante días». Mamá sonrió, con un brillo en los ojos como si hubiera sido ayer.

«Sí, bueno...». Quería decir que era a causa de Jared. Porque él podía quedarse una semana seguida, mientras que Bethany no podía pasar más de una noche. Pero no me atrevía a decir su nombre ahora. Además, Jared había estado en la universidad y volvían a casa para las vacaciones de primavera, no para pasar la noche.

Cogí el teléfono, deseando ahora haber respondido a Jared. Se habría convertido en todo un calvario, pero al menos me distraería de esta conversación, que se estaba volviendo rápidamente incómoda y rozaba de nuevo con inflamar el temperamento de Steven.

Mi teléfono estaba sobre la mesa, delante de mí, y lo empujé con un dedo. Los ojos de mamá siguieron mi movimiento.

«Sabes que echo de menos la sencillez de la vida cuando la gente no estaba siempre pendiente del teléfono. Como cuando tu padre y yo nos conocimos. Tuvo que sentarse al teléfono de casa para llamarme, y entonces ni siquiera tenían teléfonos inalámbricos. Tenía que sentarse junto a su madre porque el cable solo llegaba a unos metros. Ella escuchaba todas nuestras conversaciones. Vosotros teníais videojuegos, eso seguro, pero nada como en estos aparatos portátiles. Me alegro un poco de haber roto el mío. Se está en paz sin ellos. La única tecnología

que tuvisteis fue aquel sistema de juegos que os compró vuestro padre aquellas Navidades antes de morir. ¿Lo recuerdas, Stevie?». Mamá le sonrió.

Steven esbozó una sonrisa sincera al recordarlo. «Sí, nos compró una Xbox y luego no quiso que jugáramos a ningún shooter». Steven se rio entre dientes.

«Oh, excepto ese que trajo Jared porque sus padres le dejaban jugar. Un juego del ejército en el que disparas a los malos. Recuerdo que os pasasteis horas jugando sentados y yo distraía a tu padre porque me parecía un poco estricto en ese sentido».

Solo de oír a mamá hablar de papá me dolía el corazón. No podía hacerlo sin Jared. Necesitaba decírselo. Nuestro hijo necesitaba un padre.

«Aquella fue la noche en que Silvie le invitó al baile, si no recuerdo mal. ¿Verdad?».Mamá se volvió hacia mí en busca de confirmación, y me quedé helada. Miré a Steven, que volvía a enfadarse.

«Mamá, hablemos de otra cosa». Aparté el plato y volví a meterme el teléfono en el bolsillo, dispuesta a salir corriendo hacia la puerta si Steven volvía a enfadarse.

«Sí, quizá tengas razón, Silvie. Pero los buenos recuerdos siempre son buenos recuerdos, incluso si la situación actual en la que te encuentras los pinta de mala manera». Se volvió hacia Steven. «Ya verás. Recuerda lo difícil que era hablar de papá cuando murió. La tragedia de su muerte lo tiñó todo de un tono negro, pero ahora que nos hemos recuperado y seguimos adelante, esos mismos recuerdos son agradables. Damos la bienvenida a los gratos recuerdos sobre su vida».

Dios, ¿cómo pudo mi madre ser siempre tan inteligente? ¿Era algo que se adquiría solo por ser madre? Observé cómo se suavizaba el rostro de Steven y se puso en pie, recogiendo su plato y acercándose al mío. Asentí, permitiéndole que se llevara el plato aunque solo había comido un bocado. Creo que entendió que no tenía hambre.

Mamá se metió la última patata frita en la boca y Steven también se llevó su plato. La visita no salió tan mal como podría haber sido. Aunque mamá había actuado como mi salvadora. Charlamos unos minutos más y me levanté para marcharme.

«Steven, ¿no puede quedarse Silvie?».

Antes de que pudiera contestar, contesté por él. No quería quedarme. No es que no quisiera estar con mamá, es que necesitaba espacio con Steven. Y sabía que al ritmo al que vaciaba el estómago cada mañana, solo pasaría un día antes de que mamá sumara dos más dos, quizá Steven también.

«Voy a volver a mi hotel, donde podré descansar, ¿de acuerdo? Además, mañana tienes un tratamiento y necesitarás descansar esta noche. Volveré después del tratamiento; quizá pueda ayudarte con el baño».

Le di un fuerte abrazo a mamá y ella me devolvió el apretón. Sentía que ahora estaba más fuerte.

«Vaya. Bueno, ya no necesito tanta ayuda como antes, pero me gusta que me cepilles el pelo. Es como un momento de chicas».

Steven me llevó hasta la puerta y me la abrió. Me volví cuando estaba en el pasillo y volví a

ofrecerle mis disculpas.

«Steven, lo siento. No me había dado cuenta de lo mucho que te había herido. Sabes que te quiero, ¿verdad?».

Steven asintió. «Puedes volver a visitarnos mañana. Quizá hagamos una cena para celebrar el éxito de este juicio y lo mucho que está mejorando mamá».

No fue exactamente una aceptación de mis disculpas, y él tampoco se disculpó exactamente conmigo, pero lo acepté. Salí de allí sintiéndome mejor de lo que me había sentido en semanas, meses quizá. Ahora, si contárselo a Jared fuera tan fácil. Tenía la sensación de que lo había estropeado demasiado como para redimir cualquier relación con él, pero estaría mal por mi parte tener a su hijo y no decírselo nunca.

No pensaba responder a sus llamadas ni a sus mensajes. Podía esperar unas semanas hasta que volviera de Chicago.

JARED

Parecía que la emisora de radio me estaba jodiendo la cabeza a propósito. Cada canción que ponían mientras conducía desde el centro hasta la casa de Bethany era una estúpida melodía de amor que me hacía pensar en Silvie. Oscilaba entre la rabia de que me hubiera abandonado y las ganas locas de conducir hasta Chicago y rescatarla. El tráfico era una pesadilla y me puse a tocar el claxon una vez por minuto.

Cuando llegué a casa de Bethany, las luces estaban apagadas y no había ningún coche en la entrada. Llamé a la puerta y toqué el timbre sin obtener respuesta, así que me senté en el columpio del porche y envié un mensaje a Silvie. Envié al menos media docena de mensajes de texto, y probablemente solo sirvieron para cabrearla, pero me sentía fuera de control. Nunca nadie me había hecho sentir así.

Estuve allí sentado al menos veinte minutos, y casi me di por vencido cuando una chica a la que reconocí por las fotos de la cómoda de Silvie en casa de sus padres empezó a subir por el camino de entrada. Llevaba pantalones de lycra y auriculares, y chorreaba sudor de pies a cabeza. Tenía la cara roja y el pelo anudado en lo alto de la cabeza. Me miró con un poco de curiosidad cuando me levanté para salir a su encuentro.

«¿Puedo ayudarte?».Cuando salió al porche, vi un destello de reconocimiento en sus ojos, pero desapareció tan rápido como estaba, sustituido por una firme sonrisa profesional.

«¿Bethany?»

«Sí». Me tendió la mano después de limpiarse la palma en los leggings de lycra. «¿Y tú eres?».

«Jared... ¿Sabes algo de Silvie?». Le estreché la mano sudorosa, pero me sentí incómodo. Tenía la sensación de que estaba fingiendo, aunque como hacía años que no hablaba con ella, en realidad desde que era una niña, no podía estar seguro. Así que le seguí la corriente.

«¿Jared? Oh, tú debes de ser ese chico tan mono que no para de enviarle flores. El osito de peluche ha sido un bonito detalle».

«Así que... ¿Silvie?».Me pasé una mano por el pelo, un hábito nervioso que había adquirido recientemente.

Bethany se metió la mano en el sujetador deportivo y sacó una llave, la metió en el pomo de la puerta y abrió la casa. Dejó la puerta abierta y me habló mientras caminaba por la casa, así que la seguí, sin saber qué más hacer. La casa estaba fresca y oscura, con todas las luces apagadas, pero

el aire acondicionado encendido al máximo.

«Silvie se fue a Chicago a visitar a su madre». Dejó caer la llave de la casa sobre una mesa mientras caminaba por el pasillo. Sus zapatos chirriaron en el suelo de azulejos, haciendo eco.

¿Visitarla? Era una buena señal. Silvie no se iba a mudar allí, al menos no lo parecía.

«Dijo que estaría allí unas semanas más o menos. Quizá más si las cosas iban bien».

Se me encogió el corazón. «¿Más tiempo?».

«Sí, ella también buscaba un médico, creo. Es triste que se mude tan lejos. Ella y yo nos conocemos desde hace mucho, pero eso ya lo sabes».

«¿Médico?».No lo entendía. A su madre la habían metido en los tratamientos del fármaco antirreumático, así que quizá fuera eso. «Entonces, ¿te acuerdas de mí?». Sabía que había estado fingiendo.

Bethany me condujo a la cocina, donde sacó un vaso del armario y utilizó el dispensador de hielo y agua de la parte delantera del frigorífico para llenarlo. Me sonrió por encima del borde del vaso mientras bebía, jadeando ligeramente. Me di cuenta de que aún le latía el pecho por el ejercicio.

«Sí, un médico... y sí, me acuerdo de ti. Cómo iba a olvidar al tipo que le rompió el puto corazón unos meses después de la muerte de su padre al rechazar su invitación al baile de graduación».

Ay. Bethany no era ni de lejos tan educada como Silvie, algo que había olvidado de ella. Sin embargo, la reprimenda que recibí al día siguiente de romperle supuestamente el corazón a Silvie fue algo que nunca olvidaría. Bethany era un tiburón.

«Fue mucho más que unos meses. Creo que fue casi un año».

«Aun así... si tu padre murió cuando eras un niño y tu amor secreto, del que estuviste enamorado durante años, te rechazó de plano...». Volvió a llenar el vaso y me lo ofreció. Me reí entre dientes y rechacé educadamente la copa.

«¿Por eso me recuerdas? ¿Por rechazar su invitación al baile?».Ni siquiera había sido culpa mía. Probablemente la habría llevado, aunque eso significara una velada un poco embarazosa y sentirme como un padre chaperón.

«Más o menos. Solo hace falta un mal rechazo para ganarse un hueco en mi lista». Bethany se bebió el agua y dejó el vaso vacío en el fregadero. Luego sacó el teléfono del bolsillo lateral del pantalón y lo dejó sobre la encimera, junto con los auriculares. Se dio la vuelta y salió de nuevo al oscuro pasillo.

La seguí mientras se dirigía al salón. Su casa era pequeña, probablemente solo tenía dos dormitorios. Me sorprendió que alguien de su edad tuviera casa propia, pero por lo que Silvie había contado de ella en nuestros largos almuerzos - cuando no nos acostábamos - Bethany era una agente inmobiliaria con bastante éxito. Aquella casa parecía convenirle, o tal vez fuera el hecho de que estaba a solo unas manzanas de la casa de Silvie en aquel momento.

«Espera... ¿Para qué necesita Silvie un médico? Te refieres a su madre, ¿no? Está visitando al médico por los tratamientos». Puede que Silvie no fuera lo bastante fuerte físicamente para

levantar a su madre como podía hacerlo Steven en los días malos, pero emocionalmente era un auténtico portento. Manejaba los altibajos de su madre como una profesional. Era lógico que quisiera asegurarse de que el tratamiento iba bien. Y lo último que supe fue que Steven ni siquiera le hablaba, así que probablemente se sintió obligada a ir a visitarla.

Bethany levantó el dedo y desapareció por el pasillo, encerrándose en una habitación. Frustrado, me senté en el sofá y saqué el móvil para volver a enviar un mensaje a Silvie. Había escrito un mensaje y estaba a punto de enviarlo cuando Bethany volvió a salir. Llevaba una camiseta holgada y unos pantalones cortos anchos. Tenía la cara igual de roja, pero el pelo un poco más arreglado.

«Lo siento, tenía que mear». Se sentó en un sillón al otro lado de la habitación, con las piernas cruzadas.

«Sí, pues suéltalo. ¿Qué demonios está pasando?»

«Bueno, Edna está mejor. Silvie necesitaba verla». Bethany parecía retroceder ahora, como si hubiera soltado algo que yo no debía saber, pero como un sabueso tras la pista, no me rendía.

«¿Y el médico?».Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Los hombros de Bethany se hundieron. «Se va a cabrear mucho conmigo, pero mereces saberlo y, si ella no te lo dice, te lo diré yo».

«¿Saber qué?».De repente se me aceleró el corazón. ¿Estaba enferma? Había oído que la artritis reumatoide era hereditaria, pero Silvie era muy joven. No podía estar enferma. Pero recordé que en las últimas semanas había faltado mucho al trabajo. Lo achaqué a que estaba muy disgustada por lo de Steven y su madre, a las emociones de todo aquello.

Entonces caí en la cuenta. La noche que cenó en casa de mis padres, su comportamiento. Estaba muy emocionada. Una vez más, creí que solo echaba de menos a su madre, pero ahora las piezas encajaban.

«Silvie está embarazada».

Bethany y yo lo dijimos al mismo tiempo. Parecía sorprendida, y luego vio cómo me daba cuenta.

«Le dije que tenía que decírtelo. A veces es tan testaruda. No paraba de decir que tenías que centrarte en el trabajo. La mierda con Steven era tan profunda que no quería distraerte ni preocuparte. Creo que pensó que te enfadarías, como si lo hubiera planeado o algo así».

«¿Desde cuándo lo sabe?».Corté su divagación y ella balbuceó unas palabras más sobre las excusas de Silvie. «¿Cuándo lo descubrió?»

«Como el día después de que empezara a quedarse conmigo o algo así. No tanto». Bethany se mordió el labio. Mi temperamento se encendió aunque intenté contenerme.

¿Silvie, embarazada y en Chicago?

«Jared, ella quería lo mejor para ti. Iba a decírtelo». Se levantó al mismo tiempo que yo y me agarró del brazo cuando me dirigía a la puerta. «Jared, escúchame. No puedes enfadarte con ella.

Está aterrorizada. Párate a pensar en cómo reaccionará Steven. Por favor, no puedes enfadarte con ella».

Le solté el brazo de un tirón y me enfrenté a ella. Le temblaba el labio exactamente igual que a Silvie cuando hablaba de Steven. ¿Qué clase de monstruo tenía tanto poder sobre su hermana como para hacer que su mejor amiga también actuara así?

«¿Por qué no me lo dijiste?».Abrió mucho los ojos. Esperaba que empezara a llorar o algo así, pero no lo hizo. Vi cómo se le cuadraban los hombros y se le oprimía el pecho.

«En primer lugar, no entres en mi casa y me trates así. No voy a dejar que me mangoneen y no voy a dejar que mangoneen a mi mejor amiga. En segundo lugar...».

«Te llamé once putas veces. Te envié mensajes. Incluso vine más de una vez a ver una casa vacía. Si sabías que estaba embarazada y que no iba a decírmelo, ¿por qué no me lo contaste sin más?».

«Jared, mírate». Bethany volvió a cruzarse de brazos, sacudiendo la cabeza como una madre decepcionada. «¿Acaso te importa qué aspecto tienes? Acabas de enterarte de que vas a ser padre y lo único en lo que piensas es en por qué han pasado unas semanas y nadie te lo ha dicho todavía. ¿Te has parado a pensar en cómo se siente Silvie? ¿Cómo lo está afrontando?».

Bethany me siguió hasta la puerta, que cerré de un portazo al salir de su casa. Recorriendo el césped a pocas zancadas, desbloqueé el coche y subí. No sabía qué pensar. Por supuesto, necesitaba a su madre ahora mismo. Era una idiota por no haber atado cabos antes, por no haberme dado cuenta.

«¡Voy a ser padre!».me dije en voz alta. Debía de parecer un loco, conduciendo por la calle y hablando solo, pero me daba igual quién me estuviera mirando. Hacía solo unos minutos que las cosas me parecían abrumadoras. Esta nueva revelación no hacía más que empeorar las cosas. Silvie debería habérmelo dicho. No debería haber tenido que enterarme a través de una amiga suya.

Pero se lo había puesto casi imposible. Bethany tenía razón, y Silvie también. Había estado tan preocupado por la mierda que había montado Vicki, la división del grupo, los nuevos contratos, el nuevo abogado... que ni siquiera había pensado en ella en todo esto, excepto en cómo le iría sin su madre.

Mientras conducía, me di cuenta de una cosa. Si rechazaba mis llamadas, ignoraba mis mensajes y, a todos los efectos, me ignoraba, tenía que ir a verla. Una vez en la autopista, coloqué el teléfono en el soporte del manos libres y marqué el número de la oficina. Sonó varias veces y Karen descolgó.

«Flenex, despacho de Jared Klinger, ¿cómo puedo dirigir su llamada?».

«Hola, Karen, soy yo».

«Jared, siento mucho no habértelo dicho antes. De verdad creía que lo sabías». Karen sonaba casi como un cachorro lloriqueando.

«No hay tiempo para eso, ¿de acuerdo? Ya nos ocuparemos de las emociones sobre esta mierda más adelante. Lo que necesito que hagas es llamar a la compañía de vuelos. Necesito un billete

de avión esta noche o a primera hora de la mañana. Voy a Chicago. Una vez allí, necesito una habitación de hotel, cerca del distrito de negocios, y un coche de alquiler, nada lujoso, solo un sedán».

«Vale, vuelo, hotel, coche, ¿qué más?».

Oí teclear de fondo, como si Karen estuviera tomando notas.

«Y necesito un anillo». Karen era probablemente la peor persona del mundo para elegir un anillo para Silvie, pero había que hacerlo y ella era mi única opción en ese momento, porque había que hacerlo rápido.

«¿Señor?».Dejó de teclear. «¿Un anillo?»

«Llama al joyero de Madison. Me da igual lo que elijas. Asegúrate de que se puede devolver».

«¿Vas a pedirme matrimonio?».Karen pasó de los gemidos de disculpa al llanto feliz en menos de dos segundos.

«Sí, bueno, siempre y cuando consiga ese vuelo, así que asegúrate de encontrarme algo. Ni siquiera me importa si tengo que viajar en clase turista».

«Sí, señor. Pero, ¿un anillo que se pueda devolver?».

«Sí, porque si no le gusta, dejaré que elija lo que quiera». Salí de la autopista y me dirigí hacia el centro. «Llama primero al joyero y que preparen algo bonito enseguida. Tengo que hacer unos recados y lo recogeré dentro de una hora o así, ¿y Karen?».

«Sí, jefe».

«No se lo digas a nadie. No quiero que se entere». Tal y como iban los cotilleos de la oficina, seguro que tendrían un día de heno con esa información.

«Sí, señor».

Pensar en Silvie llevando a mi bebé, llevando mi anillo, hizo que la rabia disminuyera. No había hecho nada para hacerme daño. Tenía miedo, y yo era la razón por la que lo tenía. Si hubiera despedido a Vicki hacía semanas, Silvie habría confiado más en mí. Si me hubiera detenido a escucharla en lugar de hablarle bruscamente, al menos me habría explicado que necesitaba visitar a su madre, aunque no estuviera preparada para dar la noticia del bebé.

Probablemente había venido a verme por eso y yo me había portado como un imbécil aquel día. Ahora planeaba un viaje urgente a Chicago para demostrarle lo que significaba para mí.

El verdadero problema era intentar encontrarla en la enorme ciudad. No tenía ni idea de dónde vivía Steven, pero sí sabía dónde estaba la nueva sede de Vortex. Mi plan era pasar por la oficina y hablar con él de hombre a hombre. Nunca había sabido que Steven fuera un cobarde. Si se preocupaba por su hermana, me escucharía, sobre todo si no sabía lo que tenía que decirle.

Un bebé lo cambiaba todo.

SILVIE

Me senté en el metro junto a mamá, con el bolso liado bajo el brazo. El movimiento oscilante del vagón al rodar por las vías me puso un poco pálida. Chupé un caramelo de menta como si mi vida dependiera de ello, rezando para que la pequeña menta fuera lo bastante fuerte como para contrarrestar las náuseas matutinas.

Mamá hablaba y sonreía, sin importarle nada. Era muy raro que pudiera salir y hacer cosas. Y hacía siglos, incluso años, que no salíamos juntas de compras. Así que hoy era un día importante. Su tratamiento de esta tarde se había aplazado hasta después de comer, así que teníamos el tiempo justo para ir a algunas tiendas y luego yo podría llevarla.

Steven incluso me dio las gracias por estar dispuesta a hacer el tratamiento con ella, porque tenía una reunión importante de la que no podía salir y, una vez cambiada la cita, no habría podido llevarla. Así que acudí en su ayuda. Ojalá hubiera venido sin las náuseas.

«Oh, solíamos venir de visita a la ciudad cuando eras pequeña. ¿Recuerdas aquella vez que Stevie y tú os perdisteis cerca de aquel monumento gigante con forma de judía?». Mamá se rio al recordarlo. «Tuvimos que llevarte a tomar un helado cuando te encontramos, porque era lo único que te calmaba. Entonces solo tenías unos seis años. Confiábamos en Stevie porque por fin era un adulto, pero nos separamos».

«Sí». Forcé una sonrisa, pero me dolía mucho la barriga. Era difícil ocultárselo. Más de una vez quise derrumbarme y contárselo. Probablemente tendría algún sabio consejo para mí, trucos contra las náuseas o algo que me hiciera sentir mejor. Incluso un abrazo me habría ayudado.

«Ah, y papá y yo solíamos ir siempre al lago. Esto fue probablemente antes de que nacieras. Steven y yo esperábamos en el muelle cuando papá preparaba la barca y le vigilábamos. Luego navegábamos un rato. Aquel viejo barco... Papá lo llamaba 'Hércules'».

Mamá me miró de reojo, pero yo evité el contacto visual. Sus historias eran una agradable distracción de mi sufrimiento. Y oír hablar de momentos felices con papá y Steven me hacía estar menos enfadada con él, o conmigo misma por no comprenderle. Mamá contaba historias sobre acampadas y pesca. Recordaba el día en que tuve mi primera regla y cómo me dijo que eso me convertía en mujer. Incluso recordaba el día que me saqué el carné y me dejaron llevar a la familia a la pizzería.

Eso fue solo unos meses antes de que papá muriera también. Parecía que la mayoría de los recuerdos de mi infancia estaban medidos en el tiempo, antes o después del accidente de papá.

Cuántos meses había estado de luto, o cuántos remordimientos tenía por no haber sido mejor hija, haber sacado mejores notas o haber hecho mis tareas más agradablemente.

No sabía cómo lo había hecho ella, cuidando de nosotros tras su muerte. Acuné la bolsa contra el estómago, me obligué a expulsar la bilis por la garganta y parpadeé para que se me saltaran las lágrimas.

«Bueno, hubo una vez, estábamos en el barco. Creo que entonces estaba embarazada de ti. ¿Sabías que tu padre quería llamarte Joshua si hubieras sido un chico? Me encantaba ese nombre, pero me gusta aún más el nombre de Silvie». Se le pusieron los ojos vidriosos mientras me contaba el suceso. «De todos modos, aquellas olas del lago fueron algo aquel día. Estaba tan pálida que tu padre tuvo que volver a casa. Creo que el almuerzo de una semana alimentó a los peces aquel día. Steven no estaba con nosotros, y vaya si me alegré. No se quejaba de mi. Las náuseas matutinas eran lo peor contigo, y ese barco seguro que no ayudaba».

Mis hombros se tensaron. ¿Lo sabía mamá? ¿Cómo podía saberlo? No se lo había contado. Continuó con otra historia, y mi ritmo cardíaco volvió a ser más normal, pero las oleadas de náuseas no cesaron hasta que estuvimos cerca de la zona comercial.

Mamá y yo salimos del metro y nos dirigimos al norte, a unas cuantas tiendas. No teníamos ningún propósito real para ir de compras, salvo estar lejos de casa y sacar a mamá, y era agradable pasar un rato de chicas. Nos detuvimos en una tienda Brookstone y probamos todos los gadgets. Mamá se sentó en uno de los sillones de masaje y se encantó. Le dije que debería hacer que Steven le comprara uno, pero ella insistió en que no era necesario. Cuando encontramos una tienda de Christopher and Banks con carteles del 80% de descuento en el escaparate, mamá insistió en que entráramos.

Eché un vistazo a los estantes de blusas bonitas, compadeciéndome de que muy pronto nada me quedaría bien y me sentiría como una vaca que va al matadero. Mamá sacó varios de los estantes y me los puso en el brazo. Si hubiera sabido que estaba embarazada, no habría añadido más insultos a la herida. No dije nada.

Una vendedora se nos acercó, ofreciéndome ayuda, pero le hice un gesto con la mano para que se fuera antes de que mamá consiguiera que ella también se me echara encima.

«Silvie, éste es adorable, querida. Te quedará muy bien». Mamá levantó una blusa de seda, melocotón y rosa oscuro, con un bonito lazo que se ataba al cuello, pero una abertura que dejaba ver un poco de escote.

«No sé, mamá. Me gusta ir de compras contigo, pero ahora mismo no quiero gastarme mucho dinero». Porque no tengo ni idea de lo caro que es un bebé. Tenía tantas ganas de decírselo, pero me callé. Ahora no era el momento ni el lugar.

«Tonterías. Yo te lo compraré». Mamá levantó la mano como una loca y a la vendedora se le iluminaron los ojos. Se abalanzó sobre nosotros con su mejor mirada de "qué puedo hacer por vosotros".

«Necesitamos un probador, por favor».

«Sí, señora. Por aquí». La vendedora giró y se dirigió hacia la parte trasera de la tienda, y mamá le siguió los pasos. No tuve más remedio que dejarme arrastrar.

La mujer utilizó una llave que colgaba de su cuello para abrir la puerta y mantenerla abierta para mí, y cuando pasé a su lado, preguntó: «¿Cuántos?».

Exhalando un suspiro, conté los tops que mamá me había colgado del brazo. «Siete».

«¡Gracias!».Era demasiado alegre para mi gusto. Después de que me encerrara, colgué las blusas en el pequeño gancho que había detrás de la puerta y me senté en el pequeño banco. El momento de indulgencia era sagrado para mí, silencio, sin ojos que me fisgonearan.

Saqué el móvil y volví a hojear las notificaciones. Jared no me había enviado ningún mensaje desde la comida de ayer, pero tenía un mensaje de voz suyo. Tentada a escucharlo, empecé a abrir la aplicación cuando mamá me llamó por mi nombre.

«Silvie, tienes que enseñármelo. ¿Sabes? Como cuando eras pequeña». Su regaño llegó con un ligero golpe en la puerta.

«Sí, señora».

Volví a meter el teléfono en el bolsillo del pantalón y me pasé la camiseta por la cabeza. Podía ver en el espejo cómo se me abultaba un poco la barriga, saliendo por la cinturilla de los vaqueros. Algunos de los tops que me había regalado nunca irían así sobre mi cuerpo. Si mamá no hubiera atado ya cabos, deduciría al instante mi situación y me llamaría la atención cuando viera aquella barriga abultada.

Luchando por sacar la primera camisa de la percha, la dejé caer al suelo. Cuando me agaché para recogerla, sentí que los pechos se me salían del sujetador, otra señal de que mi cuerpo estaba cambiando. Mis pechos eran ahora demasiado grandes para caber bien en el sujetador.

«¿Cómo te quedan? ¿Me las vas a enseñar?»

«Sí, mamá».

La camisa me quedaba ajustada, pero no tanto como para revelar mi forma cambiante. Era una sencilla blusa rosa, abotonada hasta el cuello, con un pequeño volante alrededor del escote. Un único bolsillo adornaba el pecho izquierdo. Me gustaba, pero sabía que si me crecían las tetas, nunca me quedaría bien.

Abrí la puerta y me quedé de pie en el umbral para dejar que mamá me inspeccionara. Se llevó la mano a la barbilla y se dio golpecitos con un dedo. «No. Demasiado rosa. Estás pálida con eso».

Poniendo los ojos en blanco, me retiré a la habitación y me quité la blusa. Me las probé una a una, colocando convenientemente las que sabía que me quedarían pequeñas en el gancho de "ya probadas". Mamá nunca lo sabría. Antes de ponerme la última, una camisa de algodón azul con mangas por encima de los hombros y pequeñas flores verdes, me quedé mirándome la barriga.

Pensé en los mensajes que me había enviado Jared. Habían sido una mezcla de mensajes en los que se mostraba frustrado conmigo por haberme marchado y no habérselo dicho, y unos pocos en los que me enviaba mensajes reflexivos sobre lo mucho que le importaba y lo mucho que quería que me sintiera mejor. Los primeros parecían más acertados, pero tenía todo el derecho a estar enfadado. Le había ignorado durante semanas mientras intentaba resolverlo por mi cuenta.

Apoyé la mano en el leve bulto que tenía bajo la cintura. Debía llamarlo, quizá no para hablarle

del bebé, pero al menos para hacerle saber que no estaba enfadada con él. Se merecía una explicación, y con la gran noticia de la mejoría de mamá, tal vez no estaría tan enfadado conmigo.

Tras probarme la última camiseta y elegir algunas para llevarme a casa, le entregué mi selección a mamá y salimos del probador. Mamá se quejaba del color azul de la camiseta y de lo bien que me quedaba con los ojos, y yo lo único que quería era terminar el viaje y llevarla a su cita para poder volver al hotel y llamar a Jared.

Mientras mamá pagaba los tops, saqué el teléfono para escuchar el buzón de voz de Jared. Había pasado demasiado tiempo. Realmente quería oír el sonido de su voz. Y por fin me sentía preparada para calmar su frustración con una respuesta real. Puede que no supiera cómo hacer que Steven se pusiera de acuerdo con Jared y conmigo, pero sabía cómo entenderle un poco mejor. Llevaría tiempo.

Marqué el buzón de voz y me llevé el teléfono a la oreja, dejando que sonara el mensaje de Jared.

«Silvie, no puedo creer que te hayas ido sin decírmelo. Llevo días llamándote. Te he enviado flores, mensajes... Joder, hasta he mandado un puto osito de peluche a casa de Bethany. Tienes que llamarme. Esta no es forma de tratar a alguien a quien quieres, a menos que nunca me hayas querido de verdad y lo que dijo Steven fuera cierto».

Antes de que terminara el mensaje, ya estaba llorando. Salí corriendo de la tienda, sin preocuparme de haber dejado a mamá allí de pie. No quería llorar en público. Lo más parecido a un poco de intimidad que encontré fue una pizca de sombra bajo un árbol, en un banco público, de espaldas a los transeúntes.

«Silvie...». Mamá dejó la bolsa en el suelo y se sentó en el banco junto a mí, apoyándome una mano en la espalda. «¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado?»

«Jared...». Sollocé. No había palabras para expresar lo que sentía. El mensaje lo habían dejado ayer, y yo tenía toda la culpa, pero seguía doliendo. Imagínate si hubiera escuchado aquel mensaje de voz en casa de Steven durante la comida. Me habría sentido humillada.

«¡Vaya! ¿Habéis roto? Silvie, ¿qué pasa? Puedes hablar conmigo de cualquier cosa».

Mamá metió la mano en el bolso y sacó un paquete de pañuelos de viaje, sacó uno del paquete y me lo puso en la mano.

No quería hablar de ello. Había tomado la decisión de ocultárselo todo porque pensaba que se enfadaría conmigo por distraerle de los asuntos de la empresa en un momento tan difícil. Fue una decisión equivocada; ahora me daba cuenta.

«Silvie Elaine, tienes que contarme lo que está pasando». Mamá se echó sobre mí de forma protectora, su tono recordaba a los días en que tenía autoridad para obligarme a hablar.

«No pasa nada, mamá. Tengo que hablarlo con él». Me soné y recogí el pañuelo, luego me levanté. Comprobé rápidamente la hora en la pantalla del móvil y exploré la zona en busca de la entrada del metro. «Tenemos que ponerte en camino hacia la cita. ¿Vale? Intentaré llamar a Jared mientras estés en tratamiento, y todo irá bien».

Probablemente mi sonrisa tiesa no la engañó lo más mínimo, pero valía la pena intentarlo. Mamá frunció el ceño, escéptica, pero se levantó y me pasó la mano por el brazo después de recoger la bolsa de camisas nuevas. Nos dirigimos hacia el metro y mamá caminó relajadamente a mi lado.

«Tu padre y yo teníamos muchos desacuerdos. Éramos como el agua y el fuego, o como quieras explicarlo». Me dio unas palmaditas en el brazo mientras hablaba. «Sabes, lo único que aprendimos discutiendo fue a hacerlo mejor».

Confundida, la miré con el ceño fruncido. «¿Hacerlo mejor? ¿Qué se supone que significa eso?».

«Bueno, Silvie. Naturalmente, nunca estarás de acuerdo con todo lo que Jared diga o haga. Y él no entenderá tus emociones ni tus cambios de humor irracionales». Mamá se rio como si estuviera hablando de sí misma. «Así que esto provocará conflictos. Es sano. Significa que sois personas diferentes, con personalidades y gustos distintos. Pero el conflicto significa que tenéis que aprender a ceder y a crecer. Cuando discutes, cada vez aprendes algo nuevo sobre tu pareja. Puedes aprender a comunicarte con ella de un modo que no desencadene sus mecanismos de defensa, para que también pueda escuchar tus emociones. Con el tiempo, podréis solucionar vuestros problemas. No siempre será fácil, pero habrá menos discusiones a gritos y más discusiones racionales».

«¿Y si no ocurre así? ¿Y si siempre estaremos gritando?». Sentí que las lágrimas volvían a punzarme los ojos. ¿Por qué mamá tenía que ser tan jodidamente lista?

«Bueno, si nunca se calma, probablemente no seáis la persona adecuada el uno para el otro. Pero creo que lo solucionaréis. Cuando encajas con alguien, aprendes a luchar limpio, no sucio».

Mamá tenía razón. Si no estábamos bien, no estábamos bien. Por mi parte, estaba dispuesta a intentarlo y a aprender a luchar limpio. Simplemente rogaba que Jared también lo estuviera.

JARED

Tenía que admitir que tener un despacho en la 17ª planta de un rascacielos del centro de Chicago hacía que la nueva versión de Vortex de Steven fuera bastante intimidante. Mientras subía en el ascensor, con el maletín en la mano, fortalecí mi determinación. No había volado a Chicago para que un hombre con problemas de control me arrinconara.

Sonó el timbre y el ascensor se detuvo. Cuando se abrieron las puertas, salí a un vestíbulo abierto. Una gran lámpara de araña colgaba en el centro, y el logotipo de Vortex aparecía en la pared justo delante de mí. En un extremo de la larga sala había una zona para sentarse, un refrigerador de agua y un televisor colgado en la pared. En el otro extremo, la secretaria de Steven, Tish, estaba sentada en un escritorio tecleando en su ordenador. Sus ojos me encontraron y una sonrisa brillante iluminó su rostro.

«¡Jared!».Tish apartó el teclado y se levantó, doblando la esquina de su escritorio para acercarse corriendo a mí y darme un abrazo. No era nada profesional, pero Tish y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Yo había sido el padrino de su boda con uno de nuestros compañeros de universidad, y Steven la había contratado unos meses después.

Tras un rápido apretón, me dio un repaso y me quitó el polvo de la chaqueta. «¿Cómo estás? Cielos, ¿qué tal la vida en Springfield? ¿Alguna novedad?».Se puso a cierta distancia y cruzó los brazos sobre el pecho, con una expresión expectante en el rostro.

«No mucho. Allí la vida sigue más o menos igual, excepto que por fin me he librado de Vicki. Así que eso es nuevo, supongo».

Tish puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. «Ya era hora. Esa mujer era un cáncer en el corazón de la empresa...».

«Sí, escucha, ¿está Steven por aquí?».

Tish me lanzó una mirada preocupada y luego miró hacia el pasillo. «Probablemente no querrá verte. Después de la escisión, no ha hecho más que hablar mal de ti». Volvió a su mesa y picoteó el teclado. «Está terminando una reunión y le quedan unos veinte minutos para la siguiente. Te dejaré entrar en su despacho. Si le digo que estás aquí, se negará a dejarte entrar».

«Gracias, te lo agradezco, Tish. Sé que las cosas deben de haber sido incómodas para ti y Jerry, con la mudanza y todo eso». Habían desarraigado a su familia para seguir a Steven con la brillante esperanza de hacer crecer Vortex, y ahora empezaban de nuevo en una empresa que era

apenas la mitad de lo que solía ser.

«No fue culpa vuestra en absoluto. En realidad no teníamos elección. Seguir a Steven fue algo que discutimos durante meses, y yo tomé la decisión de venir. Jerry se trasladó a la empresa aquí en Chicago. No gano el sueldo que necesito, pero nos las arreglamos». Tish se levantó y se dirigió al largo pasillo que curvaba la fachada del edificio ovalado, haciéndome un gesto para que la siguiera. Pasamos al menos por una docena de puertas, cada una con su placa identificativa. En algunas de ellas había caras desconocidas.

Al final del pasillo había un despacho enorme con una vista panorámica de la ciudad y el lago Michigan. El despacho de Steven era al menos cuatro veces más grande que el de Springfield, con una licorera y una zona para sentarse en un extremo, y su escritorio con una pared de estanterías detrás en el otro.

«Puedes servirte una copa si quieres; hay refrescos en la nevera de debajo. Intentaré preparar a Steven para ti, pero suerte». Tish hizo una mueca y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Me maravillé de la decoración. Steven había hecho todo lo posible, aunque probablemente esperaba que Vortex fuera más rentable de lo que era. Apenas me había acomodado en un sillón de cuero, con respaldo de ala, cuando se abrió la puerta y Steven entró pavoneándose, con la nariz metida en unos papeles. Me puse en pie, preparándome para la confrontación que probablemente se avecinaba, pero él se dirigió a su mesa como si no me hubiera visto. Así que me quedé en silencio, esperando. Cuando me aclaré la garganta, sus ojos abandonaron el periódico y se volvieron hacia mí.

Nos quedamos encerrados en un incómodo duelo de miradas durante un momento, hasta que dejó los papeles sobre la mesa y se sentó, cuadrando los hombros y desabrochándose la chaqueta.

Me pasé una mano por el pelo y me acerqué a su escritorio, donde dejé mi maletín antes de abrirlo.

«Pensé que te gustaría ver esto». Saqué del maletín una copia del contrato firmado por Vicki y la dejé caer delante de él. «Por fin he sacado esa zorra de la empresa y me he librado de ella».

Steven se había opuesto a que saliera con Vicki desde el principio. De todos modos, nunca pensó que encajara tan bien en la empresa, pero tras nuestra ruptura, incluso Steven sabía que si la despedía me acarrearía problemas legales, acusaciones de acoso... quién sabía.

Steven cogió el contrato, lo hojeó y volvió a dejarlo en la mesa cuando me senté frente a él. «Ya era hora. ¿Cómo se lo ha tomado?»

«Bueno, siempre dijiste que le gustaba que se la follaran, pero esta vez no creo que funcionara como ella había planeado».

Le sonreí burlonamente y pude ver cómo se le torcía la comisura del labio. Él quería reírse; yo solo quería acabar con esto sin una pelea a gritos. Era mi mejor amigo desde hacía más de dos décadas. Seguro que sería racional y me escucharía.

«¿Así que has volado a Chicago para demostrarme que por fin has decidido escucharme? ¿O tiene que ver con mi hermana?». Se sentó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. La forma en que hacía rebotar la silla al balancearla me dijo que probablemente se estaba preparando para

una discusión.

«No quiero discutir, Steven. Somos adultos y ya nos hemos hecho bastante daño». Intentando mantener a raya su temperamento, traté de empezar por un terreno común. «Construimos Vortex para que fuera todo lo que es ahora. Y mira hasta dónde lo has traído. Tu sueño era construir en Chicago. Y mírate».

«Mi sueño era tener a mi mejor amigo a mi lado dirigiendo este lugar. Y mírate. No puedo creer que hayas tenido el descaro de presentarte aquí, seguir a mi hermana a cientos de kilómetros y pensar que puedes entrar directamente en un...».

«Para ya». No iba a dejar que me dominara. Me había presionado demasiadas veces. Me había echado atrás innumerables veces por el bien de la empresa, pero esta vez me mantenía firme. Amaba a Silvie, y él no podía hacer nada al respecto.

Los ojos de Steven se abrieron de par en par y abrió la boca para hablar, pero le corté.

«No. Escúchame tú. Estuve a tu lado cuando estabas pasando por la mierda con tu padre. Te llevé de copas, hice de chófer sobrio. Sostuve a toda la empresa sobre mis espaldas cuando te fuiste a Europa. Te pagué la fianza cuando te multaron por conducir borracho. Incluso me desviví por pagar la hipoteca de tu madre durante dos meses cuando te gastaste el dinero en tan solo Dios sabe qué. Ahora me toca a mí que me escuches».

Me frunció el ceño, desviando la mirada, pero no me detuve.

«¿Acaso te importa alguien más que tú mismo? Sabes que te he conocido en tus peores momentos. No te he visto tener una relación satisfactoria con ninguna mujer. Tratas a las empleadas como si fueran tus sirvientas. Tienes suerte de que Tish haya querido seguirte hasta aquí. Steven, Silvie te quiere tanto que intentó ayudarme a comprenderte, a pensar en cómo te sentirías en distintas circunstancias. Nunca intentó hacerte daño a propósito».

«Deja a Silvie fuera de esto». Sus ojos lanzaron dagas.

«No. No lo haré. Porque la quiero». Rebusqué en el bolsillo y saqué la caja del anillo, lanzándosela. Steven la cogió a tientas, mirando de la caja a mi cara y viceversa. La abrió y la miró, luego la cerró de golpe y la fulminó con la mirada.

«Si esta es tu forma de preguntarme si puedes casarte con mi hermana, la respuesta es no». Steven me lanzó de nuevo la caja del anillo y yo intenté cogerla, pero fallé. Cayó a mis pies. Me agaché para recogerlo y, cuando me enderezaba, Steven estaba de pie, con el teléfono en la mano.

«Está embarazada, Steven».

Se quedó inmóvil, sus dedos ya no marcaban en el teclado numérico del teléfono. Pulsó el botón de desconexión y lo mantuvo pulsado mientras me miraba fijamente.

«¿Está qué?».Había una pizca de ira en su voz, pero era sobre todo conmoción.

Metí la caja del anillo en la chaqueta y respiré hondo para limpiarme. No era exactamente la forma en que quería dar la noticia, y quizá fuera Silvie quien tuviera que darla, pero la había soltado. Ahora tenía que afrontar las consecuencias.

«Silvie está embarazada». Steven colocó el teléfono en su sitio y volvió a sentarse en un silencio atónito. «Creo que por eso vino a Chicago. Quería estar cerca de tu madre. Solo puedo imaginarme pasar sola por un embarazo inesperado, pero con tu madre en otra ciudad, sin hablar con su familia y sola... Steven, tienes que sacarte la cabeza del culo y pensar en lo que realmente es mejor para Silvie ahora».

Steven apoyó los codos en el escritorio y apoyó la cabeza en las manos, pasándose los dedos por el pelo. Permaneció sentado un momento en silencio. Luego cogió el teléfono. Pulsó el botón del interfono y habló.

«Tish, anula mi cita de las tres».

«Sí, señor».

El teléfono emitió un pitido cuando soltó el botón y volvió a mirarme fijamente. «¿Desde cuándo lo sabes?».Steven estaba pálido. Me di cuenta de que le había pillado por sorpresa, lo que significaba que Silvie aún no se lo había dicho a nadie.

«Me enteré ayer. Me lo dijo Bethany. Silvie no me habla desde hace unas semanas porque me enfadé con ella tras una conversación especialmente difícil con mi abogado. Flenex se va a hundir, Steven, y tengo un hijo en camino en el que pensar, pero tu hermana es la prioridad número uno. A la mierda la empresa, a la mierda mi futuro: ella necesita que los dos maduremos y dejemos esta gilipollez a un lado para apoyarla».

Steven se levantó y, dando saltitos, se acercó al armario de los licores y sacó una botella de whisky. Sirvió dos vasos y regresó dándome uno. Lo dejé sobre el escritorio con desdén y me levanté para ir a su encuentro.

«Esto no va a servir de nada». Le quité el vaso de las manos y lo puse junto al que me había dado. «Así que vamos a tratar esto de forma racional. Sí, ese fue mi intento de decirte que voy a declararme a Silvie. No porque esté embarazada, sino porque la quiero. Aunque no hubiera bebé, que me dejara sin decirme adónde iba me volvió loco. No puedo dejar de pensar en ella. Tenías razón sobre Vicki; lo reconozco. Pero te equivocaste con Silvie. Puede que sea tu hermana pequeña, pero es una mujer a la que quiero mucho, y ahora está embarazada de mí».

Steven se sentó en la esquina de su escritorio y se llevó el pulgar y el índice a los ojos. Observé cómo subía y bajaba su nuez de Adán y se lamió los labios.

«Esta noche cenaremos... Te enviaré la dirección por mensaje de texto. Silvie también vendrá».

Supuse que eso era lo más parecido a una disculpa que iba a obtener de él, así que no presioné. Me senté en la silla y me obligué a calmarme. Después del subidón de adrenalina de la preparación de la discusión, el pecho me latía con fuerza. Ni siquiera estaba seguro de qué decirle, dada la hostilidad de nuestra relación e interacciones de las últimas semanas, así que me quedé sentado esperándole.

El pecho de Steven latía con fuerza. Vi que le temblaban las manos y me pregunté si habría vuelto a recaer. Cuando levantó la vista y me miró, lo hizo con una expresión completamente inexpresiva.

«Tendrás que preguntarle a mamá».

«Lo hice hace seis semanas, cuando la llevaba del baño a la cama, mientras Silvie iba a por su medicación nocturna». Era verdad. No se lo había contado a nadie porque sabía cómo habría reaccionado Steven, pero sabía desde el primer día que Silvie era diferente. La quería de verdad.

«¿Y por qué Flenex va a hundirse?».

Steven se acercó al extremo de su escritorio y se sentó. Movió el ratón y la pantalla del ordenador cobró vida. Así de fácil, la conversación se alejó de Silvie y volvió al trabajo, como si hubiera dado carpetazo al asunto y hubiera pasado página para empezar un nuevo capítulo.

No iba a quejarme. A veces era así como Steven se enfrentaba a las cosas que no podía manejar. Silvie y yo tendríamos que estar allí para asegurarnos de que no volviera a vivir de la botella.

SILVIE

«¿Qué demonios le pasa?».Steven acababa de salir de la habitación después de haberme servido la cena con una sonrisa en la cara. Estaba con la muñeca de mamá en la mano, preguntándome en qué puta zona oscura me había metido. Estaba siendo amable conmigo, muy amable.

«No sabría decirte, querida. Quizá solo aprecie que hayas venido de visita». Mamá también parecía realmente confusa, así que no sabía qué decir. Steven - incluso en sus mejores días - nunca había sido tan amable conmigo. Antes, cuando llegué, me ofreció una almohada para la espalda, y ahora que estábamos sentados a la mesa para cenar, no dejaba de preguntarme si necesitaba que me rellenara el vaso de algo, y no dejaba de mirar la puerta.

«Simplemente disfrútalo. Nunca se sabe cuándo el péndulo oscilará en la otra dirección y su humor podría cambiar de nuevo». Mamá soltó una risita y se sirvió unas judías verdes en el plato. Había preparado la cena de esta noche: pastel de carne, judías verdes y melocotones, y Steven - por la razón que fuera - había comprado una tarta de chocolate. Realmente no sabía qué le había dado.

Hasta que alguien llamó a la puerta.

Se me paró el corazón en cuanto entró Jared. Llevaba un gran ramo de rosas, al menos una docena, y me miró como si yo fuera Miss América o algo así. Prácticamente le brillaban los ojos.

«Mira quién ha venido de visita». Steven preparó hábilmente otro sitio en la mesa, como si hubiera sabido que Jared iba a venir, lo cual me confundió aún más porque Steven y Jared no se hablaban. Al menos no cuando dejé Springfield para venir a visitarlo.

Mis ojos pasaron de la expresión extrañamente feliz de Steven a la cara de Jared. Pensé que iba a vomitar. Intenté ponerme en pie, pero me sentí un poco mareada y me tambaleé un poco. Steven estaba justo detrás de mí, agarrándome por los codos y ayudándome a sentarme de nuevo.

«¿Jared?».Bebí un sorbo de agua con manos temblorosas.

«Hola...». Jared le entregó las rosas a Steven, que las dejó sobre la encimera y volvió a sentarse en su sitio. Jared se sentó en el asiento de mi izquierda, sin apartar los ojos de mi cara.

«¿Por qué...? ¿Qué haces aquí?».

«Tenemos que hablar, vale, pero antes disfrutemos de la cena».

Steven le pasó a Jared el cuenco de alubias y entabló conversación como si los últimos meses de nuestras vidas ni siquiera hubieran ocurrido. La cabeza me daba vueltas. Como si las náuseas matutinas no fueran ya lo bastante malas, ahora mi cuerpo se ponía a cien por hora de ansiedad. Jared estaba aquí. El mismo Jared que me había regañado por teléfono, gritado, enviado mensajes de texto desagradables y acusado de creerme las mentiras de mi hermano sobre él.

Cuanto más tiempo miraba mi plato de comida, más enferma me sentía. Los pocos bocados de comida que había tenido la suerte de ingerir antes de que entrara Jared se me devolvieron por la garganta y salí corriendo hacia el baño. Mis rodillas golpearon el suelo junto al retrete más fuerte de lo que esperaba, y grité mientras mi cena parcial se vaciaba en el retrete. Oí pasos y cosas que se arrastraban y entonces mamá abrió la puerta del baño. Sacó un fajo de papel higiénico y me lo dio, cogió un coletero de la muñeca y me recogió el pelo.

Lo único que podía hacer era sentarme y sollozar. La emoción se había ido acumulando durante semanas. Me había estado escondiendo de él, mintiéndome a mí misma diciéndome que estaba bien, pero no lo estaba. No había estado bien desde el momento en que Steven me llamó para decirme que sabía lo de Jared. Necesitaba a mi padre. Necesitaba sentir que no estaba enfadando a todos los que me rodeaban. Necesitaba sentir que estaba a salvo y que las cosas iban a ir bien. Solo quería que alguien detuviera el torbellino de incertidumbre para poder descansar.

Mamá me ofreció la mano y me levanté. Me estrechó entre sus brazos un momento y luego susurró: «Tu padre estaría muy orgulloso de ti ahora mismo, Silvie Elaine. Te quería mucho y sé que habría hecho cualquier cosa en el mundo por estar aquí para ti en este momento».

No tenía ni idea de qué estaba hablando mamá, pero me cogió de la mano y me llevó fuera del baño y de vuelta hacia la cocina, pero yo estaba muy avergonzada.

«Mamá, para. Hay algo que necesito que sepas».

«Lo sé, cariño. Estás embarazada y no se lo has dicho a Jared».

Me quedé boquiabierta y tiré de su mano, negándome a seguirla un paso más. «¿Qué? ¿Cómo?»

Me sonrió y me acarició la mejilla.

Las lágrimas de sus ojos me decían que ella también sentía cosas. «Una madre sabe, ¿vale? En cuanto a Jared, tengamos una conversación y puede que te sorprenda cómo lo maneja».

La miré a los ojos, confiando plenamente en que sabía lo que era mejor. Siempre sabía lo que había que decir, la mejor manera de manejar cualquier situación. Nunca había dudado de sus consejos. Así que la seguí hasta el comedor y me senté en mi sitio. Jared se levantó para recibirme cuando entré, pero volvió a sentarse rápidamente cuando me deshice de su ayuda. Aún tenía que disculparse por su comportamiento grosero, pero estaba aquí y eso me tranquilizó un poco.

Lo que no entendía era el brusco cambio de comportamiento de Steven. Si abría la boca para preguntar, podría gafarlo todo, así que me quedé mirando mi pastel de carne y dejé que se me revolviera el estómago. Jared y Steven hablaron de negocios, de cómo iban las cosas con las dos nuevas empresas. Jared confesó que necesitaba un inversor de inmediato o tendría que hacer una reducción de plantilla de al menos el 30%, lo que paralizaría la empresa.

Utilicé el tenedor para empujar mis judías verdes e intenté ignorar la charla sobre negocios. Mamá seguía lanzándome miradas y sonrisas incómodas, pero mi corazón estaba tan inestable que no podía soportarlo más. Todo el mundo actuaba como si la enorme división de la empresa, la mudanza, el hecho de que mi vida se estuviera trastornando, no estuvieran ocurriendo.

Estallé.

Golpeé la mesa con los puños y me levanté. Los cubiertos tintinearon contra los platos y los ojos de Steven se abrieron de par en par.

«¿Qué demonios está pasando?».Se me hinchó el pecho. Necesitaba respuestas o volvería a vomitar. «Que alguien me explique por qué estás siendo tan amable. Por qué actúas como si no me hubieras convertido en el enemigo número uno durante las últimas semanas». Miré fijamente a Steven, apretando los dientes y rezando para no volver a llorar.

Steven abrió la boca para hablar, pero Jared levantó una mano.

«Yo me encargo». Jared dirigió a Steven una mirada severa y él desistió.

Jared se volvió hacia mí y sus ojos adquirieron esa extraña mirada emocional y lejana.

«Silvie...». Jared se llevó la mano al bolsillo mientras apartaba la silla de la mesa, pero no se levantó. En lugar de eso, se arrodilló y sostuvo una mano delante de él. Contenía una cajita de terciopelo negro. Mi cabeza empezó a marearse de nuevo mientras él seguía hablando.

«Siento mucho cómo te he tratado. Fui impaciente, arrogante y grosero. Nunca quise hacerte daño. En cuanto te fuiste de la ciudad, y no tenía ni idea de dónde estabas, me perdí. No podía dormir, no conseguía hacer nada en el trabajo... No puedo vivir sin ti».

Abrí la caja y vi un pequeño anillo de oro blanco con un perfecto diamante talla princesa. No era en absoluto de mi gusto, pero no dejaba de ser impactante. Confundida, miré a mi alrededor. Steven sonreía; los ojos de mamá rebosaban lágrimas, y yo estaba completamente desorientada.

«¿Quieres casarte conmigo?».

Mi mirada perdida encontró los ojos de Jared mientras cerraba la caja del anillo. Todo empezó a tener sentido. Mamá se había dado cuenta de que estaba embarazada, y debió de decírselo a Steven, que a su vez se lo contó a Jared, y ahora me dirigían hacia lo que creían que era mejor para mí. Yo, por mi parte, no lo toleraba.

«¿Quién te lo ha dicho?».Fruncí los labios y volví a poner el anillo en la mano de Jared. Las lágrimas me nublaron la vista. No podía creer que mi propia madre estuviera implicada en algo tan turbio.

Jared parecía dolido. Se quedó un momento mirándome, pero luego se levantó y se arrellanó en la silla. Se quedó con la boca abierta y luego la cerró como si prefiriera morderse la lengua. El corazón se me estrujó en el pecho mientras lo miraba fijamente, y luego me giré para fulminar con la mirada a mi madre.

«¿Le has llamado? ¿Se lo has dicho?».

«Oh, Silvie». Mamá me cogió la mano, pero la aparté de un tirón. «Me he dado cuenta hoy

mientras estábamos en el tren. Tenía sentido. Todas las veces que dijiste que te sentías mal, estabas más cansada, y tus pechos están cada vez más grandes. Me di cuenta mientras te probabas esos tops. Hoy he intentado animarte un poco... Nunca se lo he dicho».

Mi mirada se dirigió de nuevo a Jared, que parecía arrepentido. «Fue Bethany, y antes de que te enfades con ella, ella te quiere. Quería que fueras tú quien me lo dijera, pero sabía lo difícil que era para ti».

Estaba muy enfadada. No podía quedarme ahí y que me trataran así. Y no necesitaba su compasión.

«La respuesta es no. No voy a casarme contigo solo porque esté embarazada». Con mano temblorosa, cogí mi vaso de agua y bebí unos sorbos, con la esperanza de mantener el resto de la comida en mis entrañas. «No necesito tu compasión ni tu ayuda».

«¿En serio, Silvie?».Steven se levantó, inclinándose sobre la mesa con las manos plantadas a ambos lados del plato. «Deja de comportarte como una mocosa engreída y escucha a este hombre». Sorprendida, me quedé de pie sintiendo cómo se me iba el color de la cara mientras Steven me acosaba. Me invadió una confusión total cuando continuó. «Si yo puedo darle una segunda oportunidad a ese estúpido, tú también puedes».

Jared se echó a reír. Se rio tanto que mamá empezó a reírse. Luego se les unió Steven. Quería enfadarme con ellos, y aún me caían lágrimas por la cara, pero no pude evitar reírme. Miré a Jared, que se había reído tanto que tenía lágrimas en los ojos. Se las sacó con los dedos y se limpió la mano en los pantalones.

«Para que lo sepas, le pregunté a tu madre si podía pedirte que te casaras conmigo hace más de un mes. Aquella noche necesitaste ayuda con ella y su baño y nos dejaste solos un momento».

Se me encogió el corazón al mirar a mamá, que estaba tranquila, pero seguía llorando de felicidad. Asintió como si estuviera de acuerdo.

«No te lo propongo porque estés embarazada, aunque cuando me enteré oscilaba entre sentirme el hombre más feliz del mundo y estar tan jodidamente cabreado contigo por irte y no decírmelo...». Jared se rio más.

Mis lágrimas no hicieron sino aumentar cuando volvió a deslizarse de la silla. «El anillo es una mierda», le dije, y Steven volvió a soltar una carcajada.

Jared sonrió. «Sí, así es. Hice que Karen lo eligiera y no tiene buen gusto. Lo único en lo que podía pensar era en llegar a ti lo antes posible, porque sabía que tu corazón debía de estar luchando mucho solo con esto. Podemos elegir otro juntos más tarde. Por ahora, necesito que me escuches».

Jared me miró, con el anillo apretado entre los dedos. Apenas podía verle a través de las lágrimas. Oí el ruido de las sillas contra el suelo y vi que mamá y Steven salían del comedor. A solas con Jared, le escuché, aunque solo comprendía parcialmente. Mis emociones eran demasiado intensas.

«Silvie Elaine Brooks, siento haberte roto el corazón la noche del baile. Siento haberte cortado las coletas. Siento haber estropeado tu jersey favorito la noche antes de las fotos del colegio.

Siento haber tardado tanto en darme cuenta de que eres la mujer más increíble y maravillosa del mundo. Siento haberte decepcionado hace unas semanas y haber dejado que tu hermano se interpusiera entre nosotros».

«Por favor, perdóname y hazme el hombre más feliz del mundo convirtiéndote en la señora Klinger».

Ni siquiera tuve que pensarlo. Mi cabeza asintió como por sí sola mientras me tapaba la boca con las manos. Sollozando, dejé que Jared me soltara una mano para que pudiera deslizar el llamativo anillo en mi dedo. Se levantó, me cogió las mejillas y se inclinó para besarme, pero me llevé una mano a la cara.

«Acabo de vomitar...». Le advertí, y él sonrió, eligiendo besarme la frente en vez de los labios. Me acurruqué en su pecho y dejé salir mis emociones. Esperaba una discusión, o al menos una larga discusión. Ni en un millón de años había esperado una proposición de matrimonio. No era una de esas chicas que sentían que debían casarse solo por quedarse embarazadas. Pero amaba a aquel hombre más que a nada en el mundo, y ser su esposa era mi sueño hecho realidad.

«¡Tengo que llamar a Bethany!».

Jared me apretó. «Después de que disfrutemos de un trozo de tarta».

Levanté la vista hacia él y me enjugué una lágrima. Me guiñó un ojo. Aún tendríamos mucho de qué hablar, pero había vuelto a mi sitio: a sus brazos.

EPÍLOGO

JARED

¿Por qué tenían que hacer las cunas tan complicadas de montar? Me pasé la mano por la barba por quincuagésima vez en menos de una hora. Silvie me miraba con ojos muy grandes, con la mano apoyada en su creciente barriga. Treinta y dos semanas y estaba tan estupenda como siempre, aunque más redondita.

Me reí mientras intentaba levantarse del suelo, aunque su barriga también se lo ponía difícil. Ya había empezado a tambalearse un poco. Edna le dijo que eso significaba que el bebé nacería pronto, lo que solo provocó su necesidad de terminar antes la habitación del bebé. Tiré la sábana de dirección a un lado y le ofrecí mi mano, que ella cogió. Se levantó y se acurrucó en mi pecho, rodeándome el torso con los brazos.

«Vas a ser un buen padre». Su pelo olía a coco y me recordaba al sol del verano. Aquellos días habían pasado de largo, y ahora las hojas crepitaban y el otoño estaba a punto de terminar. Con las vacaciones encima, era aún mejor para Silvie que la mudanza se hubiera completado.

«Sí, y yo me alegro de que hayas tenido una madre tan excelente como ejemplo, porque eres igual que ella. Me encanta que tú y tu madre estéis tan unidas».

«Literalmente...». Silvie me miró con una lágrima en los ojos. «Muchas gracias por todo esto». Se separó de mí y señaló la habitación.

«¿La cuna?».Me reí entre dientes, sin saber a qué se refería, porque no podía estar dándome las gracias por haber montado la jaula. Era casi imposible.

«Tontito». Me dio un ligero puñetazo en las tripas. «Por mudarte a Chicago. Por llegar a un acuerdo con Steven para trabajar juntos en ambos negocios. Por quererme tanto como para desarraigar toda tu vida y venir aquí».

La apreté con fuerza contra mi pecho y le besé la parte superior de la cabeza, luego la solté. «Sabes que eres tú quien más me ha querido. Además, necesitas a tu madre y a mí me sale más barato volar a Springfield unas cuantas veces al mes y dormir en mi despacho que tener una casa aquí en Chicago y otra en Springfield. En cuanto encontraremos al nuevo Director de Operaciones, podré trabajar exclusivamente desde aquí».

Me agaché y cogí una de las partes de la cuna, dándole la vuelta en la mano. «¿Alguna idea de qué es esto?».

Silvie se encogió de hombros y se agachó a mi lado. «Hagamos un descanso para cenar y

después empezaremos de nuevo».

Se levantó y salió de la habitación, y me quedé solo mirando el montón de madera y metal que se suponía que iba a ser una cuna. Las instrucciones estaban en español, y yo sabía tanto español como un niño de tres años que ve Dora la Exploradora.

Volví a tirar el trozo de madera al montón y me dirigí a la cocina. Nuestro pequeño piso de dos dormitorios no era ni de lejos tan bonito como el piso en el que Steven vivía con su madre, pero era mi casa. Y estaba a solo unas manzanas, así que Silvie podía pasar todos los días a ver a su madre.

Silvie estaba encima de la mesa preparando dos bocadillos en platos. Saqué unos refrescos y los abrí, colocando uno delante de ella y guardándome otro para mí. Cuando terminó de preparar los bocadillos y volvió a meter el paquete en la nevera, se sentó a mi lado y deslizó un plato delante de mí.

«Gracias. Cogí lo que me ofrecía y lo devoré rápidamente. Ella comió mucho más despacio, saboreando cada bocado. Yo disfrutaba así de cada momento con ella. Nunca había sido tan feliz ni me había sentido tan satisfecho como sabiendo que la mujer que amaba estaba conmigo y era feliz.

«Jared, creo que es hora de que elijamos un nombre». Silvie dio un pequeño mordisco y dejó el bocadillo en el plato. Se sentó y se frotó la barriga en círculos. Su mano se detuvo justo debajo de la caja torácica, en el lado izquierdo, y sus ojos se abrieron de par en par. Sonrió y me cogió la mano. «Está dando patadas».

Extendí la mano sobre su vientre y sentí el movimiento dentro de ella. Nunca me cansaba. Aquella sensación hacía que mi corazón cobrara vida de formas que no sabía que existían.

«Va a ser futbolista, ¿verdad?»

Silvie arrugó la nariz. «¿Por qué todo el mundo dice eso cuando da patadas? Podría ser kickboxer o bailar ballet».

Apreté el puño sobre el corazón y forcé una mueca. «No digas eso. Necesito un pequeño Pelé o un Beckham en mi equipo, Sil».

«Como si un hombre que hace ballet fuera menos varonil». Me guiñó un ojo mientras daba otro bocado, y yo llevé mi plato al fregadero y lo dejé. Cuando volví a sentarme a su lado, se volvió hacia mí.

«En serio... tenemos que elegir un nombre. Solo tenemos que coger uno de niño, ya que sabemos que es un crío».

Tenía razón. Solo nos quedaban unas semanas, y si su madre tenía razón en que se adelantaba, tendríamos aún menos tiempo. Habíamos ido y venido varias veces, pero nuestras discusiones solo habían derivado en desacuerdos, aunque no en discusiones. Era bastante importante elegir el nombre de un ser humano.

«Sí, bueno, no tengo ninguna idea porque has rechazado mis favoritas». Le di un sorbo a mi refresco y mantuve la mente abierta.

«Bueno, la verdad es que no quiero ponerle a nuestro bebé el nombre de un presidente o de un jugador de béisbol». Se rio y dio otro mordisco a su bocadillo.

«No es como si alguien fuera a saber que le pusimos Ernie por Ernie Banks o algo así. ¿Y qué tiene de malo llamarse George?». Lo había dicho en broma, después de que ella sugiriera unos nombres modernos muy raros. No había salido bien. Recordarlo me hacía reír.

«Porque yo lo sabría». Silvie puso los ojos en blanco y bebió un sorbo de su refresco. «Entonces, estaba pensando, ¿qué me dices de Harold Steven?».

Me encogí de hombros. Entendí lo de «Steven». Quería que el bebé tuviera el nombre de su padre y de su hermano. ¿Pero Harold?

«Vaya. Tuve que reírme. «De ninguna manera llamaré Harold a mi hijo. ¿De quién es ese nombre?»

«De nadie en particular. Solo uno de mis personajes favoritos de una serie que veo». Se quitó las migas de las manos y subió las piernas a la silla de la cocina para sentarse con las piernas cruzadas. Su médico le había dicho que eso le ayudaría a abrir la pelvis para colocar al bebé en su sitio, así que llevaba días sentada así.

«Vale, pues pasemos de eso». Con un guiño, terminé mi refresco y me lo pensé un momento. «¿Y Ed?».

Ella torció el rostro y se echó a reír. «¿Quieres decir como Edna? ¿Quieres llamar al bebé Edward Steven?».

«Quiero decir, Eddie o Ward... ambos nombres molan». Me encogí de hombros. Se me daba fatal esto de poner nombres a los bebés. Habíamos pasado de nombres hipermodernos como Liam y River, a nombres pasados de moda.

«¿Qué te parece Christopher Steven? Me gusta el nombre Christopher». Silvie bostezó, estirando los brazos por encima de la cabeza. Eso me recordó que se estaba haciendo de noche. Mi objetivo de tener la cuna montada antes de acostarme parecía cada vez menos probable.

«Es dura de pasar. Una vez conocí a un Chris y lo odié. No me imagino llamando Chris a mi hijo todos los días». Empezaba a pensar que nunca nos pondríamos de acuerdo sobre un nombre. No me gustaba Jared, porque no quería ponerle mi nombre a un niño. Y a Silvie no le gustó mi sugerencia de Sylvester, de ponerle su nombre. «¿Y el barco de tu padre? ¿Cómo lo llamó?»

Silvie se rio. «Lo llamó Hércules. No vamos a llamar Hércules a nuestro bebé».

«¿Por qué no? Los niños le llamarán Herc o algo así». Me acerqué y le hice cosquillas en el costado, y me apartó la mano.

«Para, vas a hacer que me mee». Silvie se retorció y aparté la mano. Se calmó y se le nublaron los ojos. «¿Y Joshua?».

«No es una elección horrible. ¿Qué te hizo pensar en eso? Recogí mi lata de refresco y me levanté, dirigiéndome a la papelera para tirarla. Silvie me pasó su plato, así que tiré los restos de su bocadillo y las migas que habían sobrado a la basura y puse su plato en el fregadero junto al mío.

«Bueno, mamá me contó esta historia una vez. Dijo que papá quería llamarme Joshua si era niño, así que creo que quizá sea apropiado». Se levantó para reunirse conmigo y enganchó su mano en la mía.

«Sí, suena bien. Joshua Steven Klinger». Apreté su mano contra la mía. «Entonces, ¿hemos decidido por fin un nombre? Quiero decir, no vas a cambiar de opinión una docena de veces, ¿verdad?».

Silvie negó con la cabeza y sonrió. «Creo que no. Creo que me gusta mucho Joshua Steven. No estoy segura de Klinger. Piensa que los niños le llamarán klingon o algo así». Me pinchó en la caja torácica e hice una mueca para contener la risa.

«Bueno, yo sobreviví al instituto con el nombre de Klinger, así que nuestro hijo hará lo mismo. Te hace más fuerte». Guiándola de vuelta hacia la habitación del bebé, pensé en lo que sentiría al sostener a mi hijo por primera vez, y en lo que debió de pensar mi padre cuando me sostuvo en brazos por primera vez. Estaba muy agradecida a Silvie de que aquella noche en casa de mis padres hubiera sucedido.

Desde aquella noche se había abierto una vía de comunicación entre mi padre y yo. Él nunca lo admitiría, pero yo estaba seguro de que aquella noche habíamos enterrado el hacha de guerra. Cuando mamá llamó y se ofreció a invertir parte de su jubilación en Flenex para ayudarla a mantenerse a flote, supe que ni siquiera había tenido que retorcerle el brazo a papá para que ayudara. Así que armados con un nuevo inversor y con la mujer que amaba a mi lado, establecimos una nueva vida para nosotros.

«¿En qué estás pensando?».Silvie se giró en mis brazos para mirarme, con los ojos escrutándome la cara.

«Estaba pensando en lo increíble que eres y en la suerte increíble que tengo de tenerte en mi vida. Sé que las cosas con Steven fueron muy duras al principio, y me alegro de que cambiara de opinión. Pero aunque no lo hubiera hecho, yo seguiría aquí. Te quiero mucho Silvie Brookes. Estoy deseando tener este bebé y empezar a planear nuestra boda. Solo espero que la abuela Klinger y la abuela Brooks puedan cuidar del pequeño mientras yo te llevo de luna de miel».

La besé con firmeza y ella respondió, enganchándome los brazos alrededor del cuello. Nunca me cansaría de abrazarla ni de sentirla contra mi cuerpo. Era cierto lo que decían, una buena mujer era como un buen vino añejo. Y yo solo había tardado diez años en reconocer a esta mujer.

«Bueno, ya estoy lista para esa luna de miel...». Silvie me guiñó un ojo mientras cogía mi mano y la deslizaba por su trasero hasta su culo. «¿Podemos empezar ya, o al menos practicar?».

Su coquetería hizo que mi polla palpitara. «¿Sí? ¿Crees que necesito practicar?».

Sonrió mientras metía la mano por delante de mis pantalones y me frotaba la polla hinchada. «Quiero decir, eres bastante bueno, pero creo que siempre se puede mejorar».

Silvie me hizo cosquillas en el costado y salió corriendo por la puerta hacia nuestro dormitorio. La seguí, dispuesto a hacer lo que quisiera. Era como masilla en manos de aquella mujer.

Solo esperaba que, por muy mayores que fuéramos o por muchos kilómetros que recorriéramos juntos, fuéramos siempre felices y estuviéramos tan unidos como en aquel momento. Al fin y al

cabo, nos quedaban otros 60-80 años juntos, y yo haría todo lo posible por conseguirlo.